JUNIO 1990

el CORREO de la UNESCO



VIENTOS DE LIBERTAD

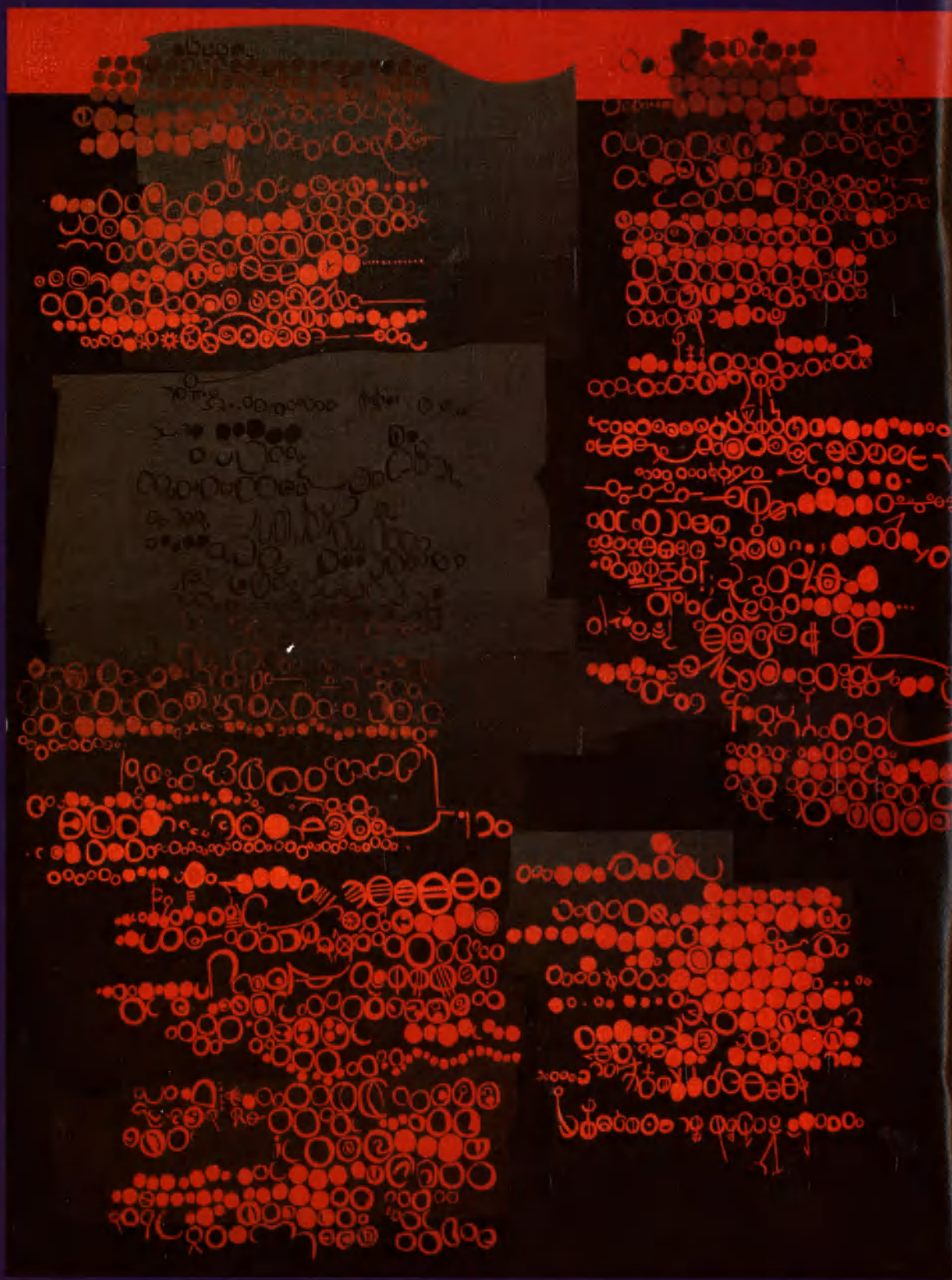
VACLAV HAVEL
DESMOND TUTU
JOSEPH BRODSKY
OCTAVIO PAZ
FEDERICO MAYOR
ALAIN TOURAINE
ADONIS
ROBERT DARNTON

M 1205 - 9006 - 15,00 F

15 francos franceses
(España: 400 pts. IVA incl.)

confluencias

Amigos lectores, para esta sección ''Confluencias'', envíennos una fotografía o una reproducción de una pintura, una escultura o un conjunto arquitectónico que representen a sus ojos un cruzamiento o mestizaje creador entre varias culturas, o bien dos obras de distinto origen cultural en las que perciban un parecido o una relación sorprendente. Remítannoslas junto con un comentario de dos o tres líneas firmado. Cada mes publicaremos en una página entera una de esas contribuciones enviadas por los lectores.



Las Tablas de la Ley
85 x 65 cm,
óleo sobre tela
de Gervais Bataillé

Con su aspecto de nebulosas, los cuadros de Gervais Bataillé, afirma un crítico, nos conducen ''al país de las matemáticas del sueño''. La ordenación musical de las formas y los colores responde en la obra de este pintor francés al deseo de crear ''una suerte de fondo común donde se fusionen los diversos lenguajes de una misma civilización''.

E S T E N Ú M E R O

Amigos lectores,
La aventura ya no tiene un horizonte geográfico.

Ya no hay continentes vírgenes, ni océanos desconocidos, ni islas misteriosas. Y, sin embargo, en muchos sentidos los pueblos son aun extraños los unos a los otros, y las costumbres, las esperanzas secretas y las convicciones íntimas de cada uno de ellos siguen siendo ignoradas en gran medida por los demás...

Ulises ya no tiene pues un espacio físico que recorrer. Pero hay una nueva odisea por iniciar con urgencia: la exploración de los mil y un paisajes culturales, de la infinita variedad de pensamientos y de sabidurías vivientes, en suma el descubrimiento de la multiplicidad del hombre.

Esta es la odisea que les propone *El Correo de la Unesco* al ofrecerles cada mes un tema de interés universal, tratado por autores de nacionalidades, competencias y sensibilidades diferentes. Una travesía de la diversidad cultural del mundo cuya brújula sea la dignidad del Hombre de todas las latitudes.



4

DOCUMENTO
Entrevista clandestina a
VACLAV HAVEL
en vísperas de la "Revolución de terciopelo" en Checoslovaquia

10

VIENTOS DE LIBERTAD
por Federico Mayor

ESCRITO EN EL MURO
por Robert Darnton 12

EL DURO CAMINO DE LA DEMOCRACIA
por Alain Touraine 19

IRONÍA Y COMPASIÓN
por Octavio Paz 27

VISTO DESDE UN TIOVIVO
por Joseph Brodsky 31

"NADIE PODRÁ DETENERNOS"
por Desmond Tutu 37

CULTURA Y LIBERTAD EN EL TERCER MUNDO
EL HOMBRE,
UNA CREACIÓN PERMANENTE
por Adonis 39

DERECHOS HUMANOS:
EL COMBATE EN LA SOMBRA
por Georges-Henri Dumont 43

REHÉN DE LA SECURITATE
por Sorin Dumitrescu 45

Consultor especial para este número: Ehsan Naraghi.

Nuestra portada:
El funámbulo, (1990), 81x65 cm, óleo sobre tela de la pintora francesa Isabelle Wolff.

Portada posterior:
Cielo (1982), 2x1,50 m, óleo sobre tela del pintor francés Gérard Fromanger.

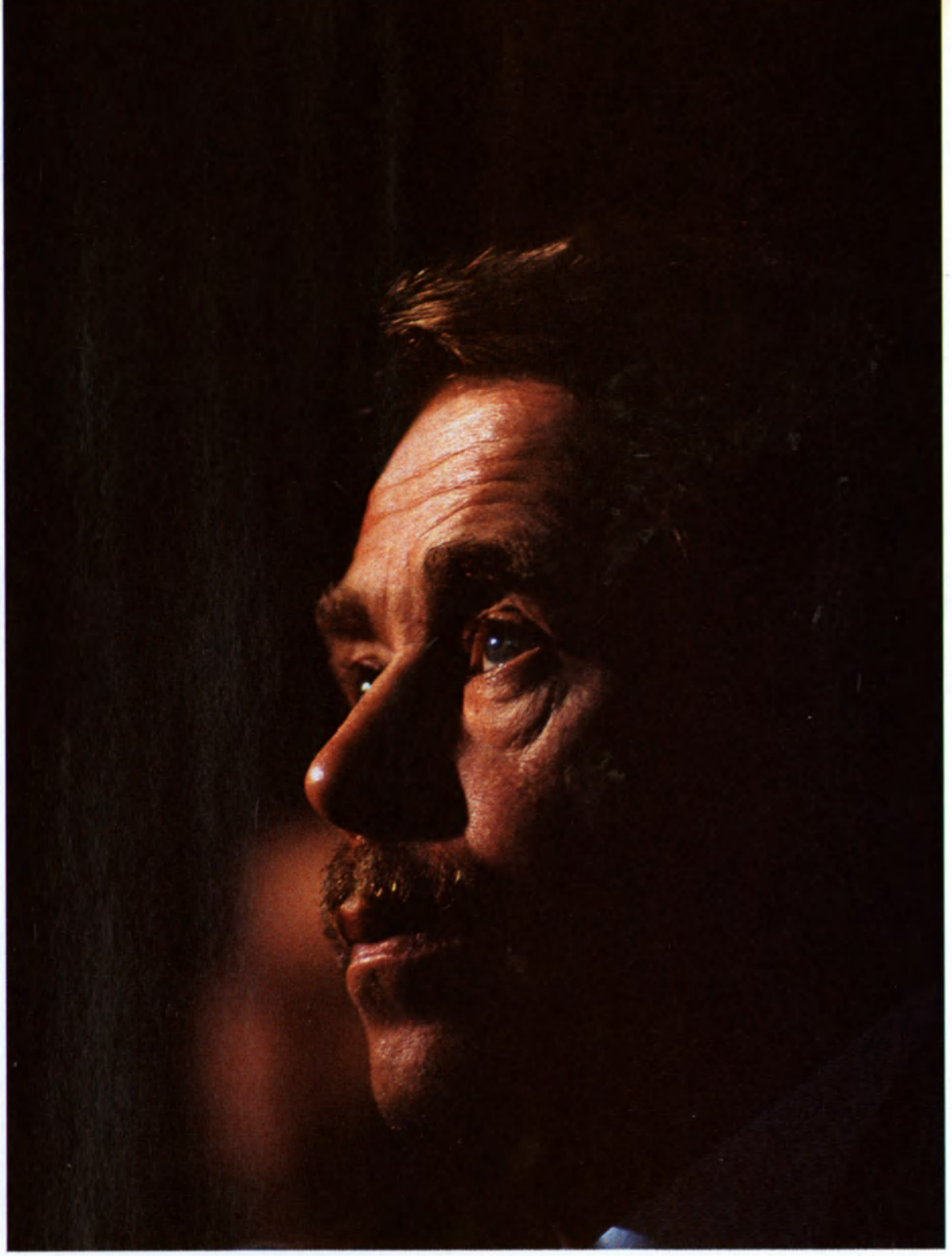
VACLAV HAVEL

Presidente de la República Checoslovaca, es ante todo un autor dramático y un combatiente por la libertad. Es, por lo demás, el "escritor resistente" el que fue elegido presidente el 29 de diciembre de 1989, convirtiéndose así en el símbolo del vuelco que ha experimentado la legitimidad en el país. ■ En 1968, después de la brutal interrupción de la Primavera de Praga, de la que había sido una de las figuras principales, se convirtió en un "autor prohibido" en circunstancias que su trilogía *Audiencia, Inauguración, Petición* (1975-1976) se representaba en el mundo entero. Condenado en diversas oportunidades por delito de opinión, se negó a abandonar el país. Por su oposición intransigente al régimen fue detenido varias veces, permaneciendo en total cinço años en prisión. ■ La entrevista cuyo texto íntegro se publica aquí por primera vez fue realizada de manera semiclandestina, el 30 de junio de 1989, en la casa del escritor en los alrededores de Praga. Se trata de un documento excepcional sobre un periodo importante: las últimas semanas de Vaclav Havel como ciudadano fuera de la ley.

Esta entrevista se desarrolla en una atmósfera un tanto extraña. Usted está vigilado y, sin embargo, nos habla sin cautela alguna... ¿Tiene usted libertad de movimientos o no?

– He estado muy aislado hasta estos últimos años, pero ya no lo estoy. El aislamiento fue real durante los años setenta, en una época de inercia total de la sociedad; era como si la gente hubiera perdido toda esperanza y creyera que ya no era posible un cambio social. Los ciudadanos habían dejado de interesarse por la vida pública, la que, por otra parte, era reprimida de manera sistemática. Se habían encerrado en sí mismos y no existía ninguna comunicación entre ellos.

Fue un periodo de atomización de la sociedad en el que cada cual se hallaba aislado de los demás. En mi caso ese aislamiento era tanto mayor cuanto que pertenecía a esa categoría



de personas que, tras la invasión soviética de 1968, fueron consideradas enemigas de la patria. Frecuentarnos era peligroso. Yo era un escritor prohibido. No podía trabajar en ninguna parte...

Poco a poco la situación comenzó a evolucionar y hoy es radicalmente distinta, no porque la dirección del partido o del gobierno hayan modificado su política, pues son siempre los mismos, sino porque la sociedad ha cambiado. Tal vez la gente se haya cansado de su propio cansancio. Salen de su encierro, de su aislamiento. Está apareciendo el esbozo de una vida pública.

Surgen nuevas generaciones que no han sufrido el trauma de la invasión soviética. La evolución ha sido lenta y gradual, pero importante. En lo que a mí respecta, tuve la posibilidad de seguir de cerca esa evolución debido a que fui detenido y encarcelado varias veces. Al entrar en la cárcel de alguna manera uno lleva consigo la conciencia de la situación imperante en el momento de su detención. Luego, durante un cierto tiempo, se permanece ajeno al curso de los acontecimientos, con ese recuerdo grabado en la memoria. Más tarde, al quedar bruscamente en libertad, se es particularmente sensible a los cambios que se han producido entre tanto. Así, cada vez que salí de la cárcel noté con sorpresa nuevos signos de evolución. La sociedad parecía más animada, la apatía seguía perdiendo terreno y era mayor el número de personas que habían recobrado su entereza....

¿Tuvo usted en algún momento que dejar de escribir?

— Mis obras de teatro están prohibidas desde hace veinte años en Checoslovaquia, pero no por ello he dejado de escribir. Es imposible impedir realmente a un escritor que escriba. Su misión es seguir escribiendo, hablando, incluso en condiciones muy difíciles. Así, pues, continué publicando. ¿Dónde? En el extranjero, pero sobre todo en el *Semizdat*, la edición clandestina.

A principios de los años setenta aparecieron en Checoslovaquia dos culturas antagónicas. Una oficial y autorizada, la otra clandestina e independiente. Tras unos comienzos modestos, el Semizdat ha cobrado una importancia considerable. Actualmente produce decenas de revistas y periódicos, centenares de libros e incluso material informativo en vídeo. En los últimos años las barreras que separaban a ambas culturas han comenzado a fisurarse. Ha surgido un espacio intermedio, denominado a veces "zona gris". Se ha producido una impregnación —la cultura oficial y la cultura independiente se han acercado mutuamente porque han comprendido que ninguna tenía el monopolio absoluto de la cultura. Fueron pues esa presión interior y esa toma de conciencia las que motivaron el acercamiento, pero de ningún modo una liberalización de la política cultural de las autoridades.

¿Qué papel político y social atribuye usted a los intelectuales?

— Los intelectuales tienen razón al querer pensar en el futuro. No deben avergonzarse de trabajar para el porvenir, de imaginarlo. Pero, a mi parecer, su tarea esencial, su misión prioritaria, consiste en reflexionar sobre el presente, comprender las crisis y darles un nombre. Así surge la verdadera conciencia de las perspectivas.

Construir, edificar el mejor mundo posible, es tarea de los políticos. A los intelectuales les incumbe vigilar, advertir, prevenir. Deben, en cierto sentido, controlar a los políticos, recordarles cuánto se alejan de la realidad al seguir las falsas apariencias de la ideología. Mis palabras son las de un decepcionado de la ideología, decepción que toda esta parte de Europa ha experimentado. Vivimos en condiciones que obligan al hombre a meditar sobre el fracaso de las ideologías...

Lo que queremos, aquí y ahora, son cosas simples, elementales, sin ninguna referencia ideológica, fuera de toda ideología. Aspiramos a compartir los valores fundamentales de la vida, aquellos que el simple sentido común y la elemental dignidad humana exigen que sean satisfechos. ¿Qué experiencia hemos vivido? Un intento de someter el mundo a la ideología. ¡Qué fracaso! Tal vez sirva para que los intelectuales comprendan que no basta elaborar una teoría para adaptar luego a ella la realidad. Viviente y misteriosa, la realidad supera todas las teorías, todos los proyectos, todos los conceptos imaginables. Antes de ordenarla y organizarla hay que dar muestras de respeto y humildad ante la riqueza, la diversidad y la complejidad de la vida. Es imposible mutilarla para que se ajuste al molde de una utopía engendrada en la mente fría de un ideólogo. Eso es lo que se ha hecho en esta región del mundo. El fracaso es total. De ahí que los intelectuales de Europa del Este desconfíen de los proyectos, de las teorías. De ahí también nuestra voluntad de limitarnos a analizar el presente como la manera más adecuada de proyectar el porvenir.

***Carta a la libertad. Las llamaradas de tus pupilas me acompañan durante todo el viaje* (1989), *collage* del artista checoslovaco Jiri Kolar.**

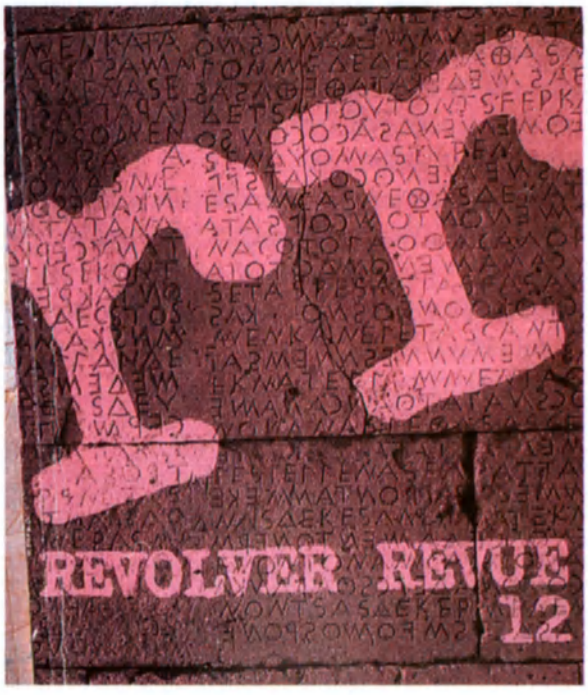


¿Ve usted alguna diferencia entre el papel que desempeñan respectivamente los intelectuales occidentales y los intelectuales del Este?

— La primera diferencia es la siguiente: hasta hace poco en la mayor parte de los países del bloque comunista, la política y el debate político parecían haber desaparecido. El totalitarismo suprime la política. Privada de toda cultura política, la sociedad no puede construir sus defensas naturales y la opinión pública no puede surgir. La política carece incluso de un terreno profesional en el que actuar. Se produce entonces un extraño fenómeno. La política que se trataba de expulsar por la puerta vuelve a entrar por la ventana. Invade de pronto todo el ámbito de la vida social, y todo cobra, a escondidas, un significado político: un concierto, una misa, una feria popular...

En esas condiciones, la palabra del escritor adquiere un prestigio extraordinario. Sobre todo si trata de decir la verdad sin temer las complicaciones que se acarrea cuando deja de ser un dócil intérprete de la autoridad. ¿A qué se debe esta importancia del escritor? A que el instrumento con el que





trabaja es la lengua, una lengua que nombra e interpela. Es la herramienta cultural por excelencia. Entre nosotros, el auditorio cultural del escritor es equivalente a la expectativa política, es decir inmenso. Para muchos occidentales dicho fenómeno es sorprendente. La gente ansía ardientemente escuchar qué se va a decir, a expresar, como si su esperanza y su libertad cobraran así forma, como si la sociedad, a través de ese fermento cultural, se diferenciara y se estructurara. Los escritores, sobre quienes recae una responsabilidad política cada vez mayor, tienen que mostrarse mucho más rigurosos.

Este deseo de cambio en Europa del Este y en otras regiones del mundo ¿marca el inicio de una nueva era?

— No soy ni futurólogo ni adivino. Ignoro a dónde va la comunidad mundial. En todas partes advierto signos económicos, políticos y ecológicos de una crisis profunda. A mi juicio se trata de una crisis existencial, de identidad: el hombre ha perdido el sentimiento de responsabilidad que tenía con respecto a algo trascendente, que lo sobrepasaba. Son numerosos los hombres y las mujeres en el mundo que han percibido y comprendido esta situación y que intentan encontrar una salida.

Tal vez el fin del milenio verá surgir nuevas perspectivas. Se observan ya signos alentadores: una reducción de la carrera armamentista, algunos intentos de coexistencia pacífica, los acuerdos de Helsinki. Son signos todavía insuficientes. Se ha tratado de resolver los aspectos más brutales y más evidentes. Pero los más peligrosos son precisamente los menos visibles.

¿Va a desaparecer el foso que separa al Este del Oeste?

— Francamente, lo ignoro. Las divergencias entre ambos mundos son tan grandes... Ambos sistemas han vivido durante decenas de años historias distintas. Hoy el sistema totalitario de tipo comunista, al que calificaría siguiendo a los propios comunistas de "socialismo estalinista", se encuentra en un callejón sin salida. Los países del Este comienzan a entenderlo. De ahí los esfuerzos conjuntos encaminados a instaurar una cierta democratización, una "perestroika". Se trata de un hecho fundamental. El Este está dando un paso hacia el Oeste. ¿Es capaz a su vez el mundo occidental de avanzar hacia su vecino? No lo sé. Occidente defiende valores benéficos para toda la humanidad. No quiere abandonarlos y tiene toda la razón. Sufro cuando en algunas ocasiones renuncia a esos valores porque nosotros también nos adherimos a ellos. En cuanto a las conmociones que experimenta el mundo occidental, veo en ellas las más de las veces una variante de esa crisis profunda a la que me he referido antes. Occidente no resolverá sus dificultades más que por sí mismo.

Pero ambos sistemas tienen en común un problema grave: la excesiva centralización. Entre nosotros, el poder político, los mandos económicos, los recursos energéticos, todo está en las mismas manos. El Estado es, de hecho, el único empleador y el único organizador de la vida social. Es monstruoso. En Occidente con formas diferentes — empresas cada vez más grandes, grupos gigantescos— se advierte una tendencia similar a la centralización absoluta. En ambos casos el resultado es la "anonimización" de la vida en general, con una apariencia sin duda más chocante en nuestros países. Los vínculos humanos, las relaciones entre las personas desaparecen en el trabajo pero también en la vida social, en las ciudades y en los hogares. El individuo se convierte en el engranaje de una inmensa maquinaria. Pierde el sentido de su trabajo y de su existencia. Será necesario que ambos sistemas consigan vencer, cada uno a su manera, este fenómeno de deshumanización. Cuando lo logren, tal vez encuentren la manera de acercarse mutuamente...

En esta coyuntura decisiva para el porvenir ¿pueden los intelectuales hacer algo para modificar el curso de los acontecimientos?

— Por su naturaleza misma el intelectual es impotente en ciertos ámbitos. Un intelectual no es alguien capaz de cambiar el mundo a la manera de un político. Está presente en el mundo a través de lo que dice, actúa con su palabra. Escribí un ensayo *El poder de los impotentes* en el que intento explicar cómo una palabra verdadera, incluso pronunciada por un solo hombre, es más poderosa, en ciertas circunstancias, que todo un ejército. La palabra ilumina, despierta, libera. La palabra tiene también un poder. Es ése el poder de los intelectuales, quienes deben conservarlo u obtenerlo para sacar provecho de él. No tienen que aspirar a otro tipo de poder ni siquiera añorarlo. Que dejen a los políticos el poder de transformar de manera inmediata y de organizar la sociedad.



Arriba, ilustración del artista francés Michel Granger para la portada del Informe anual (1987) de la organización humanitaria *Amnesty International*.
Página de la izquierda, portada de un número de *Revolver Revue*, publicación del Samizdat checoslovaco (edición clandestina), realizada por Gavina Farova (1989).

¿Cuáles son, a su juicio, los valores que el poder de los intelectuales debería servir?

— En el umbral de un nuevo milenio, el bien más valioso que hay que defender, el que en todas partes debería recibir una aceptación unánime, es un conjunto de cualidades humanas, de valores fundamentales. Y, en primer lugar, la humildad. Muchos de los acontecimientos crueles que hemos vivido al fin de este milenio, como el hitlerismo, el estalinismo o, por ejemplo, los excesos de Pol Pot, son resultado del orgullo y la arrogancia de grupos o de personas, de fanáticos o no, de ideólogos, de doctrinarios, de utopistas. El orgullo de quienes creen saberlo todo y estiman que pueden decidir de todo. Cuando la realidad no se ajusta a sus teorías, terminan por imponerlas conduciéndonos directamente a los campos de concentración, a las masacres y las guerras más atroces. Esta falta de humildad se advierte también fuera del campo estrictamente político. La base de la crisis ecológica del planeta es también el orgullo: el hombre impone su voluntad a la naturaleza, sin respetar sus leyes, sus secretos. Podría seguir dando ejemplos... Conservemos el sentido de la libertad, de la dignidad y de la justicia. Y seamos más humildes. ■

Esta entrevista, efectuada por Michel Bongiovani, dio lugar a la realización de una película de vídeo producida por el Centro Internacional de Creación de Vídeo de Montbéliart-Belfort que dirige Pierre Bongiovani.



VIENTOS



FEDERICO MAYOR

DE LIBERTAD

NUESTRO siglo está viviendo un momento excepcional en el que vastas zonas de silencio se abren de pronto a la palabra y a la libertad. Durante los últimos meses de 1989 el bicentenario de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano se ha celebrado de manera espléndida: en poco tiempo Europa ha visto caer sus más poderosas Bastillas, desaparecer sus miradores, abrirse sus fronteras y reanimarse entusiasmos que estaban adormecidos. Y los ecos de esos acontecimientos resuenan en otras regiones, en todas las latitudes, suscitando interrogantes y esperanzas en cadena que anuncian, a su vez, la cosecha de nuevos frutos para la democracia.

Un momento semejante no puede dejar de recordarnos la situación existente al término de la Segunda Guerra Mundial. También entonces los baluartes del desprecio y el odio se derrumbaban uno tras otro, la esperanza se volvía contagiosa y el porvenir anunciaba un mundo de fraternidad.

La Unesco fue creada precisamente para tratar, junto con las demás organizaciones del sistema de las Naciones Unidas, de hacer realidad esa inmensa promesa. Para alcanzar tal objetivo, la Unesco recibió la misión de movilizar a los espíritus más distinguidos del mundo a fin de favorecer, a escala planetaria, el contacto recíproco entre los saberes y los conocimientos técnicos y hacerse cargo de manera colectiva de un patrimonio cultural y natural indivisible...

Pero durante largo tiempo aun ese mensaje sólo tuvo escasas posibilidades de éxito. La esperanza que el fin del conflicto había despertado iba a esfumarse rápidamente. Muy pronto otros muros se levantaron entre los pueblos y otros lastres gravitaron sobre las libertades. El crepúsculo colonial se prolongaba peligrosamente y la guerra fría se afianzaba, sustituida más tarde por la carrera armamentista y la multiplicación de focos de tensión locales y regionales. Tuvieron que transcurrir cuatro décadas de sacrificios inauditos, de luchas y compromisos, de titubeos y errores, de heroísmo y sensatez, para que se esbozara por fin un horizonte semejante al de 1945.

Si la caída del Muro de Berlín simboliza hoy día para tantos hombres en el mundo entero un renacer de las esperanzas, ello se debe a que constituye la culminación de la búsqueda de libertad, de dignidad y de solidaridad emprendida en todos los continentes durante los últimos decenios y a que expresa una nueva madurez, alcanzada a costa de grandes esfuerzos por los pueblos tanto del Norte como del Sur. Una madurez que los ha llevado a reivindicar la concertación en lugar de la guerra, la cooperación entre naciones independientes más que las relaciones de fuerza entre dominadores y dominados, la democracia como clave indispensable para el desarrollo de las personas y de las sociedades y la cultura como una dimensión esencial de la vida.

Los vientos de libertad vuelven a soplar —¡y con qué fuerza!—. La formidable tarea a la que nos impulsan es la instauración en todas partes de la democracia. Tarea primordial y urgente. Hoy como ayer las claves del éxito son el diálogo de las culturas, la movilidad de las personas, las ideas y las obras, así como los más amplios intercambios intelectuales. ¿Estaremos esta vez más cerca de realizar ese hermoso sueño de la ciudadanía universal?

Momentos como éste, en los que aparecen simultáneamente tantas posibilidades, son raros. Cuando surgen no hay que escatimar esfuerzos a fin de comprender lo que está en juego y aprovechar las virtualidades que encierran.

Es, en consecuencia, el momento propicio para que la Unesco reasuma plenamente su misión —la de ser intérprete de las esperanzas colectivas de la humanidad. Con este propósito, *El Correo de la Unesco* ha pedido a algunas de las más destacadas personalidades de hoy que descifren los signos que anuncian el porvenir. ■

Escrito sobre la marcha, en los días siguientes a la caída del muro de Berlín, por un testigo de los acontecimientos, este artículo se lee como un reportaje. Es también la reflexión de un historiador sobre uno de los más importantes acontecimientos simbólicos de nuestro tiempo.

ESCRITO EN EL MURO

POR ROBERT DARNTON

Artículo © Robert Darnton, 1990



LA mañana siguiente al 9 de noviembre, cuando los habitantes de uno y otro Berlín se despertaron sin saber si los acontecimientos de la víspera habían sido un sueño, el diario sensacionalista de Berlín Occidental *Volksblatt*, presentaba, en primera página, uno junto a otro, dos titulares contradictorios: "El muro ya no está" y "Bonn exige la destrucción del muro".

Ambos respondían a la realidad. El muro está y no está. El 9 de noviembre atravesaba el centro de Berlín como una llaga en medio de una gran ciudad, la Gran Divisoria de la Guerra Fría. El 10 de noviembre se había convertido en una pista de baile, una galería de pintura, un tablón de anuncios, una pantalla cinematográfica, un videocasete, un museo y, en palabras de la señora de la limpieza de mi oficina, "un simple montón de piedras". La toma del muro, al igual que la de la Bastilla, ha transformado el mundo. Así, no es sorprendente que uno de los participantes en la manifestación que tuvo lugar al día siguiente en la Alexander Platz de Berlín Oriental enarbolara una pancarta que decía simplemente "1789-1989". Era uno de los que habían contribuido a destruir el símbolo por excelencia del mundo de la posguerra para millones y millones de personas.

No es frecuente tener la oportunidad de asistir a la transformación de un símbolo de tal trascendencia y ello lleva a plantearse un sinfín de preguntas. La más correcta es, para empezar: ¿Qué sucedió entre los días 9 y 12 de noviembre y qué significan esos acontecimientos?

La caída

La destrucción del muro se inició al atardecer del jueves 9 de noviembre, poco después de que hiciera irrupción en Occidente la primera oleada



Pintado en el muro.

de berlineses orientales, a los que los berlineses occidentales llaman comúnmente *ostlers* ("orientales"). Un joven *ostler* con una mochila a la espalda trepó como pudo sobre el muro frente a la puerta de Brandeburgo y se puso a deambular por arriba, balanceando los brazos con indiferencia, sirviendo de blanco perfecto para las balas que habían derribado a otros muchos que habían intentado saltar el muro. Así, por ejemplo, el 17 de agosto de 1962 Peter Fechter, un albañil de dieciocho años fue alcanzado por un disparo y murió desangrado sin recibir auxilio a unos pocos pasos de Checkpoint Charlie. Veintisiete años después, ese 9 de noviembre una nueva generación de guardias fronterizos apuntaban a un blanco también nuevo y disparaban, pero sólo con mangueras y sin gran convicción. El conquistador del muro continuó su paseo empapado hasta los huesos, y finalmente los guardias se dieron por vencidos. Abrió entonces su mochila y derramó el agua en dirección al este, como si quisiera decir "todo esto se acabó".

Al cabo de pocos minutos, centenares de personas, tanto de un lado como del otro, se habían subido al muro y se abrazaban, bailaban, se ofrecían flores unas a otras, bebían vino, ayudaban a otros nuevos "conquistadores" y descantillaban afanosamente el propio muro. A medianoche,

bajo el resplandor de la luna llena en el cielo y de los proyectores de las garitas de vigilancia en la tierra de nadie, un millar se siluetas seguían afanándose sobre el muro con martillos y escoplos, erosionando su superficie como una colonia de hormigas devastadoras. En el suelo, los "conquistadores" atacaban la base a pedradas o con piquetas. Pronto aparecieron largas grietas, y la luz se filtró desde el este. En medio del tumulto, con la puerta de Brandeburgo como trasfondo, un *ostler*, con una hoz en una mano y un martillo en la otra, dirigía las operaciones de derribo.

El sábado, en los dos Berlines pasaban de mano en mano trozos del muro que la gente intercambiaba como recuerdos de lo que para la conciencia colectiva se había convertido ya en un acontecimiento histórico: el fin de la guerra fría. En una acera del Ku'damm se vendían fragmentos del muro, a 20 marcos la porción de pasado. Un transeúnte de Berlín Oriental recriminó, con una sonrisa, al vendedor: "No tiene usted derecho a vender esto. Es *nuestro* muro."

El muro, lo mismo que cualquier otro símbolo importante, ha adquirido múltiples significaciones, muy distintas en Occidente y en el Este. Incluso el aspecto del muro es diferente si se mira de un lado o del otro. Visto desde Occidente es el muro de una cárcel que encierra a los berlineses orientales en el totalitarismo. Los turistas suben a las torres de observación y se estremecen con deleite ante el espectáculo: la monstruosa estructura de hormigón, la tierra de nadie más allá —que, hasta 1985, estuvo minada y guarnecida de fusiles que disparaban automáticamente contra quien se aventurara por ella—, las alambradas, las patrullas con perros, las garitas con guardias armados reconociendo el terreno con prismáticos, y el segundo muro constituido por las casas con las ventanas cegadas al fondo del espacio vacío y desolado.

El muro que ven los berlineses orientales es distinto, pintado con motivos de color azul claro y oscuro, limpio, luminoso y sin graffiti, disimula todo el aparato represivo que hay detrás. Si uno deambula por las afueras de Berlín Oriental, puede andar durante kilómetros a lo largo del muro sin tener la sensación de que sea algo más que un elemento ordinario del paisaje urbano.

"¡Somos el pueblo y nos quedamos aquí!"

Nada más producirse la caída metafórica del muro, fui a visitar a un amigo de Berlín Oriental. Pese a tratarse de un intelectual no afiliado al partido, defensor de las manifestaciones y opuesto al régimen durante toda la crisis, profirió estas palabras de advertencia: "No derribéis el muro. Lo necesitamos como barrera protectora. Debe ser permeable, pero es mejor que se quede donde está. Uno de los grandes errores de la historia de Berlín fue eliminar la muralla de las aduanas en la que en 1867 estaba integrada la puerta de Brandeburgo. A raíz de ello empezaron las tragedias de los tiempos modernos."

Dos meses antes, una joven profesora de Leipzig había hecho una observación muy parecida, refiriéndose al muro como a un dique protector de las influencias peligrosas del mundo capitalista. Pensé entonces que se limitaba a repetir una consigna del partido, pero ahora que los alemanes del Este discuten libremente su futuro y que el muro ha experimentado una transformación radical, con frecuencia se oye decir lo mismo en la televisión, en los bares y en las calles.

Los occidentales suelen dar por sentado que los alemanes del Este están ansiosos por tener la oportunidad de ganar buenos sueldos y gastarlos en los artículos de consumo que existen en Occidente. Ello equivale a olvidar demasiado pronto a los cientos de miles de personas que se quedaron en su país y se manifestaron en las calles de Leipzig, Dresde y otras ciudades durante semanas antes del asalto al muro coreando el estribillo mucho más revelador: "¡Somos el pueblo y nos quedamos aquí!" Entre quinientas mil y un millón de personas lo repetían al unísono en la decisiva manifestación que se celebró el 4 de noviembre en Berlín Oriental, sin que se produjera una sola hemorragia nasal ni se rompiera un solo vidrio.

Las manifestaciones surtieron el efecto de unos Estados Generales en plena calle, socavando la legitimidad del partido y transfiriéndola al pueblo, que llevó este proceso a su punto culminante con la conquista del muro. Pero entonces surgió el problema: ¿qué hacer, si nada se interpone ya con Occidente?





ROBERT DARNTON, historiador y periodista estadounidense, es profesor de historia de Europa en la Universidad de Princeton (Nueva Jersey). Ha escrito numerosas obras sobre historia de la cultura en Francia, entre las que cabe destacar *The business of Enlightenment —a publishing history of the Encyclopédie, 1775-1800.* Recientemente, en colaboración con Daniel Roche, ha publicado *Revolution in print: the press in France 1775-1800* (1989) y *The Kiss of Lamourette: reflections in cultural history* (1989). El texto que publicamos aquí forma parte de un libro, *Berlin Journal, 1989-1990*, que aparecerá en 1991.



Piedra a piedra
se deshará
tu mole imponente.
Piedra a piedra
caerá
el artificio
de la demarcación
que oprimías.
Te derribaremos
hasta que no quede traza
de tu abominable
imagen.
Los anhelos
del pueblo
una vez más,
después de un largo invierno,
habrán demolido
los muros.
La libertad
puede demorarse
pero llega al fin
siempre
vencedora.

Federico Mayor

"Charlie se ha jubilado"

Del lado occidental, el muro, cubierto a lo largo de los años por una capa tras otra de graffiti, ofrece sus propios comentarios. En las capas más antiguas de este palimpsesto hay algunas inscripciones ingeniosas, pero carentes de la mordacidad de los juegos de palabras del otro lado: "Rómpase siguiendo la línea de puntos", "Haz el amor y no el muro". Pero también se encuentran inscripciones menos militantes: "Lisa ti amo", junto a nobles consideraciones que se sitúan más allá del conflicto: "La Universidad de Essex condena todas las formas de opresión política."

A veces el palimpsesto puede leerse como un diálogo, en que el presente responde al pasado con un comentario reconfortante. El muro ha caído, aunque todavía se mantenga visiblemente en pie como una superficie en la que se puede inscribir la afirmación de su inexistencia: "Es una lástima que el hormigón no arda" / "Pero se derriba"; "Este muro caerá" / "Lo hemos visto caer, nov.89". Muchas de las inscripciones tienen, incluso cuando son chistosas, carácter triunfalista, como ésta próxima a Checkpoint Charlie: "Charlie se ha jubilado. 10 nov. 89."

Ahora bien, el mensaje es básicamente el mismo, la oposición entre totalitarismo y libertad. El tema reaparece durante la visita obligada al Museo de Checkpoint Charlie con su exposición de artilugios utilizados para evadirse por debajo, por encima o a través del muro, y las cruces colocadas frente a los puntos en los que cayeron bajo las balas las personas que trataron sin éxito de escapar.

Estas imágenes de heroísmo y sufrimiento quedan bastante devaluadas por los comercios de recuerdos que venden tarjetas postales del muro y baratijas en una especie de feria que se ha ido montando entre el edificio que albergó en su día el Reichstag, transformado hoy en museo, y la brecha abierta en el muro frente a la Postdamer Platz, antaño la plaza más animada y bulliciosa de Europa, convertida ahora en un inmenso terreno cubierto de barro y malas hierbas. Los *ostlers* que invadieron toda esta zona después del 9 de noviembre, fascinados por las vistas del muro desconocidas para ellos, arramblaron con todas las postales, pero no sabían consumir al estilo occidental. Los vendedores las habían expuesto fuera de las tiendas, y los berlineses orientales, que no habían visto nunca una cosa así, creyeron que las regalaban y se las llevaron sin pagar.

Uno de los numerosos grupúsculos radicales que proliferan en Berlín Occidental trató de manifestarse contra esa penetración enarbolando una pancarta que decía: "Vuestra libertad es la de los bancos de Alemania Occidental", pero los manifestantes se perdieron en medio de las oleadas de *ostlers* que cruzaban el muro coreando el estribillo de la primera oleada, que había llegado el jueves: *Zum Ku'damm, zum Ku'damm und dann wieder zurück* ("A la Kurfürstendamm —la avenida

El muro de Berlín hacia 1962.



comercial más importante de Berlín— y después a casa otra vez"). *Züruck* era la palabra clave de ese estribillo, porque los berlineses orientales no acudían simplemente para comprar o vender, sino, sobre todo, para ver con sus propios ojos la ciudad prohibida y reintegrarse después a sus hogares.

La República Federal había ofrecido a todo visitante procedente de Alemania Oriental 100 marcos como regalo de bienvenida. Muchos bancos permanecieron abiertos el sábado y el domingo para proporcionar a los *ostlers* dinero en efectivo. La ayuda que no podían proporcionar los bancos la prestaban gustosos los particulares. Junto a una brecha del muro, un berlinés occidental daba un billete de cincuenta marcos a cada persona que pasaba del otro lado. Otro, que se encontró con una adolescente llorando a la puerta del McDonald's del Ku'damm porque toda su vida había soñado con comerse una hamburguesa en ese establecimiento y no tenía dinero, le puso en la mano un billete de cincuenta marcos y la muchacha entró sin más en el paraíso.

Los *ostlers* que llegaban se topaban con montones de personas que acudían a darles la bienvenida y les regalaban bebidas, los atiborraban de pizzas y salchichas, los llevaban a recorrer en coche los barrios residenciales y les ofrecían alojamiento para pasar la noche. Los *ostlers* podían viajar gratis en el autobús y en el metro, tenían descuentos en los restaurantes y cines y entrada libre en las discotecas. Se apretujaban frente a los escaparates que exponían ropa de lujo y automóviles Mercedes. Y los marcos que recibían se los gastaban alegremente, casi todos en frutas tropicales (inexistentes en Berlín Oriental), en juguetes, que son bastante feos al otro lado del muro, en libros, muchos de ellos prohibidos, en Coca Cola y en una gran variedad de cosméticos, chucherías y flores.

Lo que las dos poblaciones del Berlín deseaban por encima de todo era entrar en contacto. Cuando intercambiaban abrazos, bebidas y ramilletes de flores estaban cumpliendo un ritual colectivo de fraternidad. Como decía el diario *Volksblatt*: "La noche que se abrieron las puertas parecía como si ya no hubiera berlineses orientales y berlineses occidentales. Todo el mundo tenía la impresión de pertenecer a una gran familia y cada cual celebró la fiesta como correspondía."

El fin de un mundo

A quien no conozca bien Berlín puede resultarle difícil imaginar hasta qué punto el muro había dividido realmente la ciudad. Al poco tiempo de su construcción, en 1961, el millón aproximado de habitantes del lado occidental y los dos millones, más o menos, del lado oriental empezaron a perder todo contacto. En 1989 una generación entera había crecido a la sombra del muro, y la mayoría de sus integrantes no lo habían atravesado nunca, ni siquiera hacia el Este cuando era posible. Aceptaban el muro como una realidad más de la vida, como algo inexorable, incorporado al paisaje, que estaba allí cuando ellos nacieron y seguiría estando después de su muerte. Lo consideraban una atracción turística, no pensaban en él o simplemente habían dejado de mirarlo.

Antes de la toma del muro, un periodista entrevistó a una señora de edad que vivía enfrente y pasaba horas asomada al balcón con la vista fija en la tierra de nadie. A la pregunta de por qué miraba el muro con tanto interés, formulada esperando alguna alusión a la división de Berlín, la anciana respondió: "No miro el muro para nada. Observo a los conejos que corretean en la tierra de nadie." Eran muchos los berlineses occidentales que no veían el muro hasta que dejó de existir.

Hay que decir que el muro se había convertido para los berlineses en una fuente de financiación. Gracias a su existencia el gobierno de Bonn donaba miles de millones a Berlín para subvencionar todo género de actividades, desde la Orquesta Filarmónica a grupos de adolescentes intérpretes de jazz. Toda una población de intelectuales subempleados se ha ido constituyendo en torno a la Universidad Libre, que cuenta en la actualidad con unos sesenta mil estudiantes. Como residentes en Berlín, están exentos del servicio militar, y también pueden pasar la noche en los bares tomando cerveza y charlando de política, al ser Berlín la única ciudad de la República







Fiesta en el muro.

Federal en la que los bares pueden permanecer abiertos después de medianoche y en la que es posible pedir un desayuno por la tarde. Muchos de esos intelectuales desarraigados se han convertido en un hatajo de parásitos, que están viviendo a expensas del muro. Si éste desaparece realmente, les puede venir encima una catástrofe económica más grave que a los berlineses orientales.

Así pues, el muro significa algo muy distinto para los berlineses y para los que no viven en esa ciudad. Pero para muchos está muy claro que el muro es sólo una barrera entre otras divisiones de mayor alcance, especialmente la línea Oder-Neisse y la separación entre el Pacto de Varsovia y la OTAN. Una noche se retiraron a descansar en un mundo con límites bien definidos y al día siguiente se despertaron en otro sin fronteras nacionales claras, sin bloques de poder equilibrados e incluso sin demarcaciones temporales precisas, ya que de pronto parecía posible concluir un tratado que pusiera fin a la Segunda Guerra Mundial cuarenta y cuatro años después de que terminara. Están viviendo, pues, un fenómeno muy conocido en antropología: la desaparición de las fronteras puede ejercer un efecto sumamente perturbador, al ser un principio de renovación y a la vez una amenaza para toda una concepción del mundo.

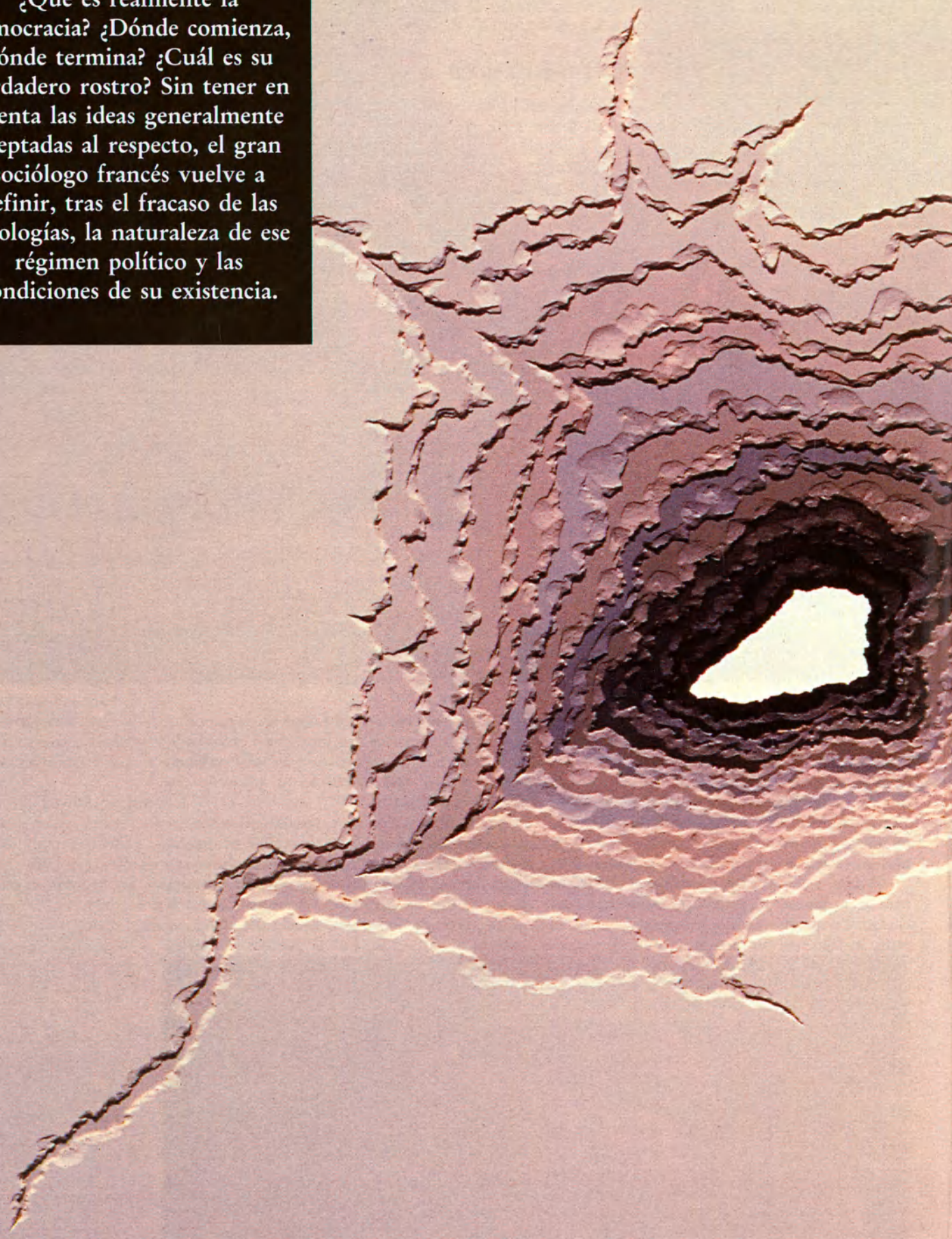
No obstante, la euforia se mantiene. Sobre todo en Berlín Oriental ha cundido la idea de que la conquista del muro ha supuesto la toma del poder por el pueblo. Las manifestaciones callejeras han socavado la legitimidad del régimen y, junto con el éxodo masivo de la población allende las fronteras, han derribado al gobierno sin disparar un tiro.

Es posible que nunca se conozcan los pormenores de lo que sucedió en el interior de la tambaleante estructura de la RDA, pero cualesquiera que sean las causas que propiciaron la ocasión, la fuerza que se abrió paso a través del muro la noche del 9 de noviembre estaba allí y todo el mundo pudo verla: era el pueblo de Berlín Oriental con sus convicciones, su disciplina y el poder del número como única arma.

Se apoderaron materialmente del muro, atravesándolo, subiéndose a él y descantillándolo. En Berlín Occidental fue algo parecido: ocuparon el espacio, abarrotando el Ku'damm, atestando los autobuses y los bares, aparcando sus minúsculos Trabbis en las aceras más aristocráticas y regresando triunfalmente al Este con una flor para su novia o un juguete para un niño.

Esta toma de posesión de una ciudad por sus habitantes fue un momento mágico. El jueves 9 de noviembre de 1989, a la luz de la luna llena, entre la sombra del Reichstag y la mole amenazadora de la puerta de Brandeburgo, el pueblo de Berlín bailó sobre el muro transformando el paisaje urbano más desolado en una escena de alegría y esperanza para poner fin así a un conflicto interminable. ■

¿Qué es realmente la democracia? ¿Dónde comienza, dónde termina? ¿Cuál es su verdadero rostro? Sin tener en cuenta las ideas generalmente aceptadas al respecto, el gran sociólogo francés vuelve a definir, tras el fracaso de las ideologías, la naturaleza de ese régimen político y las condiciones de su existencia.



EL DURO CAMINO DE LA DEMOCRACIA

POR ALAIN TOURAINE

El siglo XX no ha sido amante de la democracia. Ese siglo, que sólo ha durado setenta y cinco años, de 1914 a 1989, de la Primera Guerra Mundial a la apertura del muro de Berlín, aspiró a ser el de las revoluciones, las liberaciones y el desarrollo. Ahora bien, esos objetivos que despertaron tantas esperanzas y provocaron movilizaciones populares tan importantes son, en su principio mismo, contrarios a la democracia pues exigen una unidad contra un enemigo o un obstáculo, en circunstancias que la democracia es pluralista por naturaleza. Nos cuesta mucho aceptar esta oposición, sobre todo si vivimos en lo que se ha denominado el Tercer Mundo. También nos cuesta, en particular si somos occidentales, renunciar al sueño que Occidente concibió para el siglo XX: ver el espíritu de la democracia, formado primero en Gran Bretaña, en Estados Unidos y en Francia, extenderse al mundo entero empezando por los países más próximos, Alemania, Italia, España, para llegar luego a los de Europa Central, a los del Este europeo, a América Latina y, finalmente, al resto del mundo.

Durante del siglo XX algunos ideólogos venidos de los países más ricos afirmaron que el crecimiento económico, la democracia política y la felicidad personal avanzaban simultáneamente. La realidad histórica desmintió brutalmente este optimismo ingenuo. El país que encarnaba quizá más que todos los demás los ideales de la modernidad, la Alemania de Weimar, sucumbió al nazismo. Paralelamente las protestas de los pueblos colonizados recordaron con bastante rudeza a las grandes naciones occidentales que su dominio sobre una parte importante del mundo se ejercía empleando métodos muy poco democráticos.

A la inversa, los movimientos revolucionarios anticapitalistas y antiimperialistas, formados en nombre de los pueblos o de las clases dominadas, no merecieron su nombre de democracias populares y pronto se advirtió que fueron impuestos por un ejército extranjero en la mitad de los países de Europa. A su vez, muchos regímenes nacidos de la descolonización se convirtieron también en dictaduras que dependen a menudo de un protector extranjero. Los países pobres no avanzaron por el camino de la libertad sino por aquel en que surgen los regímenes autoritarios y totalitarios. Por su parte, los países más modernizados cayeron a veces en los fascismos, e impusieron regímenes coloniales y favorecieron la desigualdad social en gran parte del planeta.

Esas imágenes, que corresponden a la primera mitad del siglo, son sin duda hoy en día demasiado sombrías, pues la democracia ha sobrevivido, se ha profundizado, se ha extendido en Occcidente y ha reconquistado incluso numerosas tierras perdidas en Europa Oriental y en América Latina en particular. Pero una reflexión seria sobre la democracia no puede limitarse a simplificaciones eufóricas de esta índole. La dramática historia del siglo XX merece una reflexión cuyo punto de partida sólo puede ser el siguiente: democracia y desarrollo no siempre van juntos; pueden incluso avanzar por caminos opuestos.

¿Qué es la democracia?

La democracia no está de ningún modo asociada a la riqueza o a la pobreza ; si se buscan las causas que favorecen su desarrollo, pronto se descubre

The Door Project (1985), detalle de un proyecto de creación de una puerta realizado por el SITE (Sculpture in the Environment), grupo de arquitectos-escultores norteamericanos.

La danza (a la derecha) y *Los esclavos* (abajo), 1970, del pintor senegalés Souley Keita.





ALAIN TOURAINE, sociólogo francés, es director de estudios y director del Centre d'Analyse et d'Intervention Sociologiques (CADIS) de la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales (París). Ha publicado numerosos libros y artículos sobre teoría sociológica y sociología del desarrollo, en particular en América Latina, a la que consagra uno de sus últimos libros *La parole et le sang* (París, 1988).

que está fuertemente vinculada a la capacidad de desarrollo endógeno de un país, es decir a la formación de actores sociales impulsados por los valores de la modernidad —la racionalidad y el individualismo— y que debaten directamente entre ellos sobre la apropiación de los instrumentos y de los resultados del trabajo colectivo.

La democracia no puede definirse solamente en función de instituciones o, de manera aun más limitada, de garantías. Sin duda no hay democracia sin la libre elección de los dirigentes y sin la posibilidad que tiene la mayoría de poner término al poder de aquellos a quienes no ha otorgado o ha retirado su confianza. Es éste un problema de definición y no vale la pena analizar la democracia si esa palabra significa otra cosa que la libre elección de los dirigentes por el pueblo. Pero se trata, a partir de esa base, de explicar la presencia de ese tipo de régimen político y de identificar sus causas. Es aquí donde surge una distinción indispensable entre desarrollo endógeno (democrático) y desarrollo exógeno (voluntarista, antidemocrático).

Cuando una sociedad tropieza con obstáculos insuperables en el interior de su modernización debe movilizarse, en sentido estricto como figurado, bajo la conducción de jefes que apelen al interés superior del Estado o de la nación, que busquen su legitimidad en la ciencia, la historia, un dios o el pueblo. El desarrollo no puede ser democrático si, en la sociedad que se pretende transformar, lo antiguo resiste a lo nuevo, pues en esa situación es necesario que una vanguardia

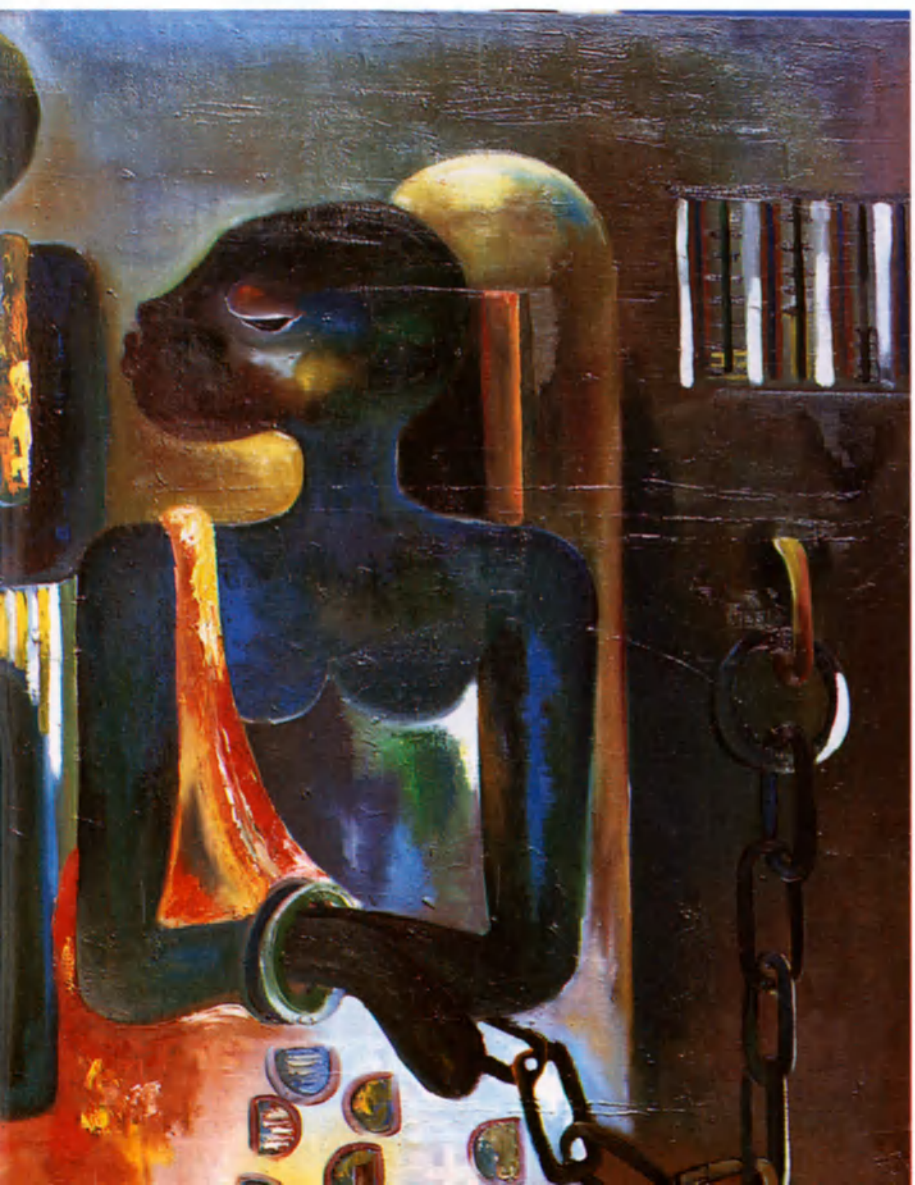




o una elite escape a la presión de la sociedad antigua y la conduzca a marchas forzadas hacia el porvenir.

Ello supone las más de las veces una fuerte movilización colectiva para combatir enemigos presentados siempre como exteriores, trátese de una potencia colonial, de los grandes propietarios, de las creencias tradicionales o de las formas de organización familiar. Así definido, el desarrollo voluntarista, exógeno, apela a la voluntad de la nación, en circunstancias que la democracia requiere una pluralidad de opiniones combinadas con una doble limitación de los conflictos sociales, apelando a la racionalidad y a la libertad.

¿En qué condiciones el desarrollo y la democracia coinciden y cuándo puede hablarse de desarrollo endógeno? Una modernización endógena supone —como lo han dicho tantos autores desde el siglo XVIII y sobre todo después de Max Weber— una secularización que separe la vida social de una concepción naturalista o religiosa del universo, que se apoye en la razón instrumental y que se base en el respeto del individuo como principio de opciones éticas. Supone en segundo lugar la autonomía de la sociedad civil frente al Estado, como lo han afirmado tantos analistas y en primer lugar Jean-Jacques Rousseau, una cierta igualdad de condiciones, por consiguiente un principio igualitario que puede ser religioso o republicano. Supone por último que esa sociedad civil esté estructurada, es decir que los actores sociales sean representables y que por ende estén organizados o constituidos de modo que las fuerzas políticas puedan ser "representativas", lo que es la condición más visible y, en verdad, la expresión concreta de la democracia.



Un análisis tan denso puede parecer demasiado abstracto, pero limitándose a lo esencial, permite situar claramente el problema de la democracia y dar un sentido preciso a la afirmación aparentemente sorprendente que formulé al comienzo: democracia y desarrollo pueden ser términos opuestos.

La historia de los últimos siglos es la de la separación progresiva de un mundo capaz de desarrollo endógeno, y por consiguiente de democracia, y de otro mundo (dominado por lo demás por el primero) que persigue un desarrollo exógeno, en una línea de defensa tradicionalista, populista e incluso nacional-revolucionaria, puesta en movimiento de manera autoritaria por una elite dirigente nacional o extranjera.

En el primer mundo se encuentran no sólo los países del Centro modernos y democráticos, sino también países de la periferia en los que el desarrollo, así como la democracia, son frágiles. Muchos de los países considerados intermedios, de la India a América Latina, pertenecen en realidad a esta categoría.

El segundo mundo consta en efecto de dos partes diferentes, aquella en que un Estado autoritario modernizador apela a los temas de la racionalización y la secularización, tomados del primer mundo —ejemplo, los países comunistas— y aquella en que la elite dirigente apela a la unidad de destino de un pueblo, de una comunidad, de una nación —ejemplo, el Tercer Mundo. Ello nos permite en definitiva distinguir cuatro categorías de países, agrupados de dos en dos.

Por una parte, los países centrales con desarrollo endógeno y los países con modernización voluntarista y autoritaria. Por otra, los países periféricos con desarrollo endógeno limitado y los países neocomunitarios.

Desviaciones y extravíos

La historia de nuestro siglo es la del desplazamiento acelerado de la iniciativa del primer grupo de países al segundo a partir de la revolución soviética, luego al tercero con la modernización acelerada de los países intermedios, y por último al cuarto, el de los países del Tercer Mundo propiamente dichos, donde se dan movimientos nacionalistas o comunitarios e incluso a veces teocráticos. En una segunda fase, se asiste al derrumbe casi simultáneo de todos esos modelos de desarrollo exógeno, voluntarista y al éxito de las democracias acompañado por la atracción creciente que ejerce el modelo democrático sobre los países de los grupos segundo y tercero e incluso a veces del cuarto.

Pues una vez que se ha opuesto el desarrollo endógeno democrático al desarrollo exógeno

autoritario no cuesta trabajo ver que la operación más difícil es transformar un impulso exógeno en mecanismo endógeno de desarrollo. Esos términos pueden parecer alejados de las realidades históricas tal como las percibimos; ello no es así. La Alemania de Bismarck, la Italia construida por Cavour, el Japón de la era Meiji e incluso, durante algún tiempo, la Turquía kemalista, lograron crear, gracias a la iniciativa del Estado, actores sociales independientes —empresarios, sindicalistas, administradores y científicos— y por tanto combinar el dinamismo de la modernización con la autonomía de la sociedad civil, creando así lo que los economistas llaman el *self-sustaining growth*.

Pero este paso sólo ha tenido éxito en las sociedades donde existían ya importantes factores de desarrollo endógeno, una premodernización marcada por el desarrollo de la educación, la libertad de ideas y de comercio, la concentración de los capitales. Cuanto más grande es la distancia por recorrer, en mayor medida la movilización autoritaria corre el riesgo de convertirse en un fin en sí misma y de transformarse en despotismo creando nuevas rigideces y nuevos privilegios. Allí donde se hablaba de racionalización, de planificación y de educación, se observa la instalación del poder de la nomenklatura, la rigidez burocrática y el rechazo de las ideas nuevas. La involución es aun más aguda allí donde el objetivo casi exclusivo es la afirmación nacional, que puede adoptar formas extremas cuando los recursos naturales abundantes permiten sobrevivir pese a una gran desorganización económica.

El último tercio del siglo, y sobre todo el periodo que se inició con los años ochenta, se caracteriza por esos formidables procesos de regresión. Desembocan finalmente, por un lado, en la destrucción de los regímenes comunistas y, por otro, en la degradación de los movimientos de liberación nacional, dejando a menudo salir de su flanco regímenes autoritarios, corrompidos y basados en la clientela.

En el mismo momento, los países centrales, desequilibrados un tiempo por las crisis petroleras y por el aumento acelerado de los ingresos reales y de las prestaciones sociales en perjuicio de la inversión, recurren de nuevo a su capacidad de desarrollo endógeno. Una generación de técnicas nuevas aparece, los programas de educación y de investigación se fortalecen al mismo tiempo, es cierto, que los programas de armamento.

Resurgimientos

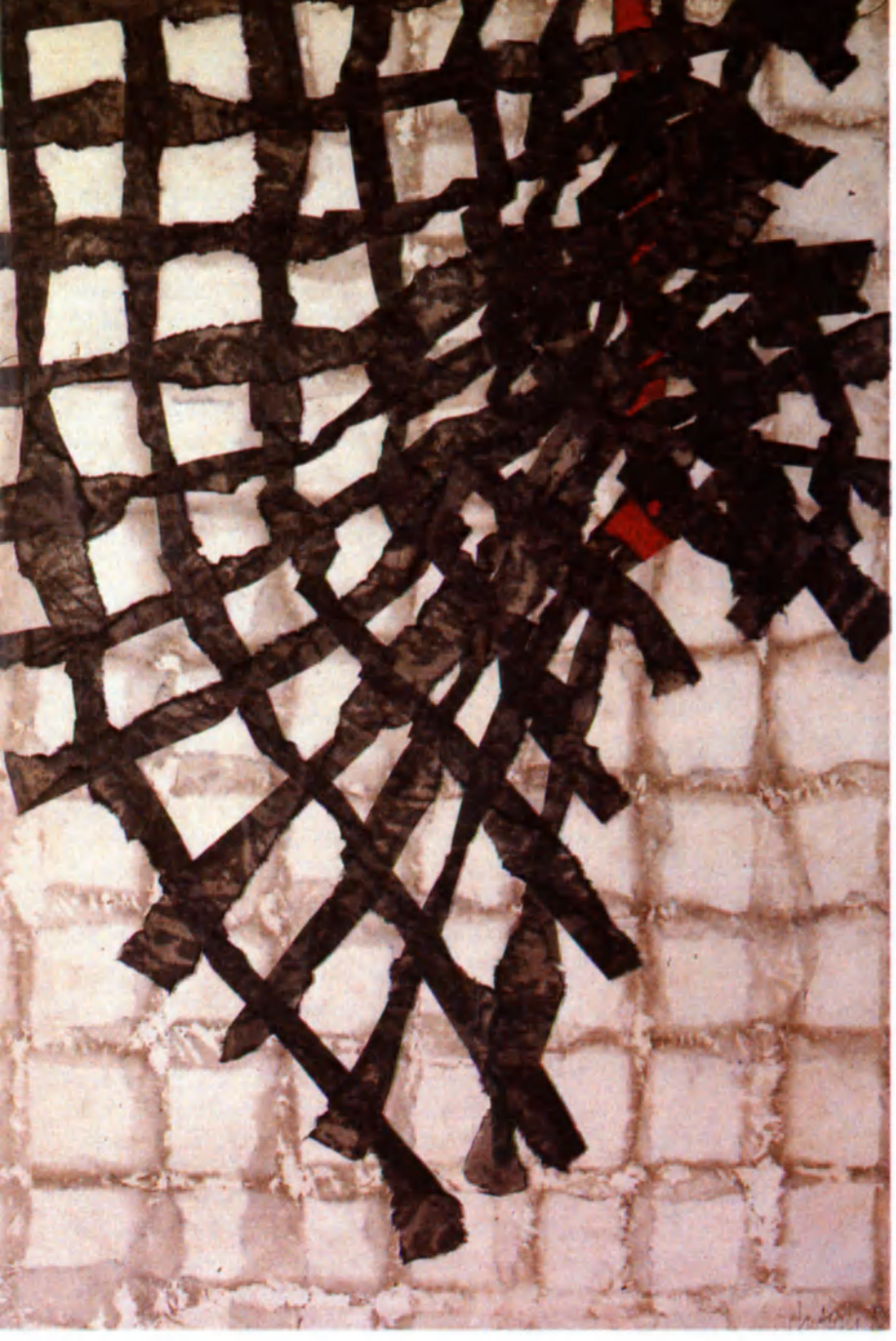
Este vuelco de la situación se traduce en el renacimiento del tema de la democracia y en la decadencia de la idea revolucionaria. Francia acaba de celebrar el bicentenario de una revolución a la que ha querido convertir en generadora de la democracia pero no en precursora de la revolución soviética.

En América Latina, a medida que se avanza hacia el sur, se observa la transformación de la esperanza revolucionaria en exigencia de democracia, hasta llegar a Chile donde la voluntad general de no ruptura dio la victoria a los elementos más moderados de la oposición.

Pero es sobre todo en los países de Europa Oriental donde el vuelco es más espectacular. En la República Democrática Alemana, en Checoslovaquia, en Hungría y en Polonia, el "repertorio" —según la apropiada expresión de Charles Tilly— de la democracia reemplaza al de la revolución. El llamado a elecciones libres y la ausencia de muerte y de venganza suceden a la violencia



Libertad (1948), tapiz de Jean Lurçat (1892-1966), texto de Paul Eluard.



Los barrotes caen (1989), tiras de papel pintadas, trenzadas y pegadas, de la artista suiza Nicole Dufour.

callejera, la toma de palacios oficiales y el recurso a las armas. Una sociedad se reconstruye al tiempo que desaparecen las exhortaciones apasionadas al pueblo, al proletariado y a su fuerza casi telúrica. Durante el otoño de 1989 la humanidad ha vivido algunas de sus horas más hermosas; la destrucción del muro de Berlín ha puesto fin a la era de las revoluciones iniciada hace dos siglos con la toma de la Bastilla.

Imágenes admirables y emocionantes para todos aquellos que creen que los hombres hacen su historia en vez de estar sometidos a fatalidades, ya sean éstas las de la tradición o las de lo que llamamos progreso. Pero no incurramos en la ingenuidad de creer en un "happy end" en que se vería a todas las naciones descarriadas retomar el buen camino de la modernización democrática. Si bien es cierto que salen de una dictadura que supuestamente era la del proletariado y que se había convertido en la dictadura de un partido y de un aparato político ideológico y policial, no por ello entran automáticamente en un régimen democrático. Otras salidas son posibles, tanto más abiertas cuanto que la crisis política y económica es más profunda.

Una primera vía, fuera de aquella de la democracia, conduce al caos si la descomposición del antiguo sistema obstaculiza la formación de uno nuevo. Es una salida terriblemente lógica para aquellos regímenes que han impedido la formación de una sociedad y de actores sociales y que no dejan tras de sí más que un vacío social, a menudo ocupado por luchas y conspiraciones políticas.

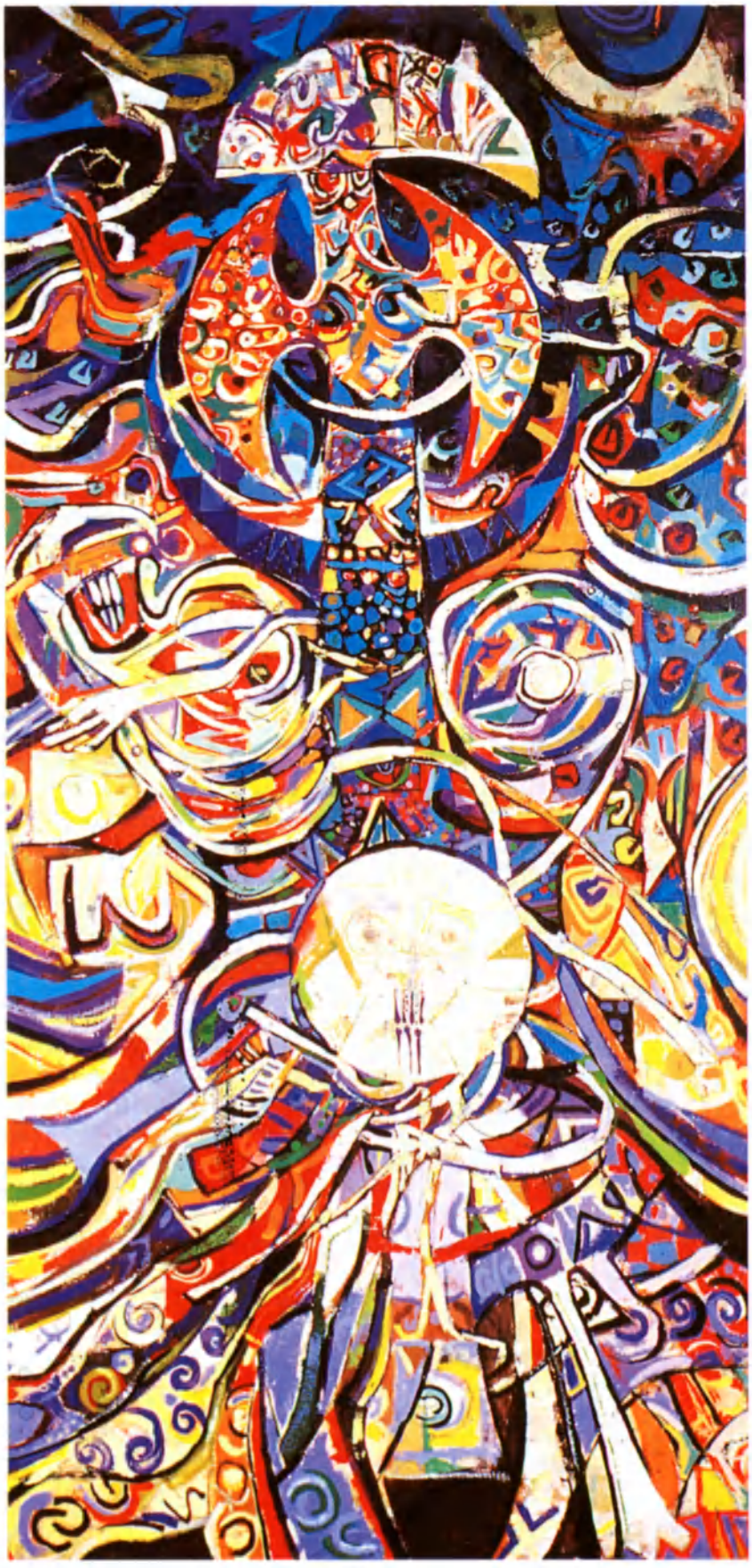
Tras la caída del dictador, Rumania, donde nunca se había organizado una sociedad autónoma y diversificada, y donde se sucedieron las dominaciones patrimoniales y las dictaduras, pareció estar muy próxima al caos.

La segunda vía conduce al liberalismo económico extremo. Si no hay actores sociales, si el antiguo régimen ha sofocado las fuerzas de liberación y si la gestión administrativa de la economía es incapaz de adaptarse a las exigencias del mercado, numerosos son los que recurren a este último como único guía de la sociedad y piden ante todo la llegada masiva de capitales, de métodos y de productos extranjeros. En 1990 Polonia ha emprendido una política exagerada de liberalización. Pese a la inflación galopante y a la caída vertiginosa del nivel de vida de la población, el gobierno nunca ha sido más popular, como si el país fuera consciente de que el hombre viejo tiene que desaparecer para que de las limitaciones y las posibilidades del mercado surja un hombre nuevo.

En América Latina esta política es la más tentadora: volver al desarrollo hacia el exterior, "hacia afuera", ahondar la distancia entre un sector moderno capaz de integrarse en el mercado mundial y un sector informal, marginado, pobre. La forma más aguda de esa "dualización" acentuada es el comercio de la droga, que constituye la empresa transnacional más importante del continente y concentra los recursos en un número reducido de personas —incluso si se considera dentro de ese número a los campesinos que reciben una mejor remuneración por el cultivo de la coca —, mientras el resto de la población sigue encerrada en el círculo de la crisis, la violencia, la corrupción y las consecuencias de la fuga de capitales.

Paralelamente, la economía de los países centrales sufre un desequilibrio cada vez mayor entre los movimientos de capitales y el comercio de bienes y servicios, llegando el primero a ser veinte a cincuenta veces superior al segundo.

Por último, una tercera vía consiste en la existencia de actores sociales definidos no ya por su papel de producción sino por la defensa de una identidad colectiva. Sobre las ruinas de las políticas de modernización voluntaristas y autoritarias reaparecen los movimientos nacionalistas: en la Unión Soviética, armenios y azerbaijanos se enfrentan en una guerra civil que podría reproducirse en otras repúblicas y fuera de la Unión Soviética. Quienes veían en el nacionalismo una



Máquina de calcular informática, electrónica, automática (1978), acrílico sobre tela del pintor etíope Boghossian Skunder (colección "El arte contra el apartheid", véase la p. 38).

fuerza del pasado que sería reemplazada por las luchas de clases ligadas a la economía moderna se han equivocado totalmente.

Los austro-marxistas de fines del siglo XIX y los propios leninistas fracasaron en su intento de asociar las luchas sociales a las luchas nacionales. El leninismo-maoísmo fue sin duda el movimiento político más fuerte de mediados del siglo XX, pero la unidad que había intentado crear entre luchas anticapitalistas y luchas antiimperialistas bajo la dirección de un partido comunista demostró ser artificial, y los grupos revolucionarios se entregaron a acciones terroristas que marcaron la descomposición del leninismo tanto en el Uruguay y la Argentina como en Turquía y en Irán.

Habría que agregar a estas tres vías de salida no democrática de los regímenes comunistas o nacionalistas, las reacciones militarizadas de esos regímenes que mantienen su poder exclusivamente por medio de la represión causando al mismo tiempo su propia asfixia.

Ninguna de estas soluciones se puede considerar democrática, pues en todos los casos las opciones políticas desaparecen y al poder absoluto de una dictadura sucede otro poder absoluto, el de los centros de decisión que gobiernan el mercado, el de los grupos más nacionalistas o el de la violencia.

Los enemigos de la democracia

Si bien es cierto que la democracia no es una forma de sociedad sino un régimen político y si es inaceptable calificar a un gobierno de democrático porque mejora el nivel de vida, la tasa de escolaridad o la esperanza de vida de la población, tampoco hay democracia sin la existencia de opciones entre fuerzas representativas dentro de una colectividad local o nacional. Pues, ¿cuáles son las reglas del juego si no hay ni jugadores ni campo de juego?

Hoy día la mayor parte del mundo está firmemente apegada a la idea de democracia, como lo han probado, por ejemplo, la caída de los regímenes militares de Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile, el fin del monopolio político del partido comunista en Polonia, en Hungría, en Checoslovaquia, en Bulgaria, e incluso, hasta cierto punto, en la Unión Soviética y en Rumania, así como la desaparición del izquierdismo contrario al principio de elecciones parlamentarias en los países occidentales.

Todas estas experiencias se ajustan a los principios sobre la base de los cuales he tratado de definir la democracia: existencia reconocida de una sociedad no sometida al poder absoluto de un Estado y tan poco segmentada y jerarquizada como sea posible; reconocimiento de la racionalización como un elemento esencial de conflictos sociales que deben combinar la oposición de intereses o de ideas con la referencia a un interés general; y, por último, aceptación de un principio ético que establece el derecho absoluto del

individuo a la mayor libertad posible de creencias e iniciativas.

Durante largo tiempo las filosofías políticas han procurado dar un fundamento suficiente a la democracia en virtud de medidas institucionales —elecciones libres, separación de poderes, desaparición de privilegios y de posiciones personales. Pero la descripción de las instituciones democráticas no constituye un análisis de los fundamentos de la democracia. Lo que me propongo señalar aquí es que la existencia de la democracia descansa en una "doble limitación" del poder político y social, por una parte, gracias al reconocimiento de la "racionalidad" y de sus exigencias propias, y, por otra, mediante el recurso a una forma u otra de "derecho natural", y que exige también la mayor integración social posible al mismo tiempo que la existencia de grupos de ideas y de intereses que sean actores representables.

En otras palabras, los enemigos de la democracia son tanto la segmentación social y cultural como la aplicación predominante de un principio de unidad o como la subordinación de la sociedad a un Estado voluntarista que reemplaza a los actores sociales.

Una participación más activa

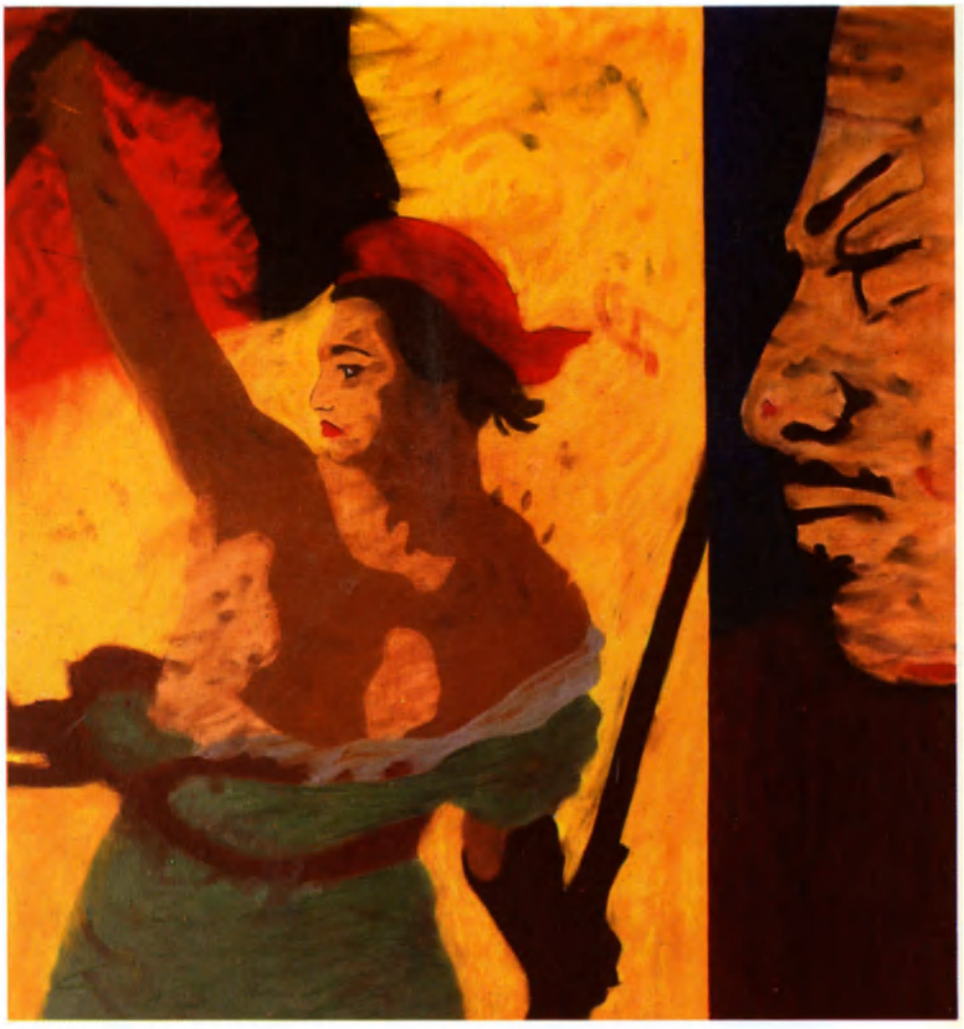
Todas las condiciones de existencia de la democracia que acabamos de mencionar son de igual naturaleza: la democracia es posible en la medida en que la población de un país se organiza en un conjunto de actores políticos —se debilita o desaparece cuando las opciones políticas están supuestamente inspiradas en una lógica no social: la fidelidad a una esencia nacional, la integración de una comunidad, la voluntad de un príncipe o incluso la propia modernización. Quienes identifican democracia con economía de mercado se equivocan tanto como aquellos que consideran democrático un régimen surgido de una revolución o de un movimiento de liberación nacional apoyado por la mayoría de la población. Cuando la abstención es grande, cuando la oposición de etnias o de regiones, de lenguas, de religiones y de formas de vida muy diferentes destruyen la unidad nacional o cuando las desigualdades sociales son muy pronunciadas, la formación de un sistema de actores políticos, de un foro y de instituciones políticas libres resulta sumamente difícil.

Está claro que no hay que equiparar aquellos países que poseen democracias imperfectas con aquellos que van hacia el caos y la descomposición o aun con los que reconocen abiertamente formas de discriminación o de segregación. Ello significa que la caída de una dictadura no conduce automáticamente a la instauración de una democracia y que ésta descansa ante todo en el espíritu democrático, en la capacidad y la voluntad de participar, por medio de instituciones libres y representativas, en la producción y la aplicación de la ley por los ciudadanos y bajo su control.

¡Qué lejos estamos de las teorías antisociales que explicaban la existencia de la democracia en función de la riqueza de la nación, de sus creeencias o incluso de su tamaño! ¡Cuán urgente resulta buscar en todas partes la manera de acrecentar la actividad política, la capacidad de discutir y de elegir o de combinar la diversidad de intereses con la integración de una sociedad!

Estos últimos años, y con más claridad aun estos últimos meses, hemos aprendido que la democracia se opone más que se asocia a la revolución, que requiere una gran capacidad de modernización endógena y que debe, para ser fuerte, reducir las diferencias sociales y culturales. No estamos totalmente convencidos, en cambio, de que exija una gran participación en la vida pública.

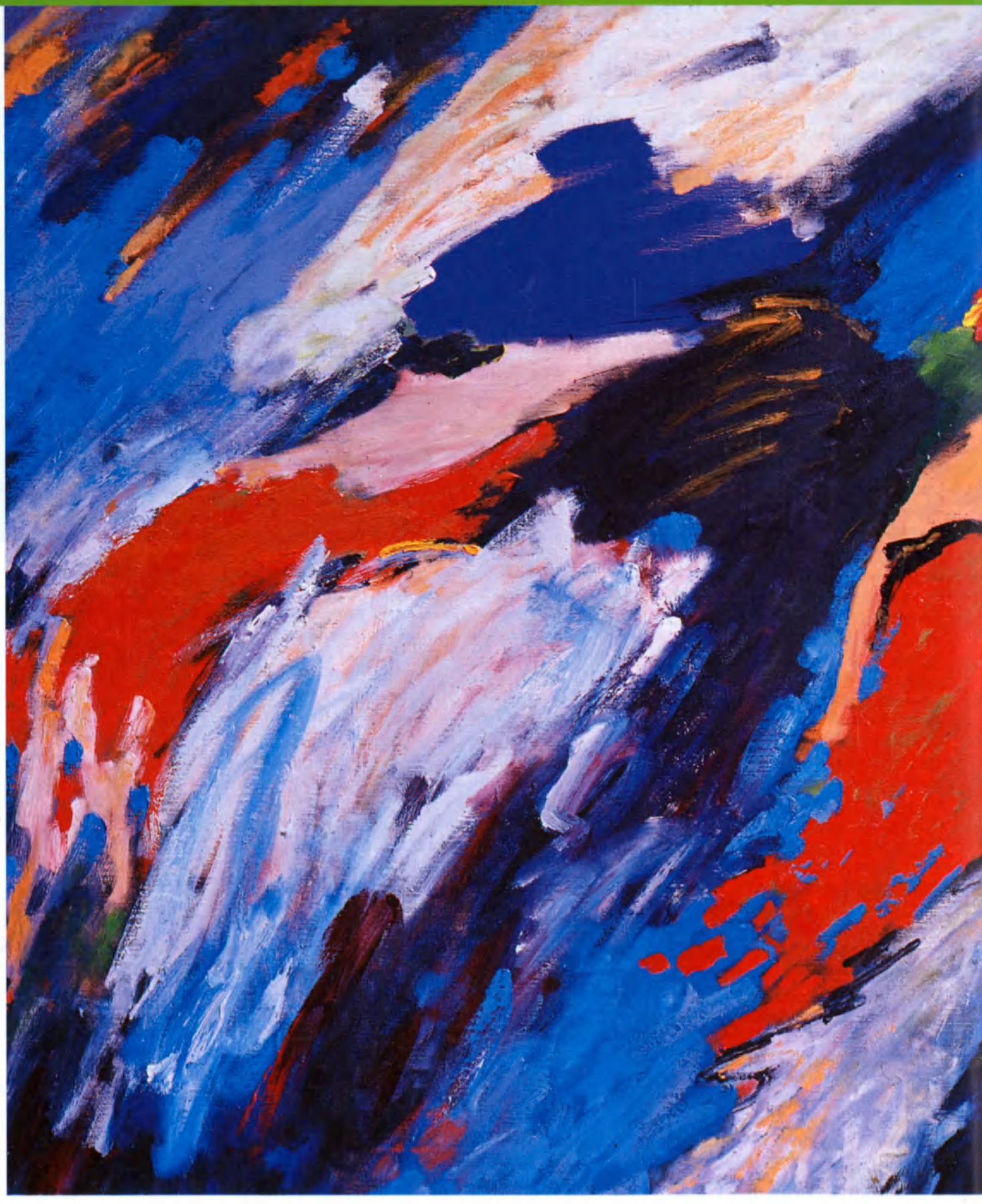
Algunos sienten incluso la tentación de afirmar que las pasiones ponen en peligro la democracia y que una cierta apatía facilita el buen funcionamiento de las instituciones. Esta idea es tan inaceptable como la concepción opuesta que asimila la democracia a las manifestaciones de masas, pues reduce, de hecho, la democracia a la libertad de los actores económicos. En realidad, no hay democracia allí donde la vida política está subordinada a otra lógica que no sea la suya. El fundamento de la democracia estriba en la participación más activa posible del mayor número posible en la formación y la aplicación de las decisiones políticas. ■



Libertad y las Américas (1986), pintura al pastel del pintor norteamericano Rupert García. Inspirada en Delacroix, la alegoría de la libertad tiene rasgos mestizos.

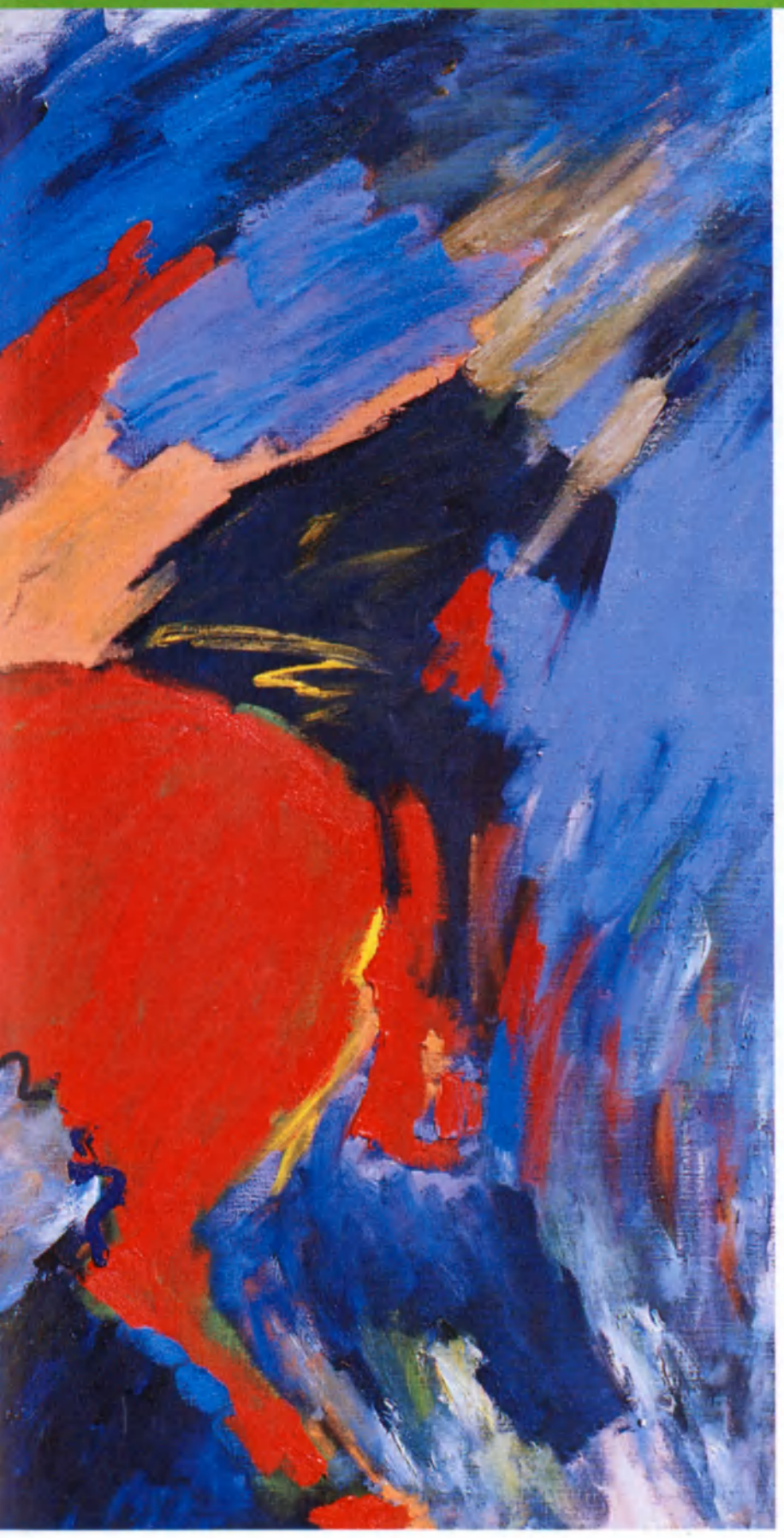
POR OCTAVIO PAZ

IRONÍA Y



COMPASIÓN

Ante la importancia que han cobrado las burocracias, el gran escritor mexicano llama a redoblar la vigilancia crítica. A los estragos de la soberbia a lo largo de la historia, opone la sonrisa lúcida de la compasión.



Revolución, óleo sobre tela de Gilberto Frometa Fernández, pintor cubano contemporáneo.

VIVIMOS un momento especialmente difícil, hay un gran vacío intelectual en el dominio de la filosofía política. Vivimos el ocaso de los grandes sistemas concebidos en el siglo XIX, y esto ha coincidido con el surgimiento de burocracias político-económicas en todo el orbe. En realidad, se trata de un nuevo grupo social, una clase a la que, a falta de término mejor y más preciso, llamamos "burocracia". En algunos lugares esas burocracias están identificadas con una ideología y con un Estado.

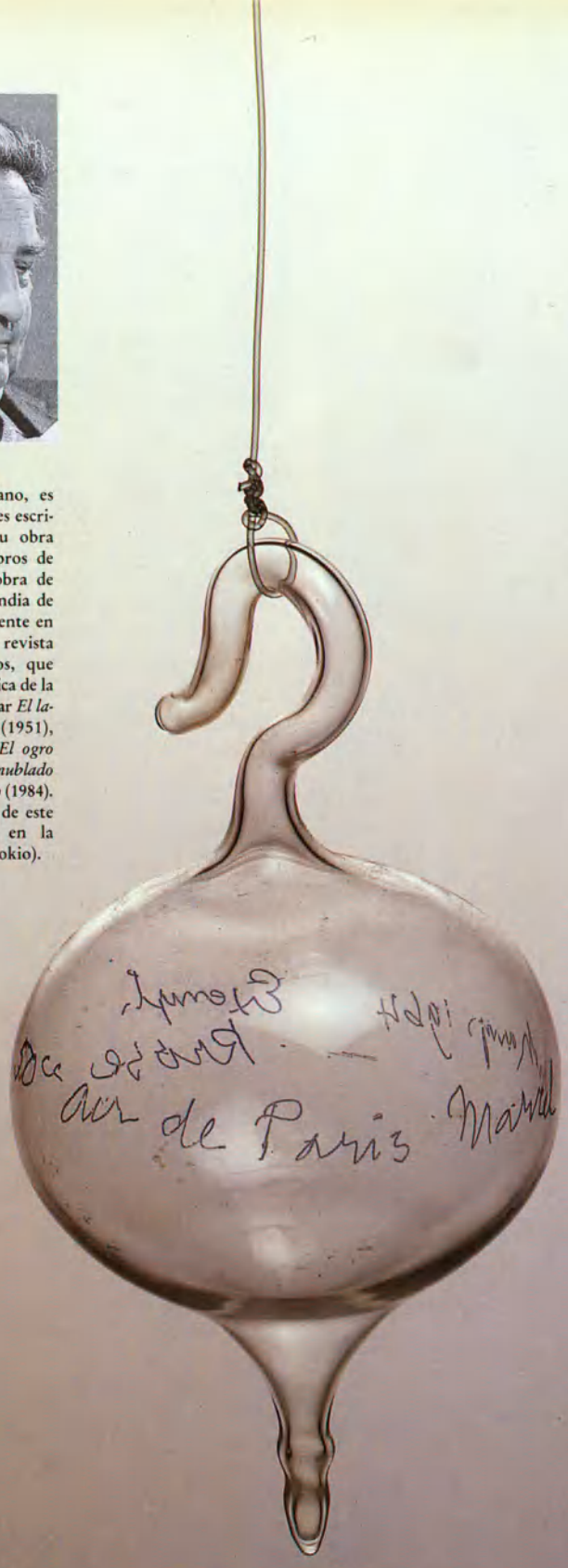
En otros países, la burocracia política y tecnocrática tiene una influencia determinante, como en México, pero su poder está lejos de ser absoluto. Esta nueva clase es universal y ha penetrado y se ha permeabilizado desde las grandes empresas capitalistas de Occidente y de Japón hasta los regímenes de la Europa del Este, pasando por la CIA y por muchas otras poderosas instituciones, así como por los gobiernos de los países subdesarrollados. El vacío en el campo de las ideas políticas y sociales es una consecuencia de la historia del siglo XX. Es un aspecto de la gran crisis de la civilización moderna en su etapa posindustrial. En el primer tercio del siglo XX, mucha gente pensó que la única salida a las contradicciones de nuestras sociedades sería la revolución socialista. Yo compartí esa idea. Pero hoy hemos visto que el experimento que se inició con la revolución bolchevique de 1917 ha fracasado. Ha fracasado socialmente porque no ha sido capaz de generar ni la igualdad ni la libertad; ha fracasado económicamente porque no produjo la supuesta riqueza de bienes materiales que se pensó. Ha triunfado políticamente, mejor dicho, militarmente.

El fin de la ideología

Pero la idea revolucionaria ha sido gravemente dañada y ha perdido casi todo su magnetismo, especialmente en los países desarrollados. Incluso en México, en donde la clase intelectual es singularmente reacia a la crítica —herencia de los clérigos y cortesanos de los siglos XVII y XVIII—, la izquierda comienza a curarse de su intoxicación ideológica. Pero el desvanecimiento de la utopía, aun en la URSS, como se ve por las positivas reformas de Gorbachov, no significa que



OCTAVIO PAZ,
poeta y ensayista mexicano, es uno de los más importantes escritores contemporáneos. Su obra comprende numerosos libros de poemas, ensayos y una obra de teatro. Embajador en la India de 1962 a 1968, vive actualmente en México donde dirige la revista *Vuelta*. Entre sus ensayos, que reflejan una conciencia crítica de la modernidad, cabe mencionar *El laberinto de la soledad* (1951), *Corriente alterna* (1967), *El ogro filantrópico* (1979), *Tiempo nublado* (1983) y *Hombres en su siglo* (1984). Una versión más extensa de este mismo artículo aparece en la revista japonesa *Ichiko* (Tokio).





Arriba a la derecha, *Aire de París* (1919), vidrio, de Marcel Duchamp.
A la derecha, cabeza de Buda en bronce, arte tai, primera escuela de Ayuthia (siglo XIV).
Página de la derecha, hongo de un ensayo atómico (arriba); destrucción por el fuego de la selva tropical (abajo).

haya aparecido una nueva filosofía política. Vivimos un gran vacío en el dominio de las ideas sociales y de la moral colectiva. Los pueblos y los Estados van a la deriva.

Queda, sin embargo, gran parte de la crítica moral al capitalismo, lo mismo la de Marx que la de los anarquistas sigue siendo válida. También la crítica del liberalismo a los regímenes despóticos y al socialismo de Estado —"socialismo de cuartel" lo llamaba Engels— no ha perdido nada de su vigencia. Algo semejante podría decir de la crítica de los cristianos y de otras religiones a las iniquidades del mundo actual. Pero los supuestos mismos de las ideologías políticas que movieron a los hombres en el siglo XX —socialismo, liberalismo, etc.— han sido puestos entre paréntesis después de la Segunda Guerra Mundial.

Nos enfrentamos hoy a dos grandes amenazas que ponen en peligro no sólo la paz mundial sino la supervivencia del género humano: la explosión nuclear y el deterioro del medio ambiente. Ahora bien, ninguno de estos dos desastres es imputable a la injusticia del capitalismo o a la maldad del socialismo; ambos son la consecuencia de la naturaleza misma de la sociedad moderna en su conjunto. La bomba y la contaminación del planeta son el resultado del progreso técnico, no de esta o aquella ideología. La realidad ha convertido en añicos a las ideologías.

Ahora bien, sin tratar de rasgar las brumas del futuro, sí podemos afirmar que, en este gran vacío histórico, lo único vivo es el régimen democrático. Pero la democracia no es una



panacea: es una forma de convivencia, un sistema para que la gente no se mate, para que los gobiernos se renueven pacíficamente y los presidentes entren en el palacio presidencial por la puerta del voto. La democracia nos enseña a convivir y nada más. Espero que un día —tengo setenta y cinco años y quizá no lo verán mis ojos— surgirá un nuevo pensamiento político, que una la tradición liberal y la tradición socialista.

El ejercicio crítico

En el pequeño mundo intelectual de México, lo más que podemos hacer en estos momentos es limpiar de telarañas y de polvo, abrir ventanas para que entre un poco de luz, no abandonar la actitud crítica, cultivar la reticencia y la desconfianza frente a todas las soluciones fáciles. La ironía es un elemento de crítica, pero es hija del desengaño. Mi generación es una generación de desengañados. Hace falta algo más: imaginación y compasión.

Usé la palabra ironía al hablar de Marcel Duchamp. Se trata de una ironía que va más allá de la ironía, que se burla de ella y la anula. La ironía es subjetiva, es la respuesta del yo ante la seriedad estúpida o criminal del mundo objetivo. La ironía es el hombre que se ríe de los demás y se ríe de sí mismo; la metaironía consiste en ir más allá de este diálogo con el yo: la metaironía se ríe del yo que se ríe del mundo. La ironía es cruel, la metaironía disuelve la crueldad.

Trasladando estas ideas estéticas al campo de la moral y la política, creo que el escritor político debería tener un poco de ironía, frente a sí mismo y frente a los demás; es decir, mostrar cierta desconfianza, saber que no es dueño de recetas absolutas, asumir que no hay verdades totales. Enseguida, por el camino de la metaironía, tener compasión, piedad.



El fundamento de los horribles despotismos que hemos padecido en el siglo XX han sido ideologías despiadadas. Acepto que muchas veces, como en el caso de Stalin, fueron versiones perversas de doctrinas altruistas; sin embargo, hay que aceptar también que en esas doctrinas había ya los gérmenes del despotismo y la intolerancia.

Con profundo saber, los antiguos teólogos veían en la soberbia el pecado de Satán. Ese pecado nace, entre los hombres, de la pretensión de ser dueños de una verdad absoluta. Es un mal que ha infectado el siglo XX, bajo el disfraz de la ciencia y la filosofía.

El único contraveneno que conozco frente a esta plaga moral es la crítica. En cuanto uno se da cuenta de que no es dueño de la verdad absoluta y de que todas las verdades —las verdades políticas en particular— son verdades relativas, en ese momento aparecen la ironía y la piedad. Piedad por los otros y piedad por uno mismo. Eso es lo que hace falta en este siglo XX: una resurrección de la piedad. Una de las cosas más bellas del budismo es que los santos budistas siempre sonríen. Y la sonrisa es ironía y es piedad... Hay que introducir en la política la sonrisa de los santos budistas. ■




¿Y si el futuro no fuera más
que una utopía? El poeta de la
Elegía a John Donne, Premio
Nobel de Literatura 1987,
aceptó imaginar para nosotros
el tiempo por venir.
Una visión un tanto sarcástica
pero llena de ternura de un
hombre que mantiene la
mirada puesta en el presente.



VISTO DESDE UN TIOVIVO

POR JOSEPH BRODSKY

HABLAR de temas insignificantes, como lo señalaba un día el humorista polaco Stanislaw J. Lec, no pasa a ser realmente importante sino cuando aparecen los signos que anuncian el fin del mundo. Se podría decir otro tanto del futuro: sólo vale la pena hablar de él cuando se aproximan acontecimientos cronológicos trascendentales, pues la cronología es hija de la escatología.

Ambas nacen de la incapacidad del *homo sapiens* de dominar intelectualmente el fenómeno del tiempo. El hombre hace lo que puede para domesticar ese fenómeno, para someterlo a sus facultades racionales que, por lo demás, proceden también de esa incapacidad. De ahí todos nuestros kilómetros por hora, calendarios, meses, años, decenios, siglos y milenios; de ahí la concepción lineal del tiempo y su división en pasado, presente y futuro.

La paradoja de una división de esta índole, sobre todo tratándose de la alternancia del día y de la noche, que son su garantía, resulta de la rotación del planeta en torno a su eje y alrededor del sol y, por consiguiente, de un proceso que se repite continuamente. Se podría comparar al habitante de esta tierra a un niño que, encaramado en un tiovivo, cree firmemente que su caballo y él trotan, no donde lo ha montado, sino en un entorno completamente distinto. Pero hay una diferencia: nuestro tiovivo no se detiene nunca, está perpetuamente en movimiento.

Ahora bien, es al movimiento, incluso cíclico, al que el habitante de este planeta tiene la costumbre de atribuir todo tipo de cambios: de lugar, de flora, de fauna, de circunstancias, de estado de ánimo. Ello se explica por la escala extremadamente reducida a la que el hombre funciona, pasando no de una estrella a otra, sino de un portal a otro. Son los aspectos diferentes de las puertas de entrada, la diversidad de los habitantes del inmueble o de los transeúntes, los que dan una impresión de progreso e incitan a ver en el movimiento mismo la fuente de una calidad nueva.

Perspectiva cronológica

En realidad, el futuro es eso: la idea de algo cualitativamente nuevo. Y la cronología es como la numeración de los portales de una larga calle que se dirige hacia ese aspecto cualitativamente nuevo. El punto donde desemboca esa calle —¿perspectiva, avenida?— se pierde en las brumas de la gramática, pues en la mayoría de las lenguas, especialmente las indoeuropeas, las relaciones entre el futuro y su equivalente verbal son siempre un poco tensas. Ello refleja adecuadamente la contradicción entre la conciencia que tiene el hombre de ser biológicamente limitado y el carácter relativamente ilimitado de su capacidad especulativa.

En resumen, la forma de pensamiento del hombre está marcada por una tendencia a lo indefinido más conocida con el nombre de utopía. Esta facultad se desarrolla tanto en el funcionamiento de la memoria como en el de la imaginación. Concebir el futuro es para ella una ocasión de expresarse o de satisfacerse. El futuro, en el peor de los casos, es siempre la utopía de una persona determinada. Cuando los intentos de darle una realidad tropiezan con las dificultades gramaticales señaladas, la cronología le sirve de apoyo.

Como toda trasposición del discurso ordinario a la lengua de las cifras, la cronología simplifica un tanto el problema. El futuro reviste en ella el aspecto del infinito matemático; las cifras se conforman con crecer, reconciliando un cuerpo biológicamente limitado con un centro de perspectiva físicamente inaccesible pero que el espíritu puede concebir. Cada vez que la cifra (la fecha) es redonda, trátese del final de un decenio, de un siglo o de un milenio, la sociedad, sin entender ella misma por qué, entra en efervescencia, y, miope, se entrega a un desenfreno de miradas a distancia y de especulaciones sobre el cambio del orden del mundo. Este fenómeno se denomina milenarismo.

Como la cronología en sí no es semántica, un acontecimiento de carácter cronológico es en realidad un no o un anti-acontecimiento. El futuro, es decir lo cualitativamente nuevo, irrumpe en la realidad de un individuo o de una nación sin avisar y todo hace pensar que tiene debilidad por las cifras impares (por ejemplo, 1939). En la mayoría de los casos, se disfraza de acontecimiento científico, de innovación tecnológica, de guerra o de empobrecimiento del idioma. Es muy raro que el futuro trate de adoptar el aspecto de cambios sociales, aunque más no sea porque en ese terreno su elección es extraordinariamente

A la izquierda, ilustración del artista francés Philippe Druillet para una edición de *Demonios y maravillas* de Howard Phillips Lovecraft (1890-1937), uno de los maestros de la literatura fantástica.





JOSEPH BRODSKY, poeta y ensayista de origen ruso, recibió el Premio Nobel de Literatura en 1987. En 1964 fue condenado en la Unión Soviética a cinco años de trabajos forzados por "parasitismo" literario. Liberado en 1966, vive en Estados Unidos desde 1972. Actualmente es profesor de literatura en el Mount Holyoke College. Entre sus obras cabe mencionar *Una parte del discurso* (1977) y *A Urania. Poemas escogidos 1965-1985* y los ensayos reunidos en *Menos de uno* (1987).

limitada: sólo puede tratarse de diferentes matices de autocracia o de democracia.

El ropaje que con más frecuencia viste el futuro para hacer su aparición es la aceleración, de los medios de transporte como de los ritmos musicales, y el surgimiento de un nuevo sistema de armamento. Este supone un número creciente de objetos que es necesario aniquilar, en tanto que aquélla anuncia generalmente una manera de percibir el mundo que va unida al acto de apretar un gatillo o, más bien, un botón. Así, es posible afirmar que el futuro comenzó en nuestro siglo con los primeros ritmos de *boogie-woogie*, que suprimieron para siempre la noción de música individual, destino comparable al que afecta a la noción de tragedia individual en la perspectiva de una catástrofe nuclear. Se puede considerar la aparición del mando a distancia de los distintos canales de televisión como la irrupción del siglo XXI en nuestra época. La presentación en las pantallas de muchedumbres agitadas alternando con las de un zumo de naranja o un nuevo modelo de automóvil es como el anuncio profético de nuestro paisaje psicológico. La rapidez con la que se renuevan los objetos propuestos a nuestra tención prepara la conciencia para la realidad demográfica de la perspectiva cronológica que se denomina futuro.

En realidad, es la propia perspectiva cronológica la que surge en la conciencia contemporánea. Fruto de nuestra facultad de pensar, el futuro se esfuerza por intervenir lo antes posible a fin de adaptar mejor la capacidad de imaginación a la realidad, de conciliar lo infinito con lo finito, la utopía con su creador. Por lo general, la irrupción del futuro en el presente resulta más bien incómoda, cuando no totalmente desalentadora. Cabría afirmar que casi todo lo que sentimos como una agresión o un desagrado hace oír la voz del futuro. Pues trata de crearse un lugar en el presente. Todas las traiciones de que somos víctimas o que cometemos son también la voz del futuro en el presente. No sólo porque se traiciona siempre en nombre del futuro, y jamás del pasado o del presente, sino porque entraña, para la existencia, algo nuevo, lo que, como se sabe, es sinónimo de futuro.

Así, hablar del futuro es insoportable en el plano psicológico y, en el plano filosófico, intolerable o inconcebible. Si el futuro significa algo, es en primer lugar nuestra propia ausencia. Lo primero que descubrimos en él, mirándolo de más cerca, es nuestra no existencia. La idea de su no existencia, cuando no mueve a una actitud religiosa, hace retroceder al individuo hacia su propia realidad: la de la lengua de las cifras en el orden semántico, del centro de perspectiva cronológico al portal de la casa en que vive. Con los habitantes de esta casa se puede hablar del futuro, en el mejor de los casos, en términos puramente políticos y sin mirar demasiado lejos. He aquí, por consiguiente, algunas palabras sobre el próximo decenio, algunas palabras de un hombre que permanece aun en esta casa —el monólogo de un habitante.

Frente a los gigantes

El decenio que queda por transcurrir antes del comienzo del tercer milenio d.C. no dejará de

engendrar una percepción milenarista del mundo, que pronto tendrá un carácter epidémico a causa de los medios de comunicación que indudablemente se harán eco de ella. Es verosímil que adopte la forma de un radicalismo ecológico fuertemente teñido de escatología ordinaria. El sentimiento del fin —del siglo, del milenio, del orden habitual de las cosas— unido a una frecuencia creciente de las catástrofes ecológicas puede perfectamente adoptar formas mortíferas o suicidas. El horror de nuestra finitud nunca se ha ahogado mejor que en un clamor de lamentaciones sobre la destrucción universal...

A ello hay que añadir una gigantesca explosión demográfica: un porcentaje apreciable de los que conocen actualmente una era de relativo bienestar se encontrará entonces en la situación de los excluidos de este mundo. La necesidad imperiosa de un denominador común, la ausencia de una ideología mínimamente accesible o convincente y, sobre todo, la actitud antiindividualista de un mundo superpoblado pueden perfectamente agrupar bajo la bandera ecológica las formas y los grados más diversos de descontento de la existencia. El fin de un siglo, y con mayor razón de un milenio, va siempre acompañado de la idea de un cambio del orden del mundo. Cuanto más ininteligible es esta idea, más atractiva resulta. Siempre es posible consolarse pensando que el nuevo Thomas Müntzer sólo hablará una lengua, posiblemente europea, lo que, unido a los imperativos de la geografía, limitará un tanto la psicosis nacional e incluso internacional, impidiendo que se torne universal.

Además de esta aspiración a reorganizar el mundo, el catastrofismo del pensamiento milenarista podría expresarse en guerras religiosas o étnicas. En los alrededores del año 2000, lo que se ha dado en llamar la raza blanca sólo constituirá el 11 por ciento de la población del planeta. No se puede descartar la idea de un enfrentamiento entre el ala radical del mundo musulmán y lo que subsiste de la civilización cristiana. Los conflictos de este tipo parecen inevitables aunque sólo sea por la razón siguiente: cuanto más complejo es el panorama de la realidad, más fuerte es la tentación de simplificarlo.

Serán inevitablemente sangrientos, pero de duración limitada. En cambio, lo que se perfila es el equivalente de una tercera guerra mundial en la perspectiva de una guerra económica cuyo marco será probablemente el oeste de Eurasia y, tal vez, los Estados Unidos. La falta de una reglamentación internacional anti-trust, en particular en el terreno bancario, permite prever una competencia que nada, absolutamente nada, logrará limitar, en la que todos los medios serán lícitos y en la que quien obtenga la victoria pasará a ocupar una posición dominante. Los combates de una guerra de esta índole tendrán carácter supranacional, pero el triunfo será siempre nacional — será el del país de origen del vencedor.

Probablemente se tratará de Alemania y también del Japón. La reunificación de Alemania, si se realiza —de acuerdo con ese mismo principio de simplificación de lo que es complejo—, instalará en el centro de Europa un monstruo financiero e industrial sin parangón. El poder financiero suele traducirse en múltiples formas de expansión: económica, política, cultural. A diferencia de sus predecesores, el nuevo Reich iniciará, con fines puramente hedonistas, un *Drang nach Süden*, un avance hacia el sur: ya en la actualidad, un 90 por ciento de los habitantes de la isla de Ischia hablan con fluidez el alemán. Comprar es más sencillo que matar. El endeudamiento es una forma de ocupación más segura que la presencia de una guarnición —los descendientes de Wotan lo han entendido finalmente.

El único medio para Europa de defenderse de este tipo de expansión podría ser la formación de alianzas o de bloques financieros y políticos. Aisladamente, ningún país estará en condiciones de competir con el gigante alemán. Lo más razonable sería formar dichos bloques sobre bases culturales o históricas. Existiría, por ejemplo, la alianza financiera y política de Italia, España y Francia o la de los países que actualmente pertenecen al Comecon. Se podría también prever agrupaciones como la de los países escandinavos y el Reino Unido con los países del Benelux. En cuanto al proyecto de una Europa unida, cabe afirmar que no constituye de ningún modo una variante de tales alianzas. Es, por el contrario, el "autobahn", la vía real que permitirá a Alemania,



Página de la izquierda, *Vientos* (1985), acrílico sobre papel del pintor ruso Yuri Mirakov. Abajo, *Danton* (1989), escultura-robot realizada con viejos aparatos de televisión por el artista coreano Nam June Paik.

reunida o no, avanzar hacia el objetivo al que la empuja el auge de su poder financiero, sea o no consciente de ello.

Las probabilidades de que la idea de tales alianzas se realice son escasas. De concretarse, tendría que ser antes de 1995 pues, si nos fiamos de las previsiones, para ese entonces Alemania, unificada o no, habrá alcanzado una superioridad económica tan grande con respecto a sus asociados europeos que la expansión a la que me he referido será inevitable y, sobre todo, irreversible.

Cabe esperar un desarrollo comparable de los acontecimientos en Oriente, para los países del Sol Naciente. Empero, la formación de bloques para oponerse a su poderío es aun más hipotética que en Europa en la medida en que el eje de expansión económica japonés no se orienta hacia el sur sino hacia el este y el oeste. Se podría incluso imaginar la aparición de un eje financiero y político Berlín-Tokio. En la actualidad, el país del Sol Naciente actúa de una manera que recuerda cada vez más la de otro imperio insular donde hasta hace apenas cincuenta años nunca se ponía el sol.

Lo antiguo y lo nuevo

En resumen, hacia 1995, el mundo, en la medida en que es posible hacerse una idea al respecto, —con o sin bloques— estará en una situación similar a la de 1905. La geografía, al menos la de Europa, no propone a la historia más que un número muy restringido de variantes posibles. Además, ese número es, de alguna manera, inversamente proporcional a la tasa de crecimiento de la población. Es muy probable que los países de Europa del Este (equivalente territorial del Imperio austro-húngaro), una vez liberados de la hipoteca comunista, se encuentren en situación de deudores. Francia, Italia, España y Portugal conservarán seguramente su integridad territorial y administrativa. Su vida política, en cambio, estará tal vez sometida a una cierta "finlandización" con respecto a Alemania. Lo mismo sucederá en Europa del Norte, con la diferencia de que por razones étnicas ello será menos perceptible. El Reino Unido y los países balcánicos se verán sin duda poco afectados por esos cambios por encontrarse sumidos en conflictos étnicos y contradicciones. Los Estados Unidos vivirán una situación sin duda sensiblemente comparable, la que, sumada a problemas de orden económico, podría hacerlos retornar a una política de relativo aislacionismo.

También en Rusia el año 1995 recordará el año 1905, como ya lo está haciendo 1990. Será para el país un periodo consagrado a la elaboración de nuevas normas constitucionales y a la lucha por el mantenimiento del territorio.

Poco importa quién dirija el Estado. Será probablemente el mismo hombre que lo hace hoy, a menos que se desoriente o sucumba de cualquier otra manera en la tarea. Tiene más probabilidades de terminar así que de caer víctima de la lucha por el poder, pues resulta difícil imaginar que alguien aspire al poder en la situación caótica y contradictoria por la que va a atravesar el país en los próximos diez años. En definitiva, el caos y la confusión son la garantía de la estabilidad de un poder que se esfuerza por poner orden y resolver esas contradicciones. El cúmulo de problemas que el jefe del Estado soviético tiene que afrontar es enorme, pues es directamente proporcional al periodo de setenta años que los engendró. Hoy en día esos problemas se han vuelto orgánicos. Por lo tanto, cualquier intento de resolverlos de manera radical desemboca inevitablemente en una tautología, devolviendo el país al periodo de setenta años que les dio origen. Su solución exige un enfoque cualitativamente diferente, y la elaboración de dicho enfoque bastará para ocupar los años por venir.

Es muy probable que los problemas suscitados a lo largo de decenas de años requieran a su vez decenas de años para ser resueltos. Se desearía que no fuera así, pero sin embargo lo es. Pese a todas las reformas democráticas imaginables, la Rusia de 1995 corre el riesgo de entrar en una crisis crónica —siendo el carácter orgánico de ésta el único argumento en su defensa. Lo que está sucediendo en la Unión Soviética, por paradójico que parezca, resulta fascinante por la extraordinaria impresión de verdad existencial que produce: nadie sabe cómo vivir. Un sistema político, cualquiera que sea, incluso un sistema democrático, constituye siempre un medio de eludir esa verdad. El actual gobierno de la URSS tiene el mérito de no proponerse o de no estar en condiciones de simplificar, ni para sí ni para sus conciudadanos, el cuadro existencial que se presenta ante sus ojos en toda su complejidad.





Arriba, el infierno (detalle), tabla de la derecha del *Tríptico del Jardín de las Delicias* de Hieronymus Bosch (El Bosco, h. 1450-1516). Abajo, *Totem*, esmalte sobre madera del artista norteamericano Keith Haring. Página de la derecha, central electronuclear.



Sea como sea, el papel de Rusia en las relaciones internacionales, en particular en el seno de los países europeos, tendrá prácticamente la misma importancia que en 1905. Quienquiera que llegue al poder en la URSS en un futuro próximo heredará más problemas que métodos para resolverlos. El hecho de que al pueblo no le guste el jefe de Estado actual habla en favor de este último. Esta desafección es la del enfermo hacia su médico y demuestra el estado de convalescencia de un país, al menos en el plano moral. Gozar del afecto de un pueblo de casi trescientos millones de individuos sólo podría ser obra de un demagogo.



Una fiebre tropical

Ese estado de crisis crónica, por lo que se puede conjeturar, está llamado a convertirse en la norma de la vida política y económica prácticamente en todas partes. La época de las soluciones claras y radicales, incluso por las armas, de los problemas nacionales e internacionales, la época del consenso y de la unanimidad para cualquier asunto relativo a la política o a la economía, esa época está superada. Con el crecimiento actual de la población incluso los procedimientos democráticos se modifican: la importancia de las masas afectadas por la política está transformando el concepto de minoría —una minoría puede representar decenas de millones de individuos y, en una China democratizada, centenares de millones.

Por ese motivo ninguna revolución, incluso dentro de un país relativamente pequeño, podrá ser decisiva, y lo que es más importante aun, ninguna ideología será dominante. En caso de que se produzcan, las revoluciones no surgirán en relación con una determinada doctrina filosófica, ya que ninguna gozará de autoridad absoluta, sino más bien de manera espontánea e histérica; los que obtengan el poder no podrán conservarlo mucho tiempo pese a los nuevos medios de que dispongan para controlar a la población. Lo que llamaremos revoluciones o cambios revolucionarios no serán, en realidad, más que etapas de la crisis crónica a la que nos hemos referido antes.

Los países de América Latina y de Africa serán los principales afectados por la situación. En el próximo decenio esas zonas geográficas corren grave peligro de perder, ante el llamado Occidente civilizado, la fuerza política que poseían. En cierto sentido, esos países serán víctimas de los cambios que se han producido en los de Europa del Este, pues estos últimos prometen a Occidente una mano de obra a la vez barata y calificada. Así, la atención política y financiera de los países occidentales industrialmente desarrollados se concentrará en ellos, en detrimento de los países del Tercer Mundo. Africa, en particular, al dejar de ser una zona de rivalidad para las superpotencias, estará aun más expuesta que en la actualidad al hambre y a las epidemias así como, tal vez, a intentos más deliberados de adaptar sus tradiciones a formas políticas copiadas del exterior. En la posible monstruosidad de tales transformaciones hay que ver un signo del fin de la descolonización. Al mismo tiempo, Occidente podrá justificar así el hecho de trasladar su interés de los países del Tercer Mundo a otras regiones de Eurasia.

Naturalmente, ese cambio de orientación no será absoluto. La pobreza y sobre todo la superpoblación del Tercer Mundo seguirán ofreciendo perspectivas halagüeñas de mano de obra barata y de mercados comerciales. Pero durante la próxima década, los países industrialmente desarrollados, expuestos a la llegada masiva de inmigrantes así como al aumento considerable de su propia población, se encontrarán probablemente en condiciones similares a las de sus antiguos protegidos. En cierto sentido, este fenómeno de crisis crónica con su alternancia de ataques y mejorías como una especie de fiebre tropical es el tributo que el hemisferio norte tiene que pagar por su actuación en el hemisferio sur.

Organizar el presente

Si estas afirmaciones, o simplemente la mitad de ellas, fueran exactas, el próximo decenio se caracterizará por un nuevo igualitarismo. Los puntos de vista tradicionales acerca de la singularidad de los rasgos nacionales, étnicos o culturales desaparecerán ante el sentimiento de un denominador común: la situación de crisis de la mayor parte de las economías nacionales. Este nuevo igualitarismo se traducirá, en primer lugar, en la erosión de los particularismos puramente culturales. Hoy día el sistema de educación de más de un país desarrollado experimenta ya modificaciones sensibles encaminadas a un mayor ecumenismo. Hoy

día se oyen ya discursos que preconizan el relativismo metafísico y la idea de que todas las doctrinas religiosas tienen igual importancia, lo que supone reconocer los mismos derechos a la intolerancia y a la tolerancia. Hoy día la noción de "estilo internacional" existe ya en el arte, especialmente en las artes plásticas.

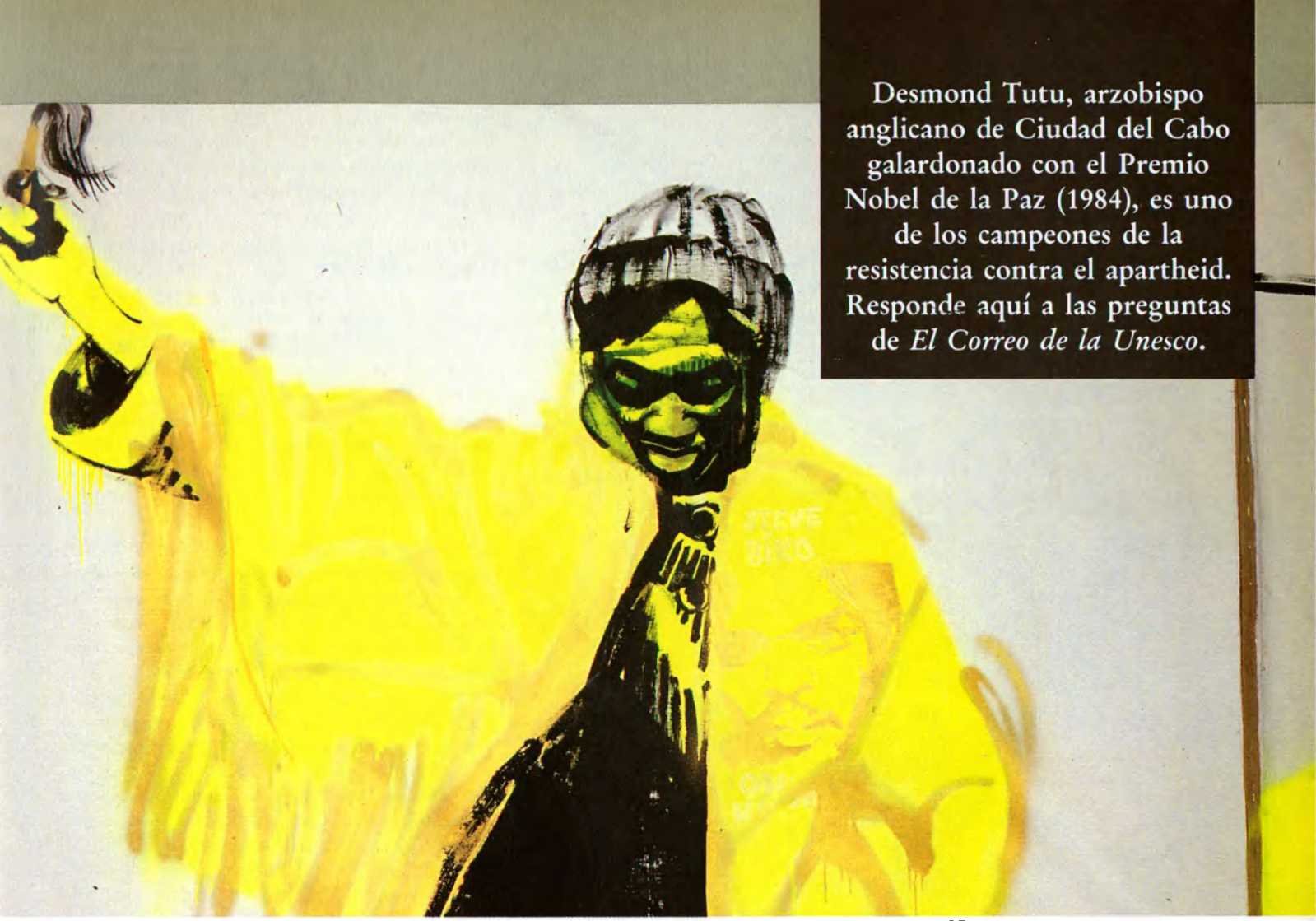
Parece poco probable que en la próxima década veamos surgir una sociedad más justa. Es de esperar que no sea más injusta que la actual. La única garantía de una justicia relativa de la sociedad es la conciencia moral de sus miembros, pero no resulta fácil imaginar cómo podría la necesidad económica convertirse en un fermento de formación de la conciencia moral. En el mejor de los casos, la sociedad futura será una sociedad egoísta e indiferente, desprovista de cualquier tipo de referencia moral. La única esperanza para una sociedad semejante reside precisamente en la amplitud demográfica de ese egoísmo y de esa indiferencia, que la obligarán a organizarse sobre una base no ya ideológica, sino tecnológica, llevando al hombre a confiar más en su computadora que en sus semejantes. Al menos ello permitirá evitar durante un cierto tiempo los derramamientos de sangre, pues a nadie se le ocurrirá abalanzarse con un cuchillo en la mano sobre una máquina confundiendo la democracia con la demografía.

Más vale por lo tanto dejar al futuro en paz, esforzarse por organizar el presente de la manera más inteligente posible y prestar mayor atención a aquellos que están cerca o lejos en el espacio más que en el tiempo. Los que vengan después de nosotros vivirán en nuestras ciudades y en nuestros apartamentos, dormirán en nuestras habitaciones, etc. y no nos darán las gracias ni nos maldecirán por el estado en el que les habremos dejado el mundo, así como nosotros no manifestamos gratitud ni maldecimos a nuestros predecesores, preocupados como estamos por problemas y sentimientos más actuales.

Lo que nos parece futuro será para los hombres que vengan al mundo después de nosotros su presente. Más vale entonces construir casas y hospitales para los que hoy carecen de ellos y hacerlos sólidos y no muy feos. Más vale esforzarse en ser justo de inmediato que contar con el triunfo de la justicia y del sentido común para más tarde. Nuestras acciones de hoy se convertirán para nuestros sucesores en fauna y en flora, en medio natural, del mismo modo que para aquellos que tienen hoy veinte o treinta años ese medio es el fruto de los esfuerzos conjugados de Le Corbusier y de la Luftwaffe. Aunque sólo se tenga en cuenta esa razón, no cabe atribuir al futuro una superioridad envidiable o cualidades particulares. Sería igualmente aventurado envidiar a nuestros sucesores y tejer todo tipo de fantasías acerca de la sociedad del futuro. Es posible que seamos nosotros los que estemos en una situación envidiable, pues cuando hacemos el bien como cuando hacemos el mal, todavía sabemos a quién. ■



Un nuevo planeta, obra del pintor ruso Constantin Yvon (1875-1958).



Desmond Tutu, arzobispo anglicano de Ciudad del Cabo galardonado con el Premio Nobel de la Paz (1984), es uno de los campeones de la resistencia contra el apartheid. Responde aquí a las preguntas de *El Correo de la Unesco*.

"NADIE PODRÁ DETENERNOS"

POR DESMOND TUTU

La libertad y los derechos humanos son cuestiones de suma importancia en Europa Oriental. ¿Ocurre lo mismo en Sudáfrica?

— Sí, y el movimiento en pro de la libertad y del respeto de los derechos humanos en Europa Oriental es tan prometedor como en Sudáfrica.

Sin embargo, hay claras diferencias entre ambas situaciones. La opresión de la mayoría del pueblo en Sudáfrica se ha basado en la raza. La iniquidad del racismo es tal que hace que un pueblo se sienta superior a los demás hasta el punto de tratarlos como si fueran menos que seres humanos. Por consiguiente, los regímenes racistas que enfrentan protestas de masas vacilan menos, por ejemplo, en ordenar a la policía o a las tropas que disparen contra los manifestantes que los gobernantes de otro tipo de régimen, pues éstos sentirían que están matando a sus compatriotas.



En la mayoría de los países de Europa Oriental —con excepción de Rumania— los gobernantes parecen haber sido más moderados que en Sudáfrica. Además, en esos países muchas personas han tenido más oportunidades de encauzar su propio destino y de participar en el desarrollo económico que los sudafricanos. Ha habido una tradición de experiencia democrática en épocas pasadas en numerosos países de Europa Oriental. En Sudáfrica nuestro pueblo ha sufrido la opresión racial durante trescientos años. Ha luchado constantemente para poder participar en un sistema democrático pero nunca lo ha logrado. Económicamente, durante toda la era industrial se le ha negado la oportunidad de obtener una capacitación adecuada y puestos de trabajo a causa del color de su piel. Como consecuencia, ahora que empezamos a vislumbrar la instauración de





Arriba y página anterior, *Homenaje a Steve Biko. Brimstone. Después del apartheid*, cuadro de Fluoman, pseudónimo del pintor francés Antoine Tricon. Véanse también las páginas 24, 46, 50.

EL ARTE CONTRA EL APARTHEID

"*Apartheid*: término duro y mezquino cuya tonalidad general hace pensar en el ruido de la apertura de la trampa en el momento del ahorcamiento." (Michel Leiris)

La Asociación de Artistas del Mundo contra el Apartheid, creada bajo la égida de las Naciones Unidas en 1982, ha reunido una colección de obras de arte destinada a mostrar públicamente la fe de los artistas y de los intelectuales en la libertad y la dignidad humana y para protestar contra la discriminación racial en Sudáfrica.

Esta colección de cerca de 200 obras de artistas de fama internacional ha circulado por el mundo entero y ha dado lugar a numerosas manifestaciones.

Un catálogo excepcional reúne textos de grandes escritores contemporáneos como Jorge Amado, André Brink, Julio Cortázar, Michel Leiris.

La colección constituirá la base de un futuro museo contra el apartheid. En su día, será donada al primer gobierno sudafricano libre y democrático que se elija mediante el sufragio universal.

una democracia en Sudáfrica, vamos a necesitar una ayuda internacional considerable que dé a nuestro pueblo las oportunidades de desarrollo que nunca ha tenido hasta ahora.

A su juicio, ¿existe un vínculo entre democracia y desarrollo?

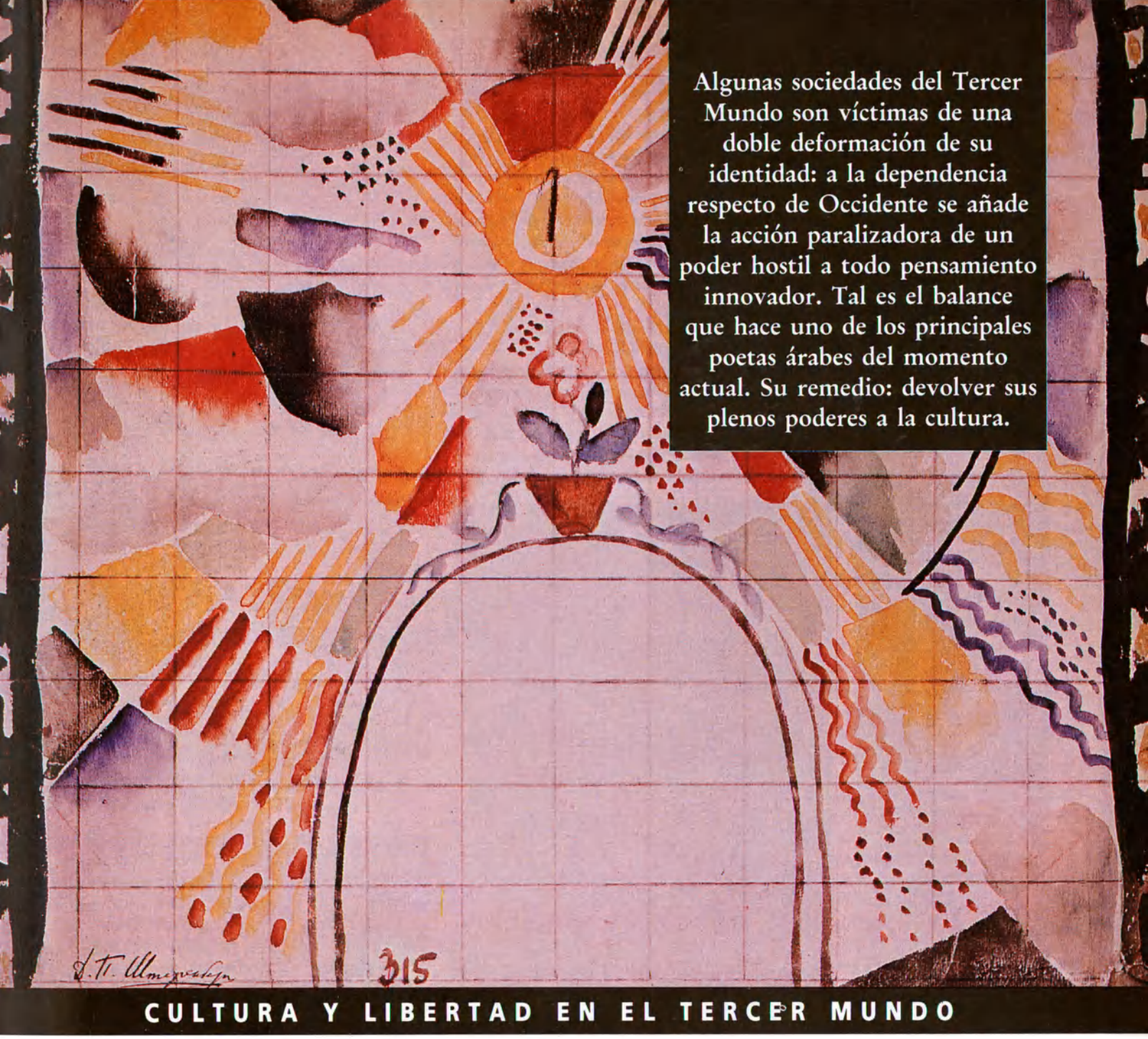
— El desarrollo depende de la democracia. El pueblo está formado por seres que adoptan decisiones. Dios les ha dado el libre albedrío y tienen derecho a intervenir en el desarrollo a través de un sistema democrático para sentir que participan plenamente en él. Un desarrollo impuesto al pueblo de manera paternalista, como por un hermano mayor que sabe lo que es bueno para éste, será un fracaso.

En Sudáfrica en particular, ¿hay un verdadero movimiento encaminado a establecer una democracia? ¿En qué medida el sistema del apartheid está llegando a su fin?

— En muchos aspectos estamos ahora en la misma situación en que nos encontrábamos en 1960. Nuevamente nuestras organizaciones políticas han dejado de estar prohibidas y pueden actuar con mayor libertad que en los últimos treinta años. Pero la población negra todavía carece de derecho a voto y la esencia del apartheid consiste en negarle el poder político. Igualmente, las leyes que constituyen lo que se denomina los "pilares del apartheid" siguen aun plenamente vigentes. La diferencia entre la situación actual y la de 1960 es que el gobierno controlado por los blancos declara que está dispuesto a llevar a cabo negociaciones para compartir el poder y para reconsiderar esas leyes. Pero todavía está por verse lo que va a ofrecer. Por consiguiente, desde el punto de vista de lo que el gobierno está ofreciendo, nos encontramos en vísperas de que surjan perspectivas interesantes. Pero, desde el punto de vista de las aspiraciones del pueblo, sí podemos, en efecto, afirmar que existe un verdadero movimiento dirigido a instaurar la democracia. Estamos decididos a alcanzar ese objetivo y lo lograremos en definitiva. Ningún obstáculo, y el gobierno sudafricano menos que nadie, podrá detenernos.

¿Existen formas y condiciones concretas para que se produzca una evolución democrática en el contexto sudafricano? ¿Será viable el principio de "una persona, un voto" entre comunidades que han sido hostiles la una a la otra durante tanto tiempo?

— La democracia depende del sufragio universal. Sin el voto no hay democracia ni posibilidades de cooperación entre las comunidades. La protección de cada individuo, al margen de la comunidad a que pertenece, está consagrada en una declaración de derechos que aplican tribunales de justicia independientes. Sólo una vez que, gracias a la igualdad de derechos, se garantice el respeto de la dignidad de todos los sudafricanos, podremos esperar que empiece a desarrollarse una verdadera cooperación entre ellos, cualquiera que sea la comunidad de que procedan. ■



Algunas sociedades del Tercer Mundo son víctimas de una doble deformación de su identidad: a la dependencia respecto de Occidente se añade la acción paralizadora de un poder hostil a todo pensamiento innovador. Tal es el balance que hace uno de los principales poetas árabes del momento actual. Su remedio: devolver sus plenos poderes a la cultura.

EL HOMBRE, UNA CREACIÓN PERMANENTE

POR ADONIS

ESTAMOS asistiendo al despertar de las identidades en el mundo de hoy como si presenciáramos en el teatro una escena dramática en la que el yo sólo se encontrara a sí mismo en la negación del otro, en la que el largo combate por el que el hombre ha tratado de acercarse al hombre a través de la historia se transformara de pronto en un combate del hombre contra el hombre. Una escena en la que los temores que hasta ahora albergábamos por la libertad dejaran paso al miedo a esa misma libertad.

Es ésta una paradoja según la cual el remedio parece convertirse súbitamente en la propia enfermedad. ¿Puede ello deberse a que ese despertar es más bien indicio de un retorno que de una partida, de un repliegue en lugar de un impulso? ¿A que invoca unas veces una religión, otras una nación o una raza? ¿A que es, en

Página anterior, *Libertad al sol* (1918), acuarela y tinta sobre cartón, del pintor ruso David Sterenberg (1881-1948).
A la derecha, "Paz y libertad", caligrafía árabe (1983) de Hassan Massoudy. Abajo, *Saneamiento*, pintura vegetal, del grupo Bogolan-Kasobane, compuesto por seis artistas malienses (Bamako).
Página de la derecha (abajo), *El precario equilibrio de las empresas* (1987), óleo sobre tela del pintor cubano Ramón Alejandro.

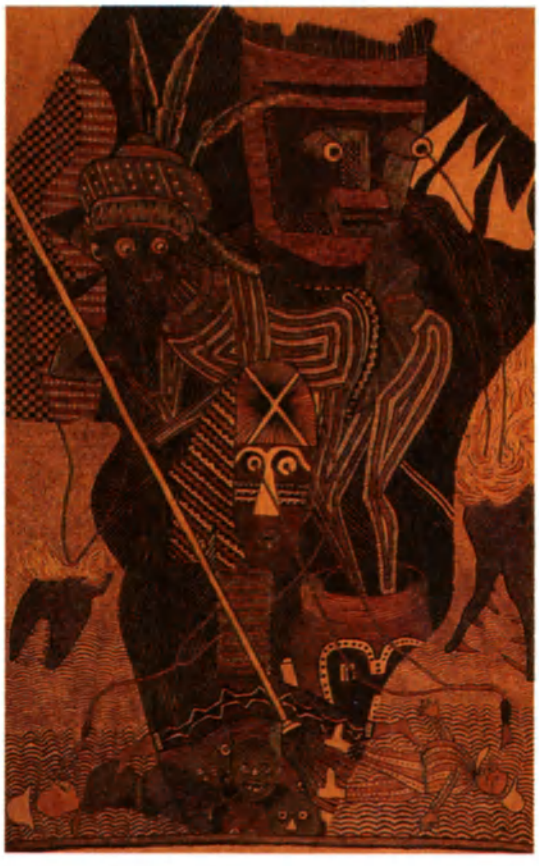
definitiva, el despertar de lo que hubiera debido permanecer aletargado?

¿O acaso es este despertar la manifestación de una especie de segundo error que sería la reparación del error primero, fruto del cruce de la cultura técnica y la cultura ideológica, con sus componentes fascistas de derechas y de izquierdas? Si así fuera, en esto que hoy despierta bajo el signo de la Libertad habría algo que agudiza de modo contradictorio la problemática de la libertad.

Uno de los efectos de la cultura técnica e ideológica producida por Occidente es que la evolución de las estructuras económicas y políticas del mundo moderno ha tendido a someter al hombre y su vida a un imperativo prioritario: la búsqueda de la satisfacción de sus necesidades materiales. Los seres humanos, contemplados en el espejo de esta cultura, parecen haber sido



ADONIS,
seudónimo del escritor libanés Ali Ahmad Said Esber, es uno de los más destacados representantes de la poesía árabe contemporánea. Actualmente es delegado adjunto de la Liga de Estados Arabes en la Unesco. Su obra consta de unos veinte títulos traducidos a numerosas lenguas, entre los que cabe mencionar *El libro de la migración* e *Introducción a la poética árabe*.





desposeídos de su aspiración a la libertad, al amor, a la poesía, y sus necesidades, reducidas a las de la mera subsistencia.

Se diría que la única finalidad de los medios de comunicación, e incluso de ciertas actividades culturales, es el logro de la máxima prosperidad material. La educación tiende cada vez más a menudo a crear necesidades materiales, a elevarlas a la categoría de valor moral, a presentarlas como símbolo de civilización, yendo casi hasta sugerir los medios de satisfacer tales necesidades y exaltar la imagen de un hombre que saborea su "esclavitud", que acepta considerarse como una mercancía y ser tratado en consecuencia, y que admite su transformación en una simple herramienta.

El Tercer Mundo constituye hoy en día un inmenso laboratorio en el que esas tendencias son sometidas a prueba, generalizadas e implantadas, hasta el punto de que el hombre, ser creador y libre, parece encontrarse prácticamente ausente.

Esas tendencias van acompañadas de la sensación avasalladora —si bien disimulada a veces— de la supremacía de Occidente. En efecto, este último lleva a cabo una lucha permanente a fin de monopolizar el lugar central en vez de suprimirlo para lograr una mayor armonía con el otro. Ello no hace sino intensificar la hostilidad de ese otro, transformado en dependencia del centro y en mercancía. Regida por la lógica de la relación de fuerzas, esta tendencia, sumada a la carrera de armamentos destructores, resulta cada vez más desestabilizadora. No merece la pena insistir en todo el desprecio que esta tendencia implica por la cultura del otro, de aquel que no posee nada más que su cultura y que perdería todo, incluso a sí mismo, si se viera privado de ella.

En el principio está la cultura

Es posible medir el "valor" de la libertad en la sociedad utilizando como criterios el "valor" de la cultura y su apertura al futuro. Etimológicamente hablando, cultura es acción y eficiencia e implica, por tanto, la pericia, el talento y, finalmente, la tecnicidad. (¿No habría tal vez una estrecha relación etimológica entre la palabra árabe *atquana* y el vocablo griego *tekhne*?) La cultura, al ser eficiente, es producto de una creación libre y, como tal, no constituye un factor entre





otros de la evolución humana, sino su fundamento y su principio motor.

Ahora bien, este significado primero de la cultura es hoy en día ajeno a numerosas sociedades no occidentales, hecho que podría explicar las razones de la falta de libertad en ellas.

Al menos algunas de esas razones, porque la falta de libertad obedece a causas diversas, de las cuales las más profundas están probablemente relacionadas con la lectura de los textos religiosos desde el punto de vista de la jurisprudencia. Esta lectura dominante articula lo religioso-jurisprudencial con el aspecto político-social; ello puede explicar por qué no se ha entendido la libertad como un concepto "político" o "civil", sino simplemente como un concepto religioso.

Así, poco a poco la libertad se ha convertido paradójicamente en un ejercicio de obediencia, manifiesto en la sumisión al investido de autoridad, en quien se delega el poder sobre todas las cosas. De esta manera nació la unidad de la verdad y el poder, pero también incestuosamente, la unidad entre libertad y poder, entre pensamiento y poder.

El individuo sólo puede entonces existir en la obediencia; parte orgánica del grupo (forma religiosa de la tribu ayer, forma partidista de la tribu hoy), piensa y habla como él. ¿Marginarse del grupo (la tribu) no constituye acaso un acto de descreimiento castigado generalmente con la exclusión y a veces con la muerte? La marginación intelectual es en consecuencia una marginación política y jurisdiccional a la vez, por tratarse de un desacato al poder establecido en nombre del grupo. ¿Qué puede hacer el hombre en ese caso? Despojado del derecho de propiedad y al trabajo, puede todavía seguir luchando. Pero cuando se le priva de la propia lengua, esto es, del derecho a la palabra, de algún modo se le arrebata el derecho a la vida.

La experiencia histórica ha demostrado que cuantos han ejercido su derecho natural a la palabra frente al grupo-poder lo han pagado muy caro, casi siempre con su vida. Muchos otros han creído que la posesión de objetos podía liberarlos del poder de las ideas y han abdicado así de su derecho a la palabra en beneficio del poder, contentándose con las cosas materiales y su comercio. Quizás se explique también así la transformación de la cultura. Esencialmente la cultura es toma de conciencia del mundo y creación. En nuestras sociedades se ha convertido en ornamentación. Se ha instrumentalizado, del mismo modo que el intelectual se ha transformado en un funcionario al servicio del grupo-poder.

Los poderes paralizadores

Sobre estas bases, en ciertos tipos de sociedades el progreso en el mundo se valora en la estricta medida en que se pliega a las órdenes del cielo, y la felicidad del individuo se mide en función de su dependencia del poder. Esta última se materializa en las nociones de armonía, conciliación y unidad. Armonía para negar el conflicto social, conciliación para negar el conflicto intelectual y unidad para negar la división y la fragmentación.

En estas condiciones, el progreso no es sino

una forma superior de vuelta al original. No cabe otra unidad que la del grupo-nación, basada en la unicidad de los textos originales, que por su parte se basa en la unicidad de la verdad, la cual a su vez tiene como fundamento la unicidad del poder. Semejante unicidad equivale a la supresión simultánea del hombre y del conocimiento. De ese modo, el individuo vive desde un principio ajeno a sí mismo. Existe, a través de la religión, para el cielo y, en este mundo, por mediación del grupo-poder.

El pensamiento dominante hoy en día en numerosas sociedades del Tercer Mundo se asienta en bases teológico-ideológicas. Este mundo sufre el asalto de dos tipos de conocimiento: el primero, portador de pasado, guarda relación con el más allá y los medios de alcanzar la eternidad; el segundo, portador de modernidad occidental, está vinculado con el tratamiento de la materia, con los medios técnicos de producción y consumo. Dicho de otro modo, esta región del mundo se ve asediada por dos liturgias transferenciales: la liturgia del paraíso celestial y la del paraíso terrenal. Es una concepción paralizadora de la inteligencia, que no permite producir ideas ni técnica. El movimiento cultural dominante confirma esta parálisis con su subordinación absoluta a la autoridad de un texto que es, en la práctica, el del poder.

Para entender qué significa la libertad en nuestro Tercer Mundo hay que agregar que Occidente (representación, en tanto que otro, de la modernidad) lo regenta con una racionalidad-tecnicidad orientadas al consumo que lo asimilan y lo hacen dependiente. Se presta menos atención al hombre, su libertad y sus grandes problemas cósmicos que al mercado, la energía y la estrategia. Es una visión que deja al hombre en la sombra para poner la máquina en primer plano. Es, también, una visión instrumental.

Hoy en día, exactamente como en la concepción teológica tradicional, los occidentales producen no tanto para renovar al hombre como para renovar los medios. Medios para sojuzgar al ser humano y no para liberarlo. Todo lo que se fabrique en cualquier lugar adquiere en la práctica más importancia que el hombre mismo, cuya existencia tiene lugar en el interior de una máquina. Y quienquiera que exista dentro de una máquina se ve desposeído de su yo (al Farabi), puesto que su yo pertenece a algún otro que no es él. El hecho de que la máquina sea textual-lingüística o técnico-material no modifica la situación.



El prisionero (1979), escultura del artista iraní Iradj Emami.

Hacia una conciencia abierta

Así las cosas, ¿qué posibilidades puede tener la libertad en el Tercer Mundo? Hay que señalar, ante todo, que existe en él un movimiento de ideas, de escritura y de acción democrática. Ese movimiento es marginal socialmente hablando, pero "culturalmente" es el movimiento más significativo y el más prometedor de un futuro digno del hombre. Aspira a ser el de un mundo al que no pertenece. Así, el yo y el no-yo se dan cita en un mismo ser.

Lo que puede parecer una paradoja es en realidad el principio del movimiento creador, el cual produce y reproduce el pasado pero con una forma diferente y renovada, en un contexto distinto de conocimientos. Las relaciones que establece este movimiento con el pasado (la herencia) dejan entonces de ser horizontales y pasan a ser verticales. Son unas relaciones de crecimiento continuo del pasado, a través del presente, en dirección al futuro.

Este movimiento se articula en la lengua y no en el vocabulario, en el hombre y no en la institución o el régimen, en la vida y no en la ideología y la instrucción. Se integra en los símbolos, las leyendas, la dinámica de la imaginación y la creación. El tiempo cronológico deja de existir. El único presente es el tiempo vertical. No hay cabida ya para la significación única, definitiva, total. Todo el espacio queda disponible, indefinidamente, para la significación abierta. Esta significación es inestable. Y en esa inestabilidad estriban los fundamentos de la libertad, de la democracia, de la multiplicidad y del derecho a la diferencia.

¿Cuáles son, en esas circunstancias, las posibilidades de libertad en nuestro planeta?

Esas posibilidades dependen esencialmente, a mi juicio, de la idea que se forme Occidente del Tercer Mundo y de la naturaleza de las relaciones que establezca con él. El malentendido de la libertad en el mundo empezará a disiparse cuando Occidente proceda a una revisión completa y radical de sí mismo, de su cultura y de su relación con el otro, con el no occidental. Será necesario que surja en Occidente una percepción nueva del otro, que pasará a ser una segunda faz, una prolongación de sí.

En esa nueva percepción, la identidad del hombre dejaría de estar preestablecida para resolverse en un avance creativo que se renovaría con la renovación del proyecto. El pasado (religioso o nacional) no sería sino el más primitivo, menos rico y menos profundo de los elementos de esa identidad, que sólo puede ser creación permanente. El hombre es, en efecto, el único de todos los seres vivos que crea su propia identidad al crear su trabajo y sus ideas. En su dimensión humana, la identidad no es un "dato"; no tiene sus orígenes en el pasado, sea el que fuere, sino que es, antes bien, búsqueda permanente del futuro en un destino creativo continuo.

Para que la dicotomía identidad-alteridad pueda ser entendida de este modo es preciso que la política se convierta en parte integrante de un todo: la cultura. La primera debe estar subordinada a la segunda; la acción política ha de ser ante todo un medio de intensificar el intercambio entre el yo y el otro, tiene que responder a una voluntad cultural de diálogo, de reciprocidad y complementariedad.

Además la política, sobre todo en Occidente, debe producir sus maravillas para poder rebatir al fin esta frase de Saint-Just: "Todas las artes han producido sus maravillas; el arte de gobernar es el único que no ha producido más que monstruos." ■

DERECHOS HUMANOS: EL COMBATE EN LA SOMBRA

POR GEORGES-HENRI DUMONT

En numerosos casos de violación de los derechos humanos la Unesco interviene. Concretamente. Con discreción. ¿Cómo procede? Por primera vez, se revela en parte su acción...



EL público no ignora que la acción de la Unesco en favor de los derechos humanos responde a una de sus finalidades esenciales: "asegurar el respeto universal a la justicia, a la ley, a los derechos humanos y a las libertades fundamentales que sin distinción de raza, sexo, idioma o religión, la Carta de las Naciones Unidas reconoce a todos los pueblos del mundo."

Se sabe también que desde su creación esta Organización tomó a su cargo la enseñanza de los derechos humanos, tarea que no ha cesado de cumplir a través de diversos trabajos de expertos y de numerosas publicaciones.

Conocida es también su importante acción normativa en materia de derechos humanos: nueve convenciones, veintiuna recomendaciones y dos declaraciones relativas a los derechos a la educación, a la cultura y a la información.

Pero, muy a menudo, se ignora que la Organización realiza paralelamente una "acción concreta" por conducto de su Comité de Convenciones y Recomendaciones. La labor, cuando no la existencia misma de este órgano del Consejo Ejecutivo de la Unesco, es desconocida por el gran público, pues actúa de manera estrictamente confidencial.

Este Comité se creó para examinar las comunicaciones procedentes de particulares o de asociaciones invocando la violación de algunos derechos humanos y en particular de los derechos educativos y culturales por Estados miembros o no miembros de la Unesco.

En su etapa inicial, de 1965 a 1977, sólo tuvo que ocuparse de las discriminaciones en el plano de la enseñanza. Pero a partir de 1978 sus responsabilidades se ampliaron conjuntamente con las del Consejo Ejecutivo. En lo sucesivo, el Comité abarcaba toda la esfera de competencia de la Unesco, y no sólo los casos individuales, sino también las cuestiones generales de violación de los derechos humanos.

Pero, ¿cómo resolver dos exigencias contradictorias: por un lado, actuar con la mayor eficacia posible y, por otro, no intervenir jamás en aquello que afecta a la jurisdicción interna de los Estados?

El Consejo Ejecutivo resolvió el dilema enunciando los dos principios siguientes: la Unesco debía actuar con un espíritu de cooperación internacional, de conciliación y de

comprensión mutua, y no podía desempeñar el papel de organismo judicial internacional —lo que equivalía a renunciar a toda capacidad de sanción.

Preguntas y diálogo

¿Cómo funciona el Comité de Convenciones y Recomendaciones? Se reúne dos veces al año para trabajar de manera confidencial. Esta regla tiene el inconveniente de privar a las decisiones que adopta del apoyo posible de la opinión pública; también entraña el riesgo de que se piense que la Unesco se conforma con emitir declaraciones solemnes y generosas, en circunstancias que lleva a cabo, en realidad, una acción concreta, continua y eficaz.

Pero este carácter confidencial tiene más aspectos positivos que negativos. El debate se concentra en el aspecto humanitario y no político. Como no está públicamente en tela de juicio, un gobierno no tiene la impresión de perder prestigio cuando se somete a una decisión del Comité.

Tomemos, para comprender su funcionamiento, el ejemplo de una persona —escritor, profesor, artista o periodista— que es víctima de una detención. Un expediente, constituido por la Oficina de Normas Internacionales y Asuntos Jurídicos, se ha entregado a cada miembro del Comité. Contiene las informaciones sobre el denunciante complementadas, en su caso, con las primeras reacciones del gobierno de que se trate. El representante del Director General recuerda sus aspectos esenciales. Se invita a continuación a participar en la reunión al representante del país afectado por la denuncia. Puede exponer inmediatamente su punto de vista y, si es necesario, justificar el comportamiento de su gobierno. Las preguntas que se le formulan, después de su exposición, varían evidentemente según los casos, pero he aquí algunas de las más frecuentes:

- Si la presunta víctima se encuentra detenida sin juicio previo, ¿cuál es el motivo? ¿Cuándo tendrá lugar el proceso?
- Si ha sido juzgada, ¿cuáles son los motivos precisos de su condena?
- ¿Tiene su familia autorización para visitarla? ¿Con qué frecuencia?
- ¿Cuál es el estado de salud del preso? ¿Recibe los cuidados necesarios?
- Si se trata de una persona de edad, ¿no se justifica una liberación inmediata?

Es raro obtener de inmediato una respuesta a todas estas preguntas. Pero el representante del gobierno de que se trate se compromete a actuar con la mayor rapidez, lo que desencadena una evolución beneficiosa, cuando no decisiva. Numerosos son los presos que, a raíz de una reunión del Comité, reciben por primera vez la visita de un médico o de un miembro de su familia.

Esta fase inicial de diálogos con los representantes de los gobiernos afectados permite resolver numerosos casos. Cuando después del fracaso del diálogo con el gobierno en cuestión o después de haberse comprobado el silencio obstinado de éste, el Comité declara admisible una denuncia, su tarea se torna mucho más difícil. El gobierno de que se trate tiene tendencia a adoptar una actitud francamente negativa. Habrá que esperar entonces un cambio político para que el diálogo se reanude.



Página anterior, caligrafías china (Ung No Lee) y cirílica (Jovica Veljovic). Arriba, caligrafía árabe (Hassan Massoudy); abajo, caligrafía latina (Jean Larcher). Tomadas de un calendario (1989) sobre la Declaración Universal de Derechos Humanos editado por la revista francesa *Non-Violence Actualité*.



Un papel decisivo

Desde 1978 se han sometido al Comité unos doscientos casos. Los resultados de esas iniciativas pueden considerarse alentadores, sobre todo en los últimos años: 30 casos resueltos de 1978 a 1981; 85 de 1982 a 1985; 86 de 1986 a 1989.

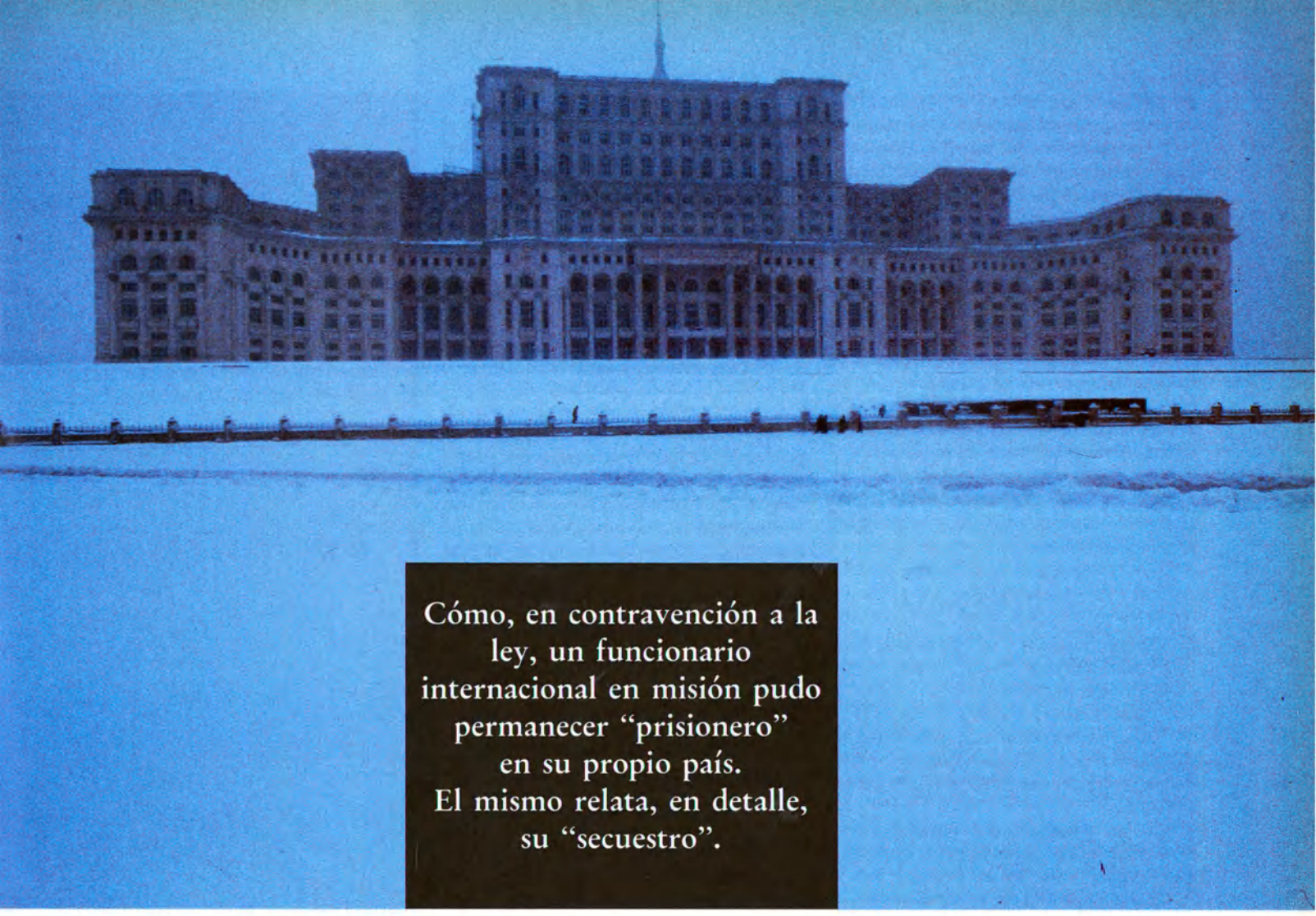
A la Unesco le ha cabido un papel decisivo en el caso de tres personalidades célebres: el pianista argentino Miguel Angel Estrella, liberado de prisión en 1980, el profesor Andrei Sajarov, Premio Nobel de la Paz (1975), y Vaclav Havel, que se ha convertido en Presidente de la República Checoslovaca.

En diez años, un centenar de personas detenidas en condiciones a menudo penosas han sido liberadas o absueltas.

Numerosas comunicaciones se refieren a personalidades intelectuales a quienes se impedía regresar a su país, a estudiantes a los que se negaba el derecho a partir al extranjero, a recibir un diploma o a disfrutar de una beca de estudios, a personas privadas arbitrariamente de su empleo o a publicaciones prohibidas por un régimen en particular. La lista de violaciones de los derechos humanos es demasiado larga para poder citarla. En todos los casos, el Comité ha aprendido a desempeñar su cometido con obstinación y perseverancia.

El Comité actúa en nombre del Consejo Ejecutivo y del Director General. Pero este último puede intervenir, confidencial o públicamente, en ciertos casos. Si tiene conocimiento, por ejemplo, de que uno de los funcionarios de la Unesco ha sido retenido o detenido en su país. Tal es el caso, relatado detalladamente a continuación, de Sorin Dumitrescu. ■

GEORGES-HENRI DUMONT, historiador belga, es miembro de la Academia Real de Bélgica. Ha publicado, entre otras obras, *Marie de Bourgogne* (1982) y un ensayo sobre la vida cotidiana en Bélgica en tiempos de Leopoldo II (1986). Es presidente de la Comisión Internacional de la Unesco para la nueva edición de la *Historia del desarrollo científico y cultural de la humanidad*. Fue miembro del Consejo Ejecutivo de la Unesco de 1981 a 1989 y presidente de su Comité de Convenciones y Recomendaciones de 1987 a 1989.



Cómo, en contravención a la ley, un funcionario internacional en misión pudo permanecer "prisionero" en su propio país. El mismo relata, en detalle, su "secuestro".

REHÉN DE LA SECURITATE

POR SORIN DUMITRESCU

A fines de 1969 fui nombrado para el cargo de director de la Oficina de Hidrología en la Unesco.

Al poco tiempo, como cualquier otra persona al adquirir el estatuto de funcionario internacional, hube de prestar juramento comprometiéndome a ejercer mis funciones y a conducirme "teniendo exclusivamente en cuenta los intereses de la Organización, sin solicitar ni aceptar instrucciones de ningún gobierno...".

Yo era plenamente consciente del significado de tales palabras, pero ni por asomo sospechaba que, unos años después, iban a desempeñar tan importante papel en mi vida...

Una misión interrumpida

El 6 de junio de 1976 salí de París con el fin de representar al Director General de la Unesco en dos reuniones: la primera en Rumania, del 8 al 13 de ese mes, y la otra en Bulgaria, del 15 al 18 del mismo. Hice el viaje en mi propio coche acompañado por mi esposa y mi hija.

En el momento en que, terminada mi estancia en Rumania, me aprestaba a atravesar la frontera con Bulgaria, la policía rumana me lo impidió, diciéndome que tenía que volver urgentemente a Bucarest para hablar con el Viceministro de Relaciones Exteriores, señor Vasile Gliga. Le expliqué a éste por teléfono que me esperaban con urgencia en Varna, pero todo fue inútil. Así que tuve que volver a Bucarest y presentarme al señor Gliga, quien comenzó por informarme que no podría salir del país mientras no se resolvieran "algunos asuntos importantes".

Le respondí que, en tales condiciones, me veía obligado a informar al Director General de la Unesco que me hallaba imposibilitado de proseguir mi misión según el plan de viaje establecido. El Viceministro me aconsejó que no hiciera tal cosa para evitar todo incidente; según él, se hallaría rápidamente una solución. Como yo no quería enconar la situación, convine en esperar hasta la mañana del 18 de junio.

Pero llegó ese día y nuevamente me convocó el Viceministro para informarme que el gobierno rumano había decidido "retirarme mi calidad de funcionario internacional". Debía volver al día siguiente al Ministerio para escribir mi carta de dimisión al Director General y se me prohibía ponerme de uno u otro modo en contacto con la Unesco, so pena de ser detenido inmediatamente. Cuando le pregunté por las razones de semejante decisión, el señor Gigla me contestó que no estaba autorizado a revelármelas. Le señalé que aquél era un procedimiento manifiestamente abusivo, pues en las atribuciones del gobierno rumano no podía entrar la de retirarme la calidad de funcionario internacional. De todos modos,

SORIN DUMITRESCU,
especialista en hidrología de origen rumano, fue Subdirector General del Sector de Ciencias de la Unesco (1985-1988) y actualmente es consejero del Director General de la Organización. Autor de numerosas publicaciones sobre temas de su especialidad, recibió en 1988 el Premio Internacional de Hidrología.

no salí de su despacho hasta aceptar que al día siguiente redactaría una carta de dimisión.

Una vez en la calle, pensé un momento ponerme en comunicación con el Director del Centro Europeo para la Enseñanza Superior (CEPES) de la Unesco, que tiene su sede en Bucarest. El Director, señor Thomas Keller, estaba ausente por vacaciones. Telefonearle a París o tratar de ponerme en comunicación con alguna embajada presentaba riesgos: era evidente que me seguían. Fue mi hija la que, corriendo un grave peligro y recurriendo a medios dignos de una novela policiaca, se las arregló para transmitir a la embajada de Francia un mensaje pidiendo que lo comunicaran al Director General de la Unesco.

Ese mismo 18 de junio se presentó en nuestra casa un funcionario de teléfonos para cambiar, nos dijo, el nuestro, que seguramente no funcionaba bien.

El párrafo cuarto

A la noche siguiente traté de escribir una carta de dimisión que resultara lo más "transparente" posible. Decía así:

"Señor Director General:

Tengo el honor de participarle que el gobierno rumano ha decidido que debo volver a ejercer mis funciones en el Consejo Nacional del Agua.

Por consiguiente, le ruego que tenga a bien aceptar mi dimisión de la Unesco con efectos inmediatos.

Como en las circunstancias actuales me es imposible volver a París, le agradecería pidiera a la Oficina de Personal que me informe sobre la manera de liquidar mis obligaciones para con la Unesco y sobre los requisitos para poder gozar de los derechos por cesación de servicios.

En el momento de abandonar la Unesco, quisiera agradecerle la confianza que me ha demostrado y asegurarle que sigo fiel a los ideales de la Organización."

Al leer la carta mi esposa y mi hija tuvieron la misma reacción: "¿Crees que son tan tontos como para dejar que esta carta llegue a su destino?" Les contesté por escrito, en un papel que quemamos inmediatamente después: "Estoy intentando negociar."

El 19 de junio me presenté en el Ministerio de Relaciones Exteriores con el proyecto de carta. Tras leerla, el encargado de las cuestiones de la Unesco me preguntó: "¿No puede justificar usted de otra manera su dimisión de la Unesco, por ejemplo, diciendo que está enfermo? Repliqué que, dadas las circunstancias, nadie iba a creerlo y que era mejor decir la verdad. El Viceministro, a quien el encargado de las relaciones con la Unesco expuso el problema, aceptó la justificación, pero se empeñó en suprimir el párrafo cuarto, en el que recordaba mi fidelidad a los ideales de la Organización.

Para mí, los párrafos esenciales eran el primero y el tercero. En cambio, el cuarto, aunque era expresión de mis sentimientos, contaba mucho menos para la "transparencia" que quería dar a mi carta. Podía pues renunciar a él. Sin embargo, hice como si me interesara mantenerlo, insistiendo en que suavizaba el carácter demasiado brutal de la carta en su conjunto. Mi interlocutor fue de nuevo a negociar con el Viceministro, volviendo, para sorpresa mía, con su acuerdo definitivo. Me fui del Ministerio aliviado, pensando que el Director General comprendería fácilmente el mensaje que la carta encerraba. Tenía la sensación de que había marcado un punto.

"You are and you remain"

Pasaron dos semanas y no recibía la menor respuesta. Las dudas embargaban mi ánimo: ¿habían transmitido realmente las autoridades rumanas el original de mi carta? ¿Habían fabricado tal vez otra falsificando mi firma? En el Ministerio me habían dicho que la Unesco me respondería en un plazo máximo de una semana... Y esa incertidumbre total respecto de los resultados posibles de mi carta de dimisión era una de las cosas más difíciles de sobrellevar.

Hacia el 5 de julio, movido por mi impaciencia, decidí correr un riesgo grave telefoneando a París, a la Secretaría de la Unesco. Como el Director General estaba ausente, solicité hablar con el Director General Adjunto. Al oír su voz, le pregunté si estaba al tanto del problema que se me planteaba. Me respondió que sí. Le di a entender que las condiciones en que tenía que telefonearle me impedían hablar con él largo y tendido. La única pregunta que quería hacerle era: "¿Soy todavía miembro de la Secretaría?" Con una voz tranquila y grave que nunca olvidaré, el Director General Adjunto me respondió, en inglés: "*You are and you remain*" (Lo es usted y lo seguirá siendo). El Director General no consideraba válida mi carta de dimisión y había enviado una carta en tal sentido al Embajador y Delegado Permanente de Rumania en la Unesco.

Colgué el teléfono y resumí en pocas palabras la situación a mi familia. Nos embargaba la euforia: estábamos salvados. Ahora la solución sería rápida. Pronto podríamos volver a París... Por desgracia, no conocíamos bastante bien las peculiaridades del régimen rumano.

Como pude saber posteriormente, el original de mi carta fue entregado el 21 de junio en el gabinete del Director General de la Unesco. En una carta que acompañaba a la mía, el Embajador rumano indicaba que la transmitía "siguiendo instrucciones de su gobierno". El Director General de la Unesco, señor Amadou Mahtar M'Bow, convocó inmediatamente al Embajador y le hizo saber que mi dimisión no había sido presentada según los trámites legales y que, para no crear problemas a las autoridades rumanas, prefería no dar curso a la carta durante diez días, pero, transcurrido ese plazo, si yo no había vuelto a París, tendría que reaccionar oficialmente.

Como en los diez días siguientes no ocurrió nada, el Director General envió el 1 de julio al Embajador una carta oficial en la que declaraba inaceptable mi renuncia,

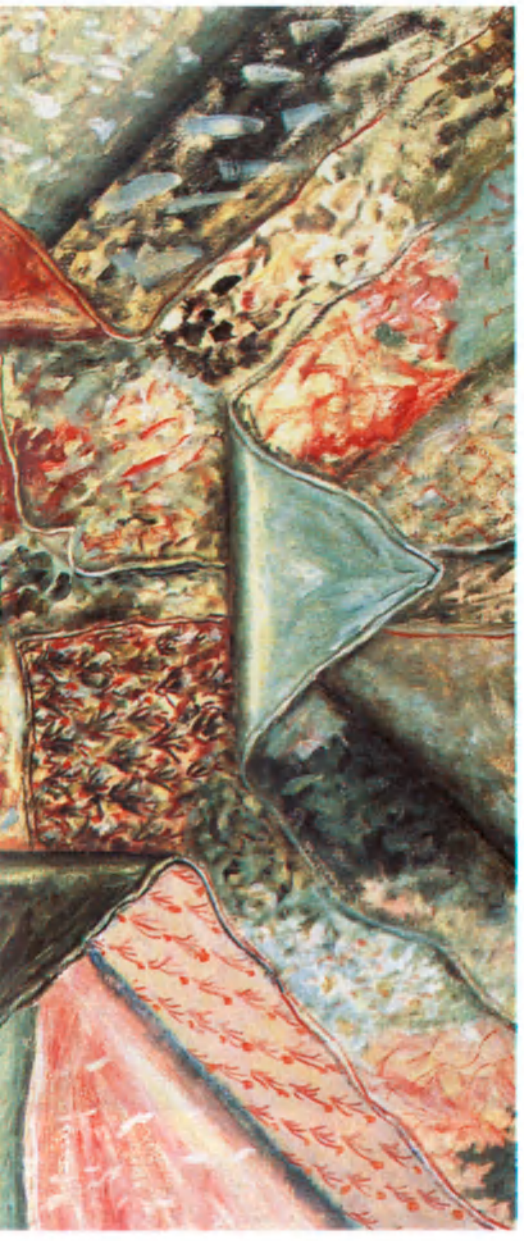


Prapor (1981), óleo sobre tela del pintor rumano Horia Bernea (colección "El arte contra el apartheid", véase la p. 38).

añadiendo que "las condiciones en que se ha formulado y presentado la petición del señor Dumitrescu ponen seriamente en peligro los fundamentos de la función pública internacional".

El 14 de julio tuve una conversación con el señor Thomas Keller, Director del Centro de la Unesco de Bucarest, que acababa de volver de sus vacaciones. El señor M'Bow le había encargado que se pusiera en contacto conmigo para averiguar personalmente cuál era exactamente mi situación. Como no estaba seguro de poder llegar hasta el Centro, propuse a Keller que me esperara en la esquina, a donde llegó antes que yo. Fuimos a pasearnos por un parque vecino, seguidos por varios miembros de la "Securitate" (la policía política). Nunca antes me había encontrado con él (podía pues tratarse de un impostor), pero, aun así, le hablé con toda franqueza, pidiéndole que dijera al Director General que considerara mi carta como no escrita.

Por entonces creía aun que mi asunto se



debía enteramente al celo de algunos funcionarios y que, si se enteraban de él las más altas autoridades del Partido y del Estado, éstas permitirían que nos marcháramos. A estas autoridades les dirigí numerosas notas explicativas, afirmando que no tenía nada que reprocharme y pidiendo que, para poder defenderme, se me explicaran las razones de retenerme en el país contra mi voluntad. No hubo nunca la menor respuesta. Hasta que un día, gracias a una indiscreción, me enteré de que Ceaucescu estaba perfectamente al corriente de mi caso y de que había dado personalmente orden de no ceder a las presiones de la Unesco. Comprendí que ya no era posible ningún compromiso y que tenía que jugarme el todo por el todo.

El 6 de agosto el señor M'Bow escribió al jefe del Estado rumano una carta que empezaba como sigue:

"Sólo después de llegar al convencimiento de que he agotado todos los demás cauces de solución, me tomo la libertad de someterle personalmente un asunto al que concedo la máxima importancia. Se trata del caso del señor Sorin Dumitrescu, director de la División de Ciencias del Agua de la Secretaría de la Unesco y súbdito rumano, quien ha sido retenido en territorio rumano cuando estaba de paso para llevar a cabo una misión de la que yo le había encargado, no habiendo podido volver a su puesto en Francia. Que yo sepa, es la primera vez en la historia de las Naciones Unidas que un alto funcionario internacional se halla en tal situación."

El Estado Unesco

La carta no obtuvo respuesta alguna. En vista de ello, el Director General decidió poner la cuestión en conocimiento del Consejo Ejecutivo, que examinó el asunto por primera vez el 9 de octubre, en sesión privada. Tras exponer los hechos, el señor M'Bow afirmó que aceptar la situación creada por las autoridades rumanas equivaldría para él a incumplir el juramento que había prestado al asumir sus funciones de Director General en 1974 y que, si no podía contar en este asunto con el apoyo de los Estados Miembros se vería en la obligación de presentar su dimisión al Consejo Ejecutivo. El apoyo que recibió fue amplio y muy firme.

En vista de ello, e impresionado por el cariz que estaba tomando el asunto, el gobierno rumano, por boca de su representante en el Consejo Ejecutivo, declaró que estaba dispuesto a proseguir el diálogo. Unos diez días después, Luis G. Marqués, Director de Personal de la Unesco, viajó a Bucarest como representante del Director General.

Mientras tanto, en la capital rumana, yo ignoraba lo que acababa de ocurrir en el Consejo Ejecutivo. Las personas con quienes tenía que habérmelas, los señores de la Securitate, trataban de desmoralizarme. "En ningún país —me decían en sustancia— puede un simple ciudadano oponerse al jefe del Estado; el Director General no puede negarse a aceptar su dimisión..."

Unos días antes de que llegara a Bucarest el representante del Director General, me convocaron al Comité Central del Partido. El jefe adjunto de la sección de Relaciones Exteriores me declaró que no tenían nada que reprocharme y que me habían retenido en Rumania únicamente porque ya había estado demasiado tiempo en el extranjero. Ahora me tocaba volver a ejercer sin demora un puesto en la administración nacional. "Tiene que comprender usted que Rumania, que ha sabido resistir a las presiones de su gran vecino del Este, no va a ceder a la presiones del Estado Unesco." "En eso se equivoca, le respondí. La Unesco no es un Estado, sino una comunidad de unos 150 Estados Miembros con la que Rumania no ganaría nada en malquistarse."

A su llegada a Bucarest, el 20 de octubre, pude reunirme con Luis G. Marqués. Las autoridades rumanas me pedían que le hiciera saber claramente que ya no tenía intención de volver a París. Pero, cuando Marqués me informó de lo que había ocurrido en el Consejo Ejecutivo, le confirmé que estaba dispuesto a volver a mi puesto en cuanto me fuera posible y que me negaba a todo compromiso en ese punto. Al día siguiente, fui al Comité Central para notificar a mi interlocutor que no contara con mi cooperación. "Su comportamiento, me contestó, le coloca en una situación muy grave. Su problema ya no es de mi incumbencia."

Una semana después el Ministerio de Hacienda me llevaba ante los tribunales por deber la suma de 70.000 francos al Estado rumano, ya que, según la ley, todo ciudadano que trabajara en el extranjero debía entregar al Estado la mayor parte de sus ingresos. En mi caso, se trataba de atrasos, puesto que ya había revertido al Estado más de 120.000 francos. El juicio tuvo lugar en diciembre, sin que pasara de ser una mera formalidad. Afirmé que estaba dispuesto a pagar lo que debía en cuanto pudiera hacerlo. La cantidad fue entregada en el Centro de la Unesco de Bucarest en enero de 1977, con lo que quedó resuelto el único litigio que me oponía a las autoridades.

A comienzos de febrero de 1977, el señor M'Bow llegó a Rumania en visita oficial. Esta, inicialmente prevista para septiembre de 1976, fue aplazada varias veces a petición del gobierno rumano. El señor M'Bow abrigaba la esperanza de obtener el consentimiento de éste para que yo pudiera salir del país. Pero el resultado fue nulo. En la conversación que mantuvo con Ceaucescu, éste se negó en redondo a aceptar la petición de la Unesco, afirmando que aquélla era una cuestión que afectaba a la soberanía nacional. El Director General afirmó que, por el contrario, se trataba de un problema de derecho internacional y que el gobierno rumano violaba con su actuación los acuerdos internacionales por él suscritos. La conversación concluyó de manera abrupta.

Según lo convenido, yo esperaba en la sede del Centro de la Unesco la vuelta del señor M'Bow, cuando recibí una llamada, supuestamente suya, instándome a que fuera a verle inmediatamente a su hotel. No me fue difícil comprender que se trataba de una maniobra justamente para que no pudiera verle. Así que seguí esperando en el Centro hasta que llegó. Naturalmente, no había encargado a nadie que me telefoneara. Me aseguró que iba a redoblar sus esfuerzos para conseguir mi liberación y que se aprestaba a hacer pronto público mi caso.

Comienza la represión

El 4 de marzo asoló el sur de Rumania un violento terremoto. El 30 de marzo se presentó en mi domicilio un oficial para entregarme una convocación a fin de que, a partir del día siguiente, comenzara a prestar servicio militar durante cinco meses en una unidad encargada de reconstruir una ciudad casi completamente destruida, a un centenar de kilómetros de Bucarest. Según pude saber más tarde, tal decisión figuraba en un decreto firmado por el mismo Ceaucescu en el que sólo aparecía mi nombre.

La Unesco protestó contra esa nueva violación de mi estatuto de funcionario internacional y pidió a las autoridades rumanas que suspendieran la aplicación de la medida. Pero, una vez más, sin obtener la menor respuesta.

Mi estado de salud había decaído sensiblemente. En el hospital militar de Bucarest al que me llevaron me diagnosticaron un riesgo de hepatitis. Decidida mi hospitalización, el comandante de mi unidad me informó, con pesar, que había recibido orden de dejarme marchar inmediatamente. En un coche y acompañado por dos militares, me llevaron a mi domicilio para recoger mis efectos personales. Los miembros de mi familia me vieron partir sin saber cómo y cuándo volverían a verme.

Estuve varios días enfermo, sin recibir ningún cuidado médico, sin comer y durmiendo apenas. Uno de mis parientes logró dar conmigo e informó a mi mujer y a mi hija del lugar en que me encontraba. El teléfono de casa había sido cortado y se habían presentado dos representantes de la Securitate para ordenar a mi mujer y a mi hija que se abstuvieran de ponerse en contacto con representantes de la Unesco; en caso contrario, yo corría el riesgo de ser juzgado por un tribunal militar y ellas mismas de ser detenidas.

El servicio militar tenía sobre todo por objeto cortar todos mis contactos; y, efectivamente, mi aislamiento aumentó por su causa. Pero mi asunto seguía su curso en la Unesco y en abril el Consejo Ejecutivo reiteró su completo apoyo a la acción llevada a cabo por el Director General.

Regateos

Pese a sus alardeos, las autoridades rumanas estaban en el banquillo de los acusados. Tenían pues que encontrar una salida al asunto. En mayo me llamaron a Bucarest donde tuve una entrevista con el Viceministro del Interior y jefe de la Securitate, N. Plechitza. Por fin conseguía que por primera vez me dieran explicaciones sobre los motivos de que me retuvieran en mi país desde junio de 1976: se sospechaba que no querría volver a Rumania al término de mi contrato con la Unesco. Mi interlocutor reconoció que se trataba de un error. Pero era demasiado tarde para dar marcha atrás y ahora había que "salvar las apariencias" por mor del prestigio del jefe del Estado, que se había negado a autorizar mi retorno a París. Respondí que, a mi juicio, el prestigio de un jefe de Estado sólo podía crecer si, al descubrir que se había cometido una injusticia, tomaba las medidas para repararla.

Volví a hablar en varias ocasiones con el Viceministro y sus colaboradores, quienes siempre imponían la aceptación de mi dimisión como condición previa para que mi problema se resolviera; tras esa aceptación, me decían, me ofrecerían un puesto de viceministro y, si lo deseaba, podría ir a trabajar al extranjero. Mi respuesta era siempre la misma: ese esquema era falso porque la Unesco no aceptaría nunca mi dimisión antes de que volviera a París y, por mi parte, sólo ambicionaba volver allí para continuar mis tareas.

En agosto las autoridades rumanas prepararon un nuevo plan. Como mi contrato con la Unesco expiraba el 31 de octubre, bastaba con que pidiera al Director de la Unesco que no lo renovara; con ello se sorteaba el escollo de mi demisión. Mis interlocutores me pidieron que enviara una carta al Director General manifestándole mi intención en tal sentido y proponiéndole que enviara a su representante a Bucarest para confirmárselo de viva voz. Con la esperanza de que al menos mi hija recobrara la libertad y pudiera reanudar sus estudios en París, tomé el partido de aceptar. Por lo demás, me decía que así tendría ocasión de hablar con el representante del Director General y de hacerle saber mis verdaderas intenciones.

Un vago gesto de la mano

Hacia fines de agosto me informaron de que, a raíz de mi petición, el señor M' Bow había decidido enviar a Bucarest a un Subdirector General, el señor Jacques Rigaud, en compañía del Director Adjunto de la Oficina de Personal, y que ambos llegarían el 6 de septiembre. Aproveché la ocasión para que pusieran fin a mi servicio miltiar —que, al parecer, se había decidido prolongar más allá de los cinco meses iniciales— arguyendo que me negaría a hablar con los representantes de la Unesco en calidad de militar. La autoridades aceptaron.

En cambio, seguían sin autorizar a mi hija para que volviera a París. El mismo día de la llegada del señor Rigaud, un agente de la Securitate me convocó para anunciarme que había intentado obtener dicha autorización del jefe del Estado en el aeropuerto cuando se disponía a tomar el avión para visitar oficialmente Bulgaria, pero Ceaucescu había respondido con un gesto de la mano... ¡cuyo significado no estaba suficientemente claro! En vista de ello, había que esperar su vuelta para saber lo que significaba exactamente. Me aseguraron que era sólo cuestión de unos días, insistiendo en la necesidad de que yo respetara el acuerdo concertado —que el Subdirector General se volviera con el convencimiento de que yo no deseaba renovar mi contrato—, sin lo cual sería objeto de una dura represión y se esfumaría toda posibilidad de compromiso. De paso, me recordaron que debía tener cuidado con los accidentes del tráfico, muy peligroso en Bucarest.

El 6 de septiembre por la tarde, me reuní con el señor Rigaud, al que expliqué las razones que me habían impulsado a enviar mi carta el Director General y, naturalmente, le confirmé mi deseo de continuar sirviendo a la Organización. "No me siento obligado por ese 'acuerdo entre caballeros', le dije, simplemente porque mis interlocutores no son 'caballeros'." El señor Rigaud me aseguró que me comprendía perfectamente. A continuación hice una declaración recogida en un casete en la que, entre otras cosas, decía: "Afirmo que en modo alguno he actuado en forma culpable contra el Estado rumano y la ley rumana. No he hecho más que ser fiel al juramento que presté al entrar en la Unesco. Para mí no existe incompatibilidad alguna entre ese juramento y el deber de un ciudadano para con su propio país... No hay lugar para que cambie de postura.... El Director General



Nada-Nadie III, técnica mixta sobre red de alambre, obra del artista rumano Christian Paraschiv.

no debe vacilar en obrar de acuerdo con lo que crea justo, aun en el caso de que ello pueda repercutir en menoscabo de mi seguridad. La vida que se nos impone desde junio de 1976 no es vida. Mi mujer y yo estamos dispuestos a aceptar morir, pero morir *de pie*."

A raíz del informe del señor Rigaud, se prorrogó por dos años mi contrato con la Unesco. El Consejo Ejecutivo examinó de nuevo mi caso en su 103 a reunión, en septiembre-octubre de 1977. El 6 de octubre celebró el Consejo por primera vez una sesión pública sobre el problema. El Presidente hizo una reseña del caso y, aludiendo a la Carta de las Naciones Unidas y a la Constitución de la Unesco, recordó que los funcionarios internacionales deben ejercer su cometido con plena independencia exclusivamente bajo la responsabilidad del Director General de la Organización. "El Consejo Ejecutivo, concluyó, está sumamente preocupado por lo que aparece como una ruptura por un Estado Miembro de compromisos internacionales libremente aceptados por él. Apoya sin reservas la postura del Director General y hace suyas las medidas que ha adoptado."

El representante de Rumania, Marcel



Ghibernea, tomó la palabra en nombre de su gobierno rechazando la declaración del Presidente del Consejo y atacando con duros términos la postura del Director General. Lanzó también acusaciones calumniosas contra mí, llegando incluso a afirmar que yo había "gastado cuantiosas sumas de dinero en adquirir bienes cuyo valor superaba con mucho (mis) ingresos legales".

Le respondió el Director General: "Todas las medidas que he tomado en este asunto las he puesto en conocimiento del Consejo Ejecutivo, que las aprobó plenamente. Puedo pues asegurar al señor Ghibernea que cuento aquí con la confianza de la totalidad de los miembros del Consejo Ejecutivo —quizá con excepción de la suya— porque me niego a incumplir el juramento que presté el día que fui elegido Director General de la Organización."

Mientras tanto, los medios de información de numerosos países habían comenzado a hablar de mi caso y mi nombre era ahora conocido.

Una "organización extranjera"

Al llegar a esta fase las autoridades rumanas decidieron recurrir a medidas extremas. El 13 de octubre se incoó contra mí un procedimiento penal acusándome de "traición por transmisión de secretos". Según el código penal rumano (art. 157), este delito lleva aparejada una pena de prisión de cinco a quince años, acompañada por la confiscación de los bienes del culpable. Se me acusaba de haber "transmitido a los agentes de una *organización extranjera* (en este caso la Unesco) informaciones cuya utilización por ésta pone en peligro la seguridad del Estado".

Los investigadores me concedieron dos horas para contestar por escrito la acusación. Como esperaba que tal eventualidad se produjese —ya me habían amenazado varias veces con ella—, estaba preparado. Así que en menos de veinte minutos desarrollé la siguiente argumentación: "Considero la acusación carente de todo fundamento: ninguna de mis acciones ha podido entrañar una violación del artículo 157 del código penal. Según el informe de la comisión de investigación, la acusación se refiere a los contactos que he tenido entre junio de 1976 y octubre de 1977 con representantes de la Unesco, organización de la que soy funcionario. He de hacer a este respecto las siguientes puntualizaciones:

1) No he transmitido nunca a nadie informaciones que pongan en peligro la seguridad del Estado.

2) Considero aberrante que una organización como la Unesco pueda utilizar informaciones transmitidas por una persona para poner en peligro la seguridad de uno de sus Estados Miembros, en este caso Rumania.

3) Mis contactos con los representantes de la Unesco durante el periodo citado tuvieron exclusivamente por objeto las obligaciones que entrañan mi cargo en la Secretaría y el juramento que presté en el momento de convertirme en funcionario de ésta. Esos contactos se han realizado pues en mi calidad de funcionario de la Unesco y no pueden entrar en el marco del artículo 157 del código penal. En cambio, están acordes con lo previsto en la *Convención sobre privilegios e inmunidades de los organismos especializados* (artículo VI, sección M, apartado a), convención ratificada por Rumania.

4) Habida cuenta de lo anterior, en adelante me negaré a responder a cualquier otra pregunta en relación con la acusación mencionada."

Estaba convencido de que me detendrían. Pero me dijeron que quedaba en libertad, con la obligación de presentarme en la sede de la dirección de investigaciones penales de la Securitate todos los días de ocho de la mañana a diez de la noche. Pude así conocer lo que hasta entonces sólo había visto en el cine: los largos pasillos llenos de puertas, cada una con una lámpara roja encima que se encendía cuando había alguien dentro; los despachos donde tenía lugar la investigación con barrotes en las ventanas; las instalaciones de escucha...

Los investigadores empezaron por hacerme preguntas como: "¿Reconoce usted haber transmitido por conducto de los agentes de la Unesco cartas al Director General?" o "¿Cuándo se reunió por primera vez con el director del CEPES?" Fiel a mi argumentación, yo contestaba invariablemente: "Me niego a responder a esa pregunta." Defraudados, los investigadores me decían que estaba facilitando mi inminente condena. A lo que yo replicaba: "Mejor, volveré más pronto a París."

Pasado algún tiempo, los oficiales encargados de la investigación comenzaron a cansarse. Las sesiones acababan antes y terminábamos por hablar de cosas distintas de la investigación en torno a mi persona.

El palo y la zanahoria

El 25 de octubre siete agentes de la Securitate invadieron de madrugada nuestra casa para efectuar un registro y embargar nuestros bienes. El objetivo real de la operación, me pareció, era convencernos de que mi condena era inminente. Pero no hubo tal.

Por el contrario, el 12 de noviembre me convocaron al despacho del Viceministro Plechitza. Este, deshaciéndose en amabilidades, me informó de que había decidido poner fin a las diligencias penales por falta de razones válidas. Además, "para demostrarme la generosidad de las autoridades", me anunció que había tomado la decisión de permitir que mi hija volviera a París para reanudar sus estudios universitarios interrumpidos. A todos nos costaba trabajo creer que no se trataba de una

nueva trampa, pero dos días después le daban a mi hija su pasaporte. No obstante, hasta que llegó a París la angustia siguió embargándonos: pensábamos que, después de todo, bien podían habérsela llevado a otro sitio... Pero, unas cuantas horas después de su marcha, nos llamaba por teléfono para hacernos saber que había llegado a buen puerto.

Al día siguiente, el Viceministro me llamó para decirme en sustancia: "Hemos sido generosos con usted; ahora le toca dar muestras de gratitud ayudándonos a poner término al conflicto con la Unesco. Dentro de unos meses podrá salir del país y reunirse con su hija si así lo desea." Mi respuesta fue: "El derecho concedido a mi hija de reanudar sus estudios me parece perfectamente normal; ¿por qué habría de modificar la postura que adopté desde el comienzo en este asunto?" El diálogo continuó durante horas, prolongándose los días siguientes. El Viceministro me hacía partícipe de todos sus respetos y apelaba a mis "sentimientos patrióticos". Hubo momentos en que este tipo de "conversaciones" me parecieron más penosas que las que había tenido con mi interlocutor de la Securitate y en las que éste profería toda clase de amenazas contra mí.

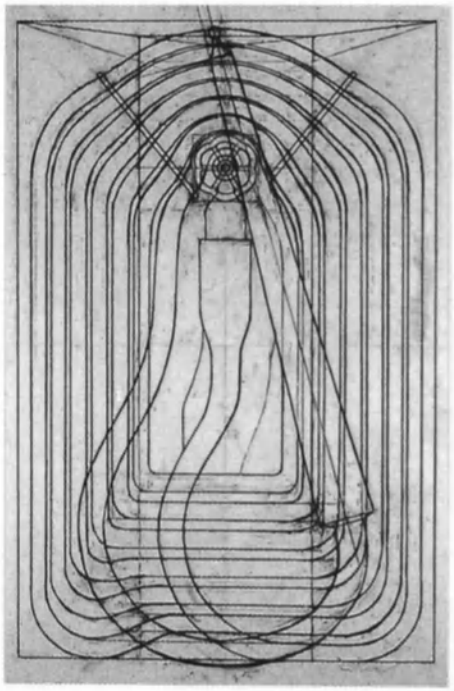
Al cabo de unos quince días, cambió de nuevo el tono. Si me obstinaba en negarme a colaborar con ellos, me dijo Plechitza, matarían a mi hija en París o la volverían a traer por la fuerza a Rumania. "Ya lo hemos hecho en otros casos", me declaró. Tomé en serio la nueva amenaza y la puse en conocimiento del Director General, que inmediatamente pidió protección a las autoridades francesas para mi hija.

Tras una breve tregua, se reanudó la represión en febrero de 1978. Tuve varias conversaciones con un antiguo secretario del Comité Central del Partido y ex ministro de la Securitate, Ion Stanescu, quien a su vez me amenazó con meterme en la cárcel. Y cuando yo invoqué la ley, me replicó: "Para gentes como tú no hay ley." Luego me informaron de que mi proceso iba a entrar en su fase final.

El desenlace

El 28 de febrero la prensa publicó fragmentos de una declaración que yo había enviado a París y que mi hija había hecho pública: "La tragedia que he vivido desde junio de 1977 viene sobre todo de que estoy prisionero en mi propio país... Mi fidelidad a mi país no es razón para que acepte la injusticia de que se me ha hecho objeto, para que sea víctima de la calumnia, del abuso de poder y del desprecio de las leyes... En varias ocasiones los representantes de las autoridades han utilizado como argumento principal: 'Es usted ciudadano rumano y el Estado puede hacer lo que quiera con usted.' Como no me gusta el carácter feudal de este argumento y como todo diálogo con el poder es imposible, he pedido renunciar a la nacionalidad rumana."

El 8 de marzo de 1978 se produjo una de las más importantes rachas de destituciones del régimen de Ceaucescu. Todos los responsables



Dibujo por frustración (1981), carboncillo sobre papel, del pintor alemán Konrad Klapheck (RFA).

con los que había tenido que habérmelas cayeron en desgracia. Inmediatamente hice saber que me negaba a responder a toda citación judicial mientras no hubiera hablado con los nuevos responsables.

Mientras tanto, la presión internacional era ca da vez más fuerte. Ciertas delegaciones, de carácter gubernamental o parlamentario, de paso por Rumania, se referían a mi caso, y lo mismo ocurría cuando Ceaucescu visitaba otros países.

Las Naciones Unidas, que hasta entonces habían guardado silencio, se pronunciaron sobre mi caso en una reunión del Comité Administrativo de Coordinación (CAC) celebrada en abril de 1978 y presidida por el Secretario General de la Organización internacional, el cual aportó su apoyo al señor M'Bow y tomó una serie de medidas: mi caso sería examinado en las Naciones Unidas y en la próxima Conferencia General de la Unesco. Se sometió al Consejo Ejecutivo de ésta, que se reunía en mayo, una propuesta con miras a llevar el conflicto ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya. Por último, la Asociación del Personal de la Unesco y la Federación de Asociaciones de Funcionarios Internacionales (FICSA) condenaron la violación en mi caso de la independencia de la función pública internacional y aprobaron varios planes de acción...

Finalmente, Ceaucescu cedió. El 6 de mayo las autoridades me llamaron para anunciarme que estaba autorizado para volver a París.

El 12 de mayo de 1978 salí de Bucarest en compañía de mi mujer con un visado turístico. Dos días después llegábamos a París, al cabo de veintitrés meses de ausencia. El 16 de mayo reanudaba mi trabajo normal en la Unesco.

Había ganado la partida, pero para el resto de mis días quedaba marcado por la dura prueba que acababa de atravesar. ■

Créditos fotográficos

Portada, página 3: © Isabelle Wolff, París. **Portada posterior:** © G.F.-Giraudon, París. **Página 2:** © Gervais Bataillé, Conques-sur Orbeil, Francia. **Página 5:** Gilles Bassignac © Gamma, París. **Páginas 6-7:** Claude Gaspari © FDAC, Conseil Général du Val de Marne, 1988. **Página 8:** Gabina Farova © *Vu*, París. **Página 9:** © Amnesty Intenational, París. **Páginas 10-11:** © J. Bottin, París. **Páginas 10 (abajo), 40 (izquierda):** Unesco/Dominique Roger. **Páginas 12-13, 14-15, 16-17:** Stephane Duroy © *Vu*, París. **Página 14:** © W.W. Norton & Company, Nueva York. **Página 15 (abajo):** © Keystone, París. **Páginas 16 (abajo), 45:** Manuel Vimenet © *Vu*, París. **Páginas 18-19:** © Andreas Sterzing 1990, Nueva York. **Página 20 (izquierda):** © Anne Truffaut, París. **Páginas 20-21:** M. Renaudeau © Hoa-Qui, París. **Página 22:** © Edimedia, París. Musée National d'Art Moderne, Centre Georges Pompidou, París. **Página 23:** © Nicole Dufour, Hong Kong. **Páginas 24, 37 (arriba), 38, 46-47, 50:** © "El arte contra el apartheid", París. **Página 25:** © Galerie Claude Samuel, París. **Páginas 26-27:** © AIAP/Bibliothèque des Arts, París/Unesco, tomado de *Unesco, 40 años, 40 artistas, 40 países*. **Página 28 (arriba):** Gaby Sommer © Gamma, París; **centro:** © Musée National d'Art Moderne, Centre Georges Pompidou, París; **abajo:** Lavaud © Artephot, París. **Páginas 28-29:** H. Silvester © Rapho, París. **Página 29 (arriba):** © Rapho, París. **Páginas 30-31:** © Humano S.A./Les Humanoïdes Associés, París. **Página 32 (izquierda):** Gaywood-Spooner © Gamma, París; **derecha:** © Yuri Mirakov, Moscú. **Página 33:** © Galerie du Génie, París-Bastille. **Páginas 34-35:** © Giraudon, París. **Página 34 (abajo):** © CAPC, Musée d'Art Contemporain, Bordeaux, Colección Phoebe-Chason, Nueva York. **Página 35 (abajo):** Setboun © Rapho, París. **Página 36:** © Edimedia, París. Galería Tretiakov, Moscú. **Página 37 (abajo):** Ferry © Gamma-Liaison, París. **Página 39:** © Edimedia, París. Museo de la Revolución de Octubre, Leningrado. **Página 40 (derecha):** © Grupo Bogolan-Kasobane, Bamako. **Páginas 40-41, 44 (arriba):** © Hassan Massoudy 1988, París. **Página 41 (abajo):** © Galerie du Dragon, París. **Página 42:** © Iradj Emani, París. **Página 43 (arriba):** © Ung No Lee 1988, París; **abajo:** © Jovica Veljovic 1988, Yugoslavia. **Página 44 (arriba):** © Jean Larcher 1988, París. **Páginas 48-49:** © Christian Paraschiv, La Courneuve, Francia.

el CORREO de la UNESCO

AÑO XLIII

Revista mensual publicada en 34 idiomas y en braille por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

31, rue François Bonvin, 75015 París, Francia.

Teléfono:
PARA COMUNICARSE DIRECTAMENTE CON LAS PERSONAS QUE FIGURAN A CONTINUACIÓN MARQUE EL **45 68** SEGUIDO DE LAS CIFRAS QUE APARECEN ENTRE PARÉNTESIS JUNTO A SU NOMBRE:

Director: Bahgat Elnadi
Jefe de redacción: Adel Rifaat

REDACCIÓN EN LA SEDE (PARÍS)

Secretaria de redacción: Gillian Whitcomb
Español: Miguel Labarca, Araceli Ortiz de Urbina
Francés: Alain Lévêque, Neda El Khazen
Inglés: Roy Malkin, Caroline Lawrence
Arabe: Abdelrashid Elsadek Mahmoudi
Ruso: Georgi Zelenin
Estudios e investigaciones: Fernando Ainsa
Unidad artística, fabricación: Georges Servat
Ilustración: Ariane Bailey (46.90)
Documentación: Violette Ringelstein (46.85)
Relaciones con las ediciones fuera de la Sede: Solange Belin
Relaciones con el público: Claudie Duhamel (45.86)
Secretaría de dirección: Annie Brachet (47.15), Mouna Chatta
Ediciones en braille en español,francés, inglés y coreano: Marie-Dominique Bourgeais

EDICIONES FUERA DE LA SEDE

Ruso: Alexandre Melnikov (Moscú)
Alemán: Werner Merkli (Berna)
Italiano: Mario Guidotti (Roma)
Hindi: Ganga Prasad Vimal (Delhi)
Tamul: M. Mohammed Mustafa (Madrás)
Persa: H. Sadough Vanini (Teherán)
Portugués: Benedicto Silva (Río de Janeiro)
Neerlandés: Paul Morren (Amberes)
Turco: Mefra Ilgazer (Estambul)
Urdu: Hakim Mohammed Said (Karachi)
Catalán: Joan Carreras i Martí (Barcelona)
Malayo: Azizah Hamzah (Kuala Lumpur)
Coreano: Paik Syeung Gil (Seúl)
Swahili : Domino Rutayebesibwa (Dar-es-Salaam)
Croato-serbio, esloveno, macedonio y serbio-croata: Bozidar Perković (Belgrado)
Chino: Shen Guofen (Beijing)
Búlgaro: Goran Gotev (Sofía)
Griego: Nicolas Papageorgiou (Atenas)
Cingalés: S.J. Sumanasekera Banda (Colombo)
Finés: Marjatta Oksanen (Helsinki)
Sueco: Manni Kössler (Estocolmo)
Vascuence: Gurutz Larrañaga (San Sebastián)
Tai: Savitri Suwansathit (Bangkok)
Vietnamita: Dao Tung (Hanoi)
Pashtu: Zmarai Mohaqiq (Kabul)
Hausa: Habib Alhassan (Sokoto)
Bangla: Abdullah A. M. Sharafuddin (Dacca)

PROMOCIÓN Y VENTAS

Responsable: Henry Knobil (45.88), **Asistente:** Marie-Noëlle Branet (45.89), **Suscripciones:** Marie-Thérèse Hardy (45.65), Jocelyne Despouy, Alpha Diakité, Jacqueline Louise-Julie, Manichan Ngonekeo, Michel Ravassard, Michelle Robillard, Mohamed Salah El Din, Sylvie Van Rijsewijk, Ricardo Zamora-Pérez
Relaciones con los agentes y los suscriptores: Ginette Motreff (45.64), **Contabilidad:** Liliane Tasch (45.66), **Correo:** Martial Amegee (45.70)
Depósito: Héctor García Sandoval(47.50)

TARIFAS DE SUSCRIPCIÓN

Tel: 45.68.45.65

1 año: 126 francos franceses. 2 años: 234 francos.
Tapas para 12 números: 68 francos
Para los países en desarrollo:
1 año: 99 francos franceses. 2 años: 180 francos.
Reproducción en microfilm (1 año): 85 francos.
Pago por cheque, CCP o giro a la orden de la Unesco.

Los artículos y fotografías que no llevan el signo (copyright) pueden reproducirse siempre que se haga constar *"De El Correo de la Unesco"*, el número del que han sido tomados y el nombre del autor. Deberán enviarse a *El Correo* tres ejemplares de la revista o periódico que los publique. Las fotografías reproducibles serán facilitadas por la Redacción a quien las solicite por escrito. Los artículos firmados no expresan forzosamente la opinión de la Unesco ni de la Redacción de la Revista. En cambio, los títulos y los pies de fotos son de la incumbencia exclusiva de ésta. Por último, los límites que figuran en los mapas que se publican ocasionalmente no entrañan reconocimiento oficial alguno por parte de las Naciones Unidas ni de la Unesco.

IMPRIMÉ EN FRANCE (Printed in France)
DEPOT LEGAL: C1-JUIN 1990
COMMISSION PARITAIRE Nº 71843 — DIFFUSE PAR LES NMPP.
Fotocomposición: El Correo de la Unesco, Fotograbado-impresión: Maury-Imprimeur S.A., Z.I. route d'Etampes, 45330 Malesherbes.

ISSN 0304-310X Nº 6 - 1990 - OPI - 90 - 3 - 481 S

Este número contiene además de 50 páginas de textos, un encarte de 4 páginas situado entre las p. 10-11 y 42-43.

Al ofrecer a un amigo una suscripción a El Correo de la Unesco, usted le hace tres regalos permitiéndole:



1

Descubrir la única revista cultural internacional que se publica en 35 lenguas y que leen, en 120 países, cientos de miles de lectores.

2

Explorar, cada mes, la formidable diversidad de las culturas y los conocimientos del mundo.

3

Asociarse a la obra de la Unesco que apunta a promover "el respeto universal a la justicia, a la ley, a los derechos humanos y a las libertades fundamentales (...) sin distinción de raza, sexo, idioma o religión..."

